PBT

Año XV. N.° 690

13 de Febrero de 1918



MOLLIE KING, estrella de la cinematografía norteamericana.

Oleo de S. A. Smith.

Dirección, Redacción y Administración:

Av. Julio A. Roca 531

Teléfonos

Dirección, Redacción y Administración:

Unión T. 2402, Avenida
Coop. T. 1398, Central

PBT
SEMANARIO ILUSTRADO ARGENTINO

HUMORISTICO
NOTICIOSO
INSTRUCTIVO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

Precios de subscripción

EN LA CAPITAL			EN EL INTERIOR		
Trimestre	$	2.50	Trimestre	$	3.00
Semestre	»	5.00	Semestre	»	6.00
Año	»	9.00	Año	»	11.00
Número suelto	»	0.20	Número suelto	»	0.25
Número atrasado	»	0.40	Número atrasado	»	0.50

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro	2.00
Semestre	»	4.00
Año	»	8.00

Encuadernación:

Por encuadernar cada tomo correspondiente a un bimestre hasta el número 457 inclusive	$	1.60
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	0.90
Por encuadernar cada tomo bimestral, del número 458 en adelante	»	2.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	1.00
Por encuadernar cada tomo trimestral, del número 619 en adelante	»	3.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	1.50

Para precios de propaganda dirigirse al Jefe Sección Avisos.

No se devuelven los originales, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, cobradores, agentes viajeros y demás representantes de esta revista justificarán su personalidad documentalmente, rogándose al público no reconozca en tal carácter a quien no presente el referido testimonio de identidad firmado y sellado por la Administración.

EL ADMINISTRADOR.

JUANCITO EL CONQUISTADOR



En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.

Salón de humoristas

CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional *al chiste que, a juicio de la Dirección resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.*

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva por título *En la Escuela*, firmado por *Sara Saragoni.*

ARITMETICA MATRIMONIAL

El esposo. — Pedro me ha convidado a comer esta noche. Va a celebrar sus bodas de plata.

La esposa. — ¡Pero si hace sólo cinco años que se ha casado!

El esposo. — Sí, pero dice que la mujer y la suegra que Dios le ha dado, valen por veinticinco. — *Ida M.*

PEBETERIA

El niño. — Mamá, ¿vos has visto mar?

La mamá. — No, hijo.

El niño. — Pues yo sí.

La mamá. — ¿Qué mar has visto?

El niño. — Yo he visto un mar... co. — *Rodolfo A.*

RECIPROCO

El novio. — Che, no invités a tus padres el día que nos casemos.

La novia. — ¿Y por qué no los he de invitar?

El novio. — Porque ellos no nos invitaron a nosotros el día que se casaron. — *Sarita.*

ERA UN RANUN

— Dime, Antonio, ¿qué quieres ser? ¿Médico, abogado o dentista?

— Yo quiero ser aviador.

— ¿Y por qué?

— Para que no puedas pegarme. — *M. Wolternsk.*

CASERO PRACTICO

El señor. — Alquilaría su casa si usted consintiera en arreglar las ventanas, que dejan entrar el viento y me pone los pelos de punta.

El casero. — ¿Y por qué no se corta usted el pelo? — *Un lector.*

EN APUROS

— ¿Por qué corres, chico?

— Voy a casa a recibir una paliza. Quiero que me la pegue mamá antes de que llegue mi padre. — *Un lector.*

COLMO

— ¿Cuál es el colmo de un borracho?

— Emborracharse con caña... de pescar. — *Reservado.*

EN UNA ESTACION DEL FERROCARRIL

¿No tiene usted más bulto que este baúl?

— Sí, señor; tengo este otro en la cabeza, de un golpe. — *H. P.*

COMPARATIVOS

— Dime, Pedro, ¿por qué escribes el nombre de Juancito con letra chica y el domicilio con letra grande?

— Porque Juancito es pequeño como yo y la casa es muy grande. — *H. P.*

ENTRE ESPOSOS

Ella. — Pero, Antonio; me parece que te encuentro un poco más bajo.

El. — Será porque hoy me he lavado los pies. — *Goyanita.*

LOGICA

— Señor comisario: ¡Se acaba de encontrar el cadáver de un hombre partido en trece pedazos!

— ¡Trece pedazos!... ¡Debe estar muerto! ¡El trece tiene tan mala sombra!... — *M. P.*

ERA ZONZO

Guarda. — Vamos, apúrese, señorita; el tren va a salir.

Señorita. — No quisiera irme sin dar un beso a mi hermana.

Guarda. — No importa, yo me encargo de eso. — *La beba.*

BIEN CONTESTADO

— ¿En qué se parece el tranvía 43 al cigarrillo 43?

— En que los dos van a la boca. — *La beba.*

¡VAYA UN PERRO!

— Che, negro: ¿a que no sabés cuál es el perro que te resultaría más barato y seguro?

— ¡Qué sé yo!

— ¿No manyás»... ¡El can-dado, pues! — *Antonio D. A.*

UN TERCETO

Profesor. — A ver, alumno Franceschi, ¿sabría decirme lo que es un quintal?

— Un quintal es lo que pesa cien libras, o sea cuatro arrobas.

— Muy bien. A ver usted, Pezzola: ¿qué son tres fanegas?

— Tres «fanegas», señor... ¡es un terceto de otarios! — *Antonio D. A.*

PRUDENCIA



El marido, dirigiéndose a su mujer:

— Decime, Cayetana, si me has sido infiel alguna vez. Nada te cuesta decírmelo, pues dentro de un momento moriré...

— ¿Y si no te mueres?... — *Pepe.*

EL RESPONSABLE



— Me acaba de dar un sopapo. ¡Usted me tiene que dar una explicación!

— ¿Yo? ¿Y a mí qué me importa?

— ¡Claro que le importa! ¡Como que todo el mundo dice que ese hombre es el brazo derecho de usted! — *Quique.*

LA MAMA Y EL NIÑO

— ¿Por qué te pones el dedo de la mano en la nariz?

— Porque no puedo ponerme el del pie. — *H. P.*

COLMO

— ¿Cuál es el colmo de un burro?

— Patear una pelota de football y marcar goal en el arco... de un violín. — *Antonio D. A.*

TIENE RAZON

— Mamá, Manolo me pegó una trompada.

— ¿Y porqué no le pegaste otra vos?

— Porque yo se la pegué primero.

Mi vida.

DIALOGO

— ¿Ves aquellas nubes, mi hijito?

— Sí, tata.

— Pues siempre que veas nubes como esas en sábado...

— ¿Qué?

— Al día siguiente es domingo.

Mi vida.

EN UNA REUNION FAMILIAR

Uno lee: «Ha naufragado un buque que tenía mil toneladas y dos mil caballos de fuerza».

Una señora compasiva exclama:

— ¡Pobres animalitos! Se habrán ahogado todos. — *Lolita.*

PEOR EL REMEDIO

El. — ¡Demonio! ¡Cómo grita el chico! ¿No puedes hacerlo callar?

— Ella. — Voy a calmarlo cantando.

El. — Entonces déjalo que grite. — *Tito.*

COLMOS

¿El colmo de un pintor?

Enviar sus cuadros a una exposición... feria.

¿El de un picapedrero?

Romper la piedra... filosofal.

¿El de un filósofo?

Disertar sobre el espíritu... de vino.

¿El de un labrador?

Sembrar... ideas. — *Mastrongo.*

Páginas Femeninas



LAS INSTITUTRICES. Para realizar con buen éxito su misión de educadora, la mujer necesita una persona de entera confianza que pueda reemplazarla cerca de su hijo en los momentos que haya de atender a otros deberes.

Una persona de la familia, una buena nodriza o una antigua servidora de la casa afecta y cuidadosa, será suficiente mientras el niño es pequeño: después se hace indispensable confiarlos al cuidado de institutrices capaces de dirigir su educación.

Nunca como en estos momentos se necesita el cuidado de la madre para evitar al padre los lloros y las impertinencias del niño que empieza a andar y a tomar parte más activa en la vida.



A la vista de todo niño mal educado siempre se culpa a la mamá, por lo menos de negligencia.

Cuando la nodriza se queda en la casa de *ama seca*, ella es la encargada de llevar en el cochecito al niño de paseo en compañía de la mamá o de la institutriz. Las amas secas visten traje de moda, no llevan nada en la cabeza, y como único distintivo un delantal de merino negro, de grandes caídas y adornos en la parte superior con bieses de terciopelo negro. En cuanto a los trajes de nodrizas y niñeras, no se necesita describirlos.

Se cuidará una mamá de que sus hijas vistan con elegancia, sin lujo, y que posean muñecas, pelotas y los objetos necesarios para el juego y el *sport*.

Generalmente se eligen en la primera edad institutrices para niños y niñas. La razón es comprensible, tanto porque los pequeñuelos necesitan múltiples cuidados, además de la instrucción, como porque es más fácil que sea una mujer la que secunde a la madre.

La institutriz, persona de carrera y de educación distinguida, se considera siempre como parte de la familia.

Una institutriz acompaña a la niña al salón y come en mesa aparte de los criados. Cada vez que se la designe se añade la palabra *señorita* o *señora* a su nombre, y los dueños la tratan siempre con fórmulas de cortesía y de gran deferencia.

A una institutriz no se le ordena ninguna faena casera, y si por su voluntad presta un pequeño servicio, traer un vaso de agua, etc., se le dan las gracias.

Los padres cuidarán de mantener el prestigio de la institutriz, aprobando en presencia de los criados y los niños todo cuanto ella haga.

Por su parte, la institutriz ha de ser sumisa a todas las órdenes de los dueños, por leves que sean, y por ningún concepto mezclarse en asuntos ajenos al cuidado del niño ni tener relaciones familiares con las visitas de casa. La institutriz sólo entra en el salón acompañando a los niños, y esto en caso de ser llamada.

Su situación suele despertar el odio de los criados, y conviene que, sin familiarizarse con ellos, los trate siempre con dulce deferencia para ganarse su voluntad.

Con los niños que educan han de ser siempre indulgentes, sin tolerar la familiaridad, que perjudicaría al respeto que deben tenerles.

LA HIGIENE EN GENERAL. La humanidad está en lucha perpetua con la enfermedad. Todo parece acumularse sobre la fragilidad de la criatura para perjudicar su conservación y su desarrollo, alcanzando no solamente a su fisiología, sino también su psicología.

La verdadera higiene, la preventiva, exige que se divida la existencia a fin de dar al cuerpo lo que debe tener y a la moral lo que le es indispensable.

Las dos grandes funciones que se producen en nuestro organismo son la nutrición y la reproducción. Está, pues, indicado evitar el exceso de actividad intelectual y también las fatigas físicas que cansan el cuerpo y nublan la inteligencia.

Es menester dar al cuerpo los alimentos que le son indispensables para su nutrición, su reparación cotidiana; pero también hay que dárselos con moderación y no cargar el estómago en el momento del sueño bajo pena de insomnios que desgastan las fuerzas físicas y morales. Los niños deben dormir: es una regla muy falsa y hasta inhumana obligarlos a despertarse cuando su naturaleza les lleva a dormir. Necesitan reposo para soportar las fatigas del desarrollo; pero los estudios podrían sufrir en esos momentos de retraso. Evidentemente que esto sería muy enojoso; pues el *fenomenito* ha pasado a nuestras costumbres con detrimento del sujeto fuerte, y bien equilibrado por una magnífica salud. Confesamos sin embargo nuestra preferencia hacia los que tal vez se califican de nulidades, pero que no nos ofrecen la visión del neurasténico desagradable, de un carácter tornadizo e irritable.

Los adultos pueden soportar con más facilidad la privación de sueño; la soportan, pero esto no quiere decir que una existencia irregular sea provechosa para su salud. En suma, es preciso, para gozar de buena salud, un término medio de sueño suficiente.

Para que el sueño sea reparador, debe tomarse en una cama bien hecha y evitar la humedad que sordamente infiltra el reuma, con sus dolores enloquecedores.

La cama debe estar caliente en el invierno, caldeada; ha pasado de moda, pero sin embargo, esta práctica es sana y muy agradable.

La franela que se adopta con tanta avidez contra el reuma es muy perjudicial; esta lana, en contacto directo con la epidermis, produce un picor continuo; de ahí los granos o la inflamación epidérmica que obliga a rascarse y que pone la sangre en revolución.

CONSULTORIO

A Renée. — Su nombre en castellano es Renata. El significado de la flor es: cariño apasionado.

A Enrique C. — Diríjase a Sección Cines.

A Totola. — Páulova, acentuando la primera vocal. No creo hayan pensado en fundar una academia de bailes rusos; hay cuerpo de baile en el Colón, pero no es ruso.

A Zapatito de oro. — No le importe. Es preferible la franqueza antes. Hay siempre en el hombre la cobardía de encarar una situación difícil y muchos se dejan ir por temor a una «escena». Agradezca el que su prometido haya sido veraz y no quiera hacerla desgraciada. Comprendo su pena, pero todo pasa y el olvido vendrá antes de que usted lo espere. Acójalo como a un buen amigo y ponga el R. I. P. sobre la losa de su primer cariño. Con un poco de buena voluntad hará usted milagros.

A Enamorada indiscreta. — Si le interesa de verdad ese joven, procure no dárselo a conocer, porque el hombre es un ser tan caprichoso, que prefiere siempre la mujer que le demuestra indiferencia a la que tiene la imperdonable debilidad de no ocultar lo que piensa y, sobre todo, lo que siente. En amor, y esto es una regla sin excepción, no debe existir la franqueza. Disfrace usted ese cariño de la mejor manera posible y deje correr los días y aun los meses; todavía es usted muy joven para aceptar un noviazgo «serio», como debe ser todo noviazgo.

A Pirulí-Pirulá. — Lavarse con agua fría y echar en ella un chorro de agua de Colonia buena, hasta que tome un color lechoso. Luego, enjugarse, sin frotar, con un lienzo de hilo fino. Fricciones suaves con agua de verbena y luego empolvarse con talco. Usar en las batas o corpiños esos cómodos preservativos que encontrará en todas las tiendas. Elegir la clase mejor, más resistente y no perfumada. Lavar los «sousbras» con agua y amoníaco, sin jabón, cada seis u ocho días. Los polvos que se anuncian son perjudiciales. El único procedimiento que da buenos resultados es el que le indico. Puede repetirlo dos o tres veces diariamente, y sobre todo al cambiarse las blusas. Así conseguirá desterrar esa molestia que tanto la aflige.

A Clavel. — Agua de rosas, medio litro; jugo de pepinos, medio litro; alcohol de 90°, medio litro; almendras dulces, 100 gramos.

A Alma triste, Gualeguay. — Diríjase por carta al jefe del Registro Civil de Adrogué o al comisario, explicándole claramente el suceso y fecha en que, más o menos, debe haber ocurrido.

Las ropas de noche, de franela, de algodón y de seda, son mucho más sanas.

La cabeza debe permanecer descubierta durante la noche. Las mujeres tienen sus cabellos que las preservan del frío; parece, pues, cruel y casi inhumano querer suprimir a los hombres, menos aventajados desde el punto de vista capilar, el tocado de aquel buen rey de Yvetot. Que se cubran la cabeza al sol está bien, pues ahí es donde hay peligro de acatarrarse; pero durante la noche deben dejar respirar su cráneo, calvos o no.

La alimentación desempeña un gran papel en la higiene. Muchas personas viven para comer, en lugar de comer para vivir, despreciando la máxima: «No se vive de lo que se come, sino de lo que se digiere». Y nada más variable que la digestión; variable, caprichosa según el sujeto, la hora y la emoción. El estómago a veces rehusará un alimento que ha soportado admirablemente durante años, y se entusiasmará con otro que ha detestado hasta entonces. La edad, la naturaleza del individuo, su complexión, exigen además una alimentación adecuada, sabiamente combinada. Según la fisiología hay que tener la nutrición; un bilioso no se debe alimentar lo mismo que un sanguíneo.

Según la diátesis se ejerce la dieta o la abstinencia. El adulto soporta mejor la abstinencia que un niño, y el anciano tiene necesidades nutritivas mucho menores. La mujer debe alimentarse ligeramente.

La higiene bien comprendida hace innecesario al médico y su terapéutica. Su ministerio se hace inútil y la enfermedad no entra en una casa dirigida con arreglo a las leyes de una higiene razonada.



Juboncitos en nansouk con adornos en bordado inglés.



Trajecito para bebé de seis meses a un año, en tul o linón cubierto de soutache.

LA CASA. Veamos lo que la distinción y talento de la mujer reclaman para el interior de su hogar.

Es triste, tristísimo, ese concepto de la vida que hace guardar la buena vajilla para los convidados, la ropa elegante para la calle y la gracia y amabilidad para prodigarla a los extraños.

Sin duda que a las personas que tratamos en sociedad les debemos mucha consideración, pero no más que la que debemos a las personas de nuestra familia y a nosotros mismos.

Una persona distinguida sabe en el interior de la casa, dentro de la intimidad y la confianza, guardar las reglas del buen tono.

Hay además otra poderosa razón de egoísmo que aconseja a las mujeres no olvidar nunca los detalles de la corrección en el interior de la casa: la elegancia que da el hábito y la costumbre de obrar correctamente.

La existencia de la mujer, en general, se divide en dos fases muy distintas: antes del matrimonio y después de él.

En la primera parte de su vida, la joven se esfuerza por ser grata al amado, despliega todas sus seducciones, su gracia física, su talento. Va, en una palabra, a la conquista de un marido.

La gran dificultad no consiste en encontrarlo, sino en conservar después su amor.

Casada, necesita una gran suma de dulzura, paciencia, indulgencia, igualdad de humor, prudencia, orden y economía.

No es esto, con ser tanto, todo lo que se necesita. La mujer ha de conservarle la ilusión; es preciso que aparezca siempre bella, elegante, distinguida, con deseo de agradar, y que sepa guardar el respeto dentro de la confianza, para que siempre tenga las fórmulas sociales y sea el enamorado que le lleve flores y blondas.

Una mujer, por buena que sea, si se muestra siempre descuidadamente a su marido, acaba por perder para él los encantos.

Verla desde por la mañana sin corsé, despeinada, en desorden, mezclándose en las mil pequeñeces domésticas, regañando y aburriendo al marido con una insulsa charla, parecerá exagerado, pero es el origen de la desgracia de muchos matrimonios.

Así, pues, la mujer necesita en el hogar una discreción suma para no caer nunca en la vulgaridad.

Su primer cuidado consistirá siempre en el buen orden que debe rodear al esposo en todo; ella cuidará su *toilette*, siempre elegante y atractiva, sabrá sacrificar sus preocupaciones para hablarle de lo que a él le interesa, discutir sus asuntos, entretenerlo con lecturas o una amena conversación, desprovista de cosas enojosas y vulgares.

Es un arte imposible de explicar el que necesita desplegar la mujer: educadora y protectora de sus hijos, amiga y compañera del marido, directora del hogar, es el centro que esparce en todos su dulce influencia beneficiosa.

LOS LUTOS

Suc. de Emilio E. Gerding

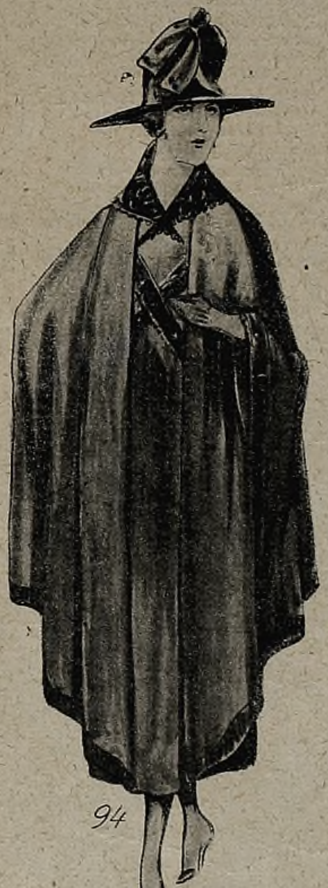
CARLOS PELLEGRINI, 445
BUENOS AIRES
U. Telef. 1873. (Libertad)

LA ÚLTIMA PALABRA DE LA MODA EN TAPADOS Y TOCAS PARA LUTO













N.º 25. — **Toca** de Georgette vel. de lo mismo............ **$ 28**
De crespón, velo crespón.. **$ 25**
N.º 94. — A la medida. **Modernísimo tapado**, primer luto, etamina francesa, fina calidad, cuerpo forrado, adornos de crespón y voladitos de granadine plisse. A la medida..................... **$ 125**

N.º 82. — **Elegantísimo vestido** de etamina, fina calidad, adornos crespón «Myosotis», cuerpo forrado de pongé. A la medida...................... **$ 110**
N.º 11. — **Cloché** de granadina, adornos cinta faya.................. **$ 18**
El mismo, en crespón........... **$ 17**

N.º 47. — **Galerita** de granadina, seda y crespón, motas bordadas, velo Georgette atrás...... **$ 26**
N.º 20. — **Reclame. Tapado** de etamina, buena calidad, cuerpo de pongé seda, adornos crespón, talles hasta el 52............. **$ 45**

CRÉDITOS· **Recordamos que esta casa acuerda con las mayores facilidades CREDITOS pagaderos en diez mensualidades, A LOS MISMOS PRECIOS Y EN LAS MISMAS CONDICIONES como AL CONTADO. Pídanos informes.**

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

NO ME ENGAÑES...

No me engañes, mujer... Estoy cansado
de llorar y sufrir porque me quieran...
De sufrir y penar estoy hastiado,
y yo quiero vivir sin que me hieran...
No me engañes, mujer, que las mentiras
al alma llevan por obscuras sendas.
¡Tú no debes mentir ni cuando miras,
aunque el habla sincera no la entiendas!
Tú no debes mentir lo que no sientes,
ni hablar de cosas que jamás tú viste,
ni engarzar en miradas oferentes
aquellas otras que me tienen triste...
No me engañes, mujer, mientras te quiera;
dime tu sueño sin dejar detalle,
que si es el mío, como el alma espera,
tendrás alguien que por tu honor batalle.
Que si no es el que pienso en mi blancura
de loco soñador y visionario,
lograré con un poco de amargura
las brasas recubrir de mi incensario...
Pero no mientas al amigo bueno
que quiso traducir a su lenguaje
la clara voz de tu mirar sereno
y abrirle en otros cielos un paisaje.
Aquel que lejos de la duda un día
su cariño de trópico te dijo,
y muy pronto pensó que le querría
el alma tuya, aquella que él bendijo...
No lo engañes, mujer, que su existencia
cansada está de penas y dolores;
deja hablar a la voz de tu conciencia
y recuerda esa erótica inocencia
que es la flor más preciada de sus flores!

F. L. Sandoval.

CANCIONERO POPULAR

I

La de miradas de fuego,
la de los ojos que matan,
la que pasando a mi vera
me miras sin decir nada.

II

Di a tus ojazos que miren
con sus parleras miradas,
que no hay idioma más rico
que el de unos ojos, cuando hablan.

III

¿Por qué si te miro en misa
te echas el velo a la cara?
¿Crees que irás al infierno
si oye algún santo que me hablas?

IV

¡Ca! Tuve ayer en un sueño
una conferencia larga
con Dios, y me dijo: «Nunca
se peca cuando bien se ama».

V

Si te confiesas, no niegues
al padre cura que me amas,
que Dios es muy bueno y sabe
perdonar tan leves faltas.

VI

Si te han prohibido hablarme
en la reja de tu estancia,
dame audiencia, gitanilla,
en el jardín de tu alma.

VII

Cuando sientas mis canciones
rézale un responso a mi alma,
que soy como aquel molusco
que se muere cuando canta.

Hilario Martínez.

A LOS NEVADOS

De mi ciudad natal, desde la altura,
en mañanas de luz os he mirado,
y por espacio largo he contemplado
vuestra serenidad y vuestra albura.
Al ver vuestro cimborrio que fulgura
allá en el horizonte despejado,
con todo el corazón os he envidiado
en medio de mi ardor y mi tortura.
A vuestra eterna, inmaculada nieve,
no ha llegado jamás el dardo aleve;
¡quién, cual vosotros, fuera de granito!
Que por cima del mundo de los vivos,
siempre impasible os erguís, y altivos
hacia el tranquilo azul del infinito!

Florián J. Pouydebat.

PIERROT

Canta a la luna, Pierrot,
tus infinitas tristezas,
con el romántico argot
de tus sueños de bellezas.

No sueñes con Colombina,
que es una amante banal,
no pienses en la mezquina
que se entregó a la rival.

Canta, eterno peregrino,
a la luna tus amores,
que en el lago cristalino
se reflejan tus dolores.

Canta, canta tu amorosa
serenata apasionada,
a la luna que es la hermosa
simbolista de tu amada.

Y, para curar tu esplín
que tu rostro emblanqueció,
echa al olvido a Arlequín,
pensando que no existió.

Canta a la luna, Pierrot,
tus infinitas tristezas,
con el romántico argot
de tus sueños de bellezas.

Emilio F. Masini.

INCANSABLE PEREGRINO

Incansable peregrino
que con la fe ya perdida,
vas cruzando por la vida
por el más largo camino,
siempre esclava del destino
que le señala una ruta,
domeñada, irresoluta
tu voluntad se doblega,
ante una gran fuerza ciega
y una copa de cicuta.

La cuna, de la que tienes
un recuerdo — abierta herida —
fué el punto de la partida
y desde ella andando vienes.
Siempre oprimidas las sienes
por un dolor inmortal,
paladeando el bien trivial
de los goces materiales,
tus ansias espirituales
son tu pecado mortal.

Incansable hoy como ayer
vas haciendo la jornada,
buscando con la mirada
un presentido placer;
buscando dónde poder
dar olvido a tu amargura,
sin pensar, pobre criatura,
que mirando al porvenir
sólo habrás de descubrir
la sombría sepultura.

La misión de los mortales
desde que al mundo venimos,
es añorar lo que fuimos
que es aumentar nuestros males.
Tus apetitos, carnales,
— razón de amargos despechos —
mientras restan tus derechos
te encadenan al dolor,
¡que son la pena mayor
los goces no satisfechos!

Sobre tus hombros no llevas
el madero del Calvario,
el madero legendario
de las redenciones nuevas,
pero en cambio sobrellevas
el madero de la vida,
ese madero homicida
que pesa de tal manera,
que tu fe hasta ayer sincera
se rinde exhausta y vencida.

Incansable peregrino,
no mires nunca hacia atrás,
¡ay, porque dejas detrás
lo peor de tu camino!
Aunque es tirano el destino
no debes desalentar
de poder al fin llegar
a la meta ambicionada,
que aunque es larga la jornada
ya tienes poco que andar!

José M. Braña.

EN EL CREPÚSCULO

Para P B T.

El sol, como una lágrima gigante,
hecha de fuego y que el dolor desgrana,
decora el monte con rojiza grana
y lento se hunde en su postrer instante.

El eco llega aterrador, vibrante,
que lejos lanza funeral campana...
y todo evoca en la extensión lejana
el casto sueño que cruzó triunfante.

Desflóranse los últimos celajes
y surgen de la noche los ropajes
que cubren de negror el firmamento...

En tanto que las múltiples estrellas,
unidas en un solo pensamiento,
del sol reflejan las doradas fuellas!

Florián J. Pouydebat.

AMOR...

Amor... un himno sedante
la tibia noche murmura.
Amor... gime en la espesura
el cefiro sollozante...
Amor... arrulla el oleaje
llegando a la vasta playa,
do la corriente desmaya
en un gran beso salvaje...
Junto a una rosa encendida
por amoroso rubor,
tañe su planta panida
un lírico ruiseñor...
(Yo pregunto entristecida:
¿habrá en las almas amor?)
Y... amor, responde silente
un sauce, que en el boscaje
tiende su verde ramaje
sobre el cristal de la fuente.
Amor... un cisne suspira
celoso, porque la luna
en la límpida laguna
coquetamente se mira.
....
Una voz queda me llama
— es un melifluo rumor —
¡Busca amor y amor reclama!
Y mi corazón en flor
que en juventud se derrama,
le pregunta: ¿qué es amor?

Elvira Fanny Súllivan.

LA MAGA ENSUEÑO

Envuelta en níveas y esplendentes galas
al mundo brindas tu letal beleño,
tornando en iris, floración del sueño,
la luz que espanden tus etéreas alas.
En lo alto airada, con amor señalas,
la cumbre de oro, el porvenir risueño,
el rico aroma de triunfal ensueño
que en torno tuyo alentador exhalas.
Tal yo te he visto en la callada noche
bajar radiante y desprender el broche
que al negro muro del dolor me junta...
Tal yo te he visto, tentadora y bella,
volver la vida a la ilusión difunta,
darle por alma irradiación de estrella!

Florián J. Pouydebat.

A TUCUMAN

Oriflama de esplendor,
musa dormida entre flores,
eres, Tucumán hermosa,
el ideal de mis amores.
Ondas suaves te acarician,
te arrullan auras divinas,
y mil bardos te regalan
sus canciones argentinas.
En inflamadas estrofas
también quisiera cantar
las albas de tus jardines
y tus flores de azahar.
En ti el alma olvida y sueña
con sublime exaltación,
la concordancia profunda
del cuerpo y de la razón.
Y no vibran ya los ecos
de tus épicos tambores,
hoy tus glorias son las glorias
de tus rítmicos motores.

Julio Barrera Oro.

Contraste

Desatento-Bruto-Hábil
Bajo-Holgazán

Buscar los adjetivos opuestos a los anteriores y con las iniciales formar el nombre de un célebre general.

Charada sui géneris

— ¡1.ª 2.ª 3.ª 4.ª está la naranja! ¿La quieres?

— No. Después de mi 1.ª 2.ª 3.ª 4.ª no puedo tomar fruta.

Frase evangélica

E que rebaña es
sano.
N.

Combinar las letras de esta oración y formar con ellas una frase del Evangelio.



Cuadro silábico

⊗ ⊗ ⊗

⊗ ⊗ ⊗

⊗ ⊗ ⊗

Horizontal y verticalmente se leerá: Habitación, nombre femenino y nombre mitológico.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.º 690.

Al Jeroglífico periodístico:
ULTIMA HORA.

A las Preguntitas:

EL HIPO...CLORITO. — LA MADREPERLA. — EL CANTON. — EL KANT (porque le falta la o). — EL PANTEON. — QUERER QUE SU HIJO SEA DIPUTADO, PARA QUE RESULTE HIJO POLITICO. — LA BELLADONA.

Al Logogrifo jeroglífico:
AU ROTA = AUTORA.

Al Diálogo charadístico:
CARNESTOLENDAS.

Al Comprimido:
CONDESA.

Solucionistas

Pedro Bonafé, Cándido Suárez, Luis García, Miguel Saiñz, La Ñata, Nestor Correa, Valentín Balbín, Dante Minghetti, Juan J. Mayobra, Leoncio de la Peña, Manuel Ariza, Trinidad González, Federico Roura, Daniel Goytía, Pablo Luaces, Sámuel Corti, Ernesto Vieyra, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

Después de todo, ¿qué?,

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 16 de febrero; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.

ENLACE NECROLOGIA DE DOLORES



Señorita Matilde Vidaillet, que en breve contraerá enlace.



Señora Adela Ocampo de Solanet († en Ayacucho).



Señora Carmen Uriburu de Solari.



Comisión directiva de la Federación Dolorense de Football.

DE PARANA



Público que asistió a la velada a beneficio del Asilo Rivadavia y Hospital San Roque.



Alumnos del Conservatorio Argentino que tomaron parte en el concierto celebrado en el Italo.

PAGINAS INFANTILES

LA VENGANZA

(ESCENAS DEL COLEGIO)

Era una espléndida mañana de marzo. Grupos de chicos se alejaban de las puertas del colegio. Otros se recostaban en la pared de la fachada esperando los compañeros que no habían salido aún. Los más dejaban en la pared del negocio vecino la huella del fósforo con que encendían el cigarrillo. De pronto, golpes acompasados provocaron la risa de los allí presentes: era el paso redoblado de una división que salía; era el son de protesta contra la severidad del celador.

—Los estaban esperando.

—¿Vamos al café, Alejandro?

—¡No!... ¡Qué voy a ir a meterme allí!

—Se te pasará la tristeza del cero.

—Quiero levantarlo.

—Perfectamente, pero vamos.

—¿Para que pague yo? ¡Nooo...!

—¡Gallina!

Una sonora bofetada lo echó a rodar por el suelo, desparramándose los libros por doquiera. Furioso, atropelló y pegó a su vez.

—¡El rector! ¡El rector y el viceee...!

Entonces... ambos contrincantes echaron a correr, olvidándolo todo. Segundos después, en la acera del colegio no había un solo alumno. Pacíficos obreros transitaban por ella. Una alegre risotada hizo que éstos fijaran su atención en un chiquillo. La risa convulsionaba todo su cuerpecito: él había dado la voz de alarma que avisaba al rector... Era Carlitos.

—¡El rector!... ¡Jáaaaa...! ¿Cuántas planillas le faltarán firmar aún?...

Pero esa vez, la escrutadora mirada de Carlitos no vió una cara pegada a los gruesos cristales de la panadería de la esquina. Por lo tanto no vió un gesto de desagrado, ni las arrugas de la frente de esa cara.

—¡Era el hermano de Alejandro!

Y aquella tarde, cuando ambos hermanos, en su cuarto de estudio, comentaban los diversos sucesos de aquel día, se descubrió todo.

—¿Sabes que hay un muchacho en tu colegio que evita las peleas?

—¿Quién?

—Dime: ¿por qué dispararon hoy cuando se peleaban?

—¡Vaya, hombre... porque venía el rector!...

—Mentira... ¡Era una falsa alarma, para evitar que se pelearan!

—¿Y quién es... el... pregonero?

—Carlitos.

El chico aquel, de cuerpecito deforme, interrumpió por un momento la conversación de ambos hermanos.

Y al día siguiente igual, igual esa salida de los Colegios Nacionales.

Alejandro, resplandeciente con la alegría del que lleva diez puntos; Carlitos preocupado y cabizbajo: su composición no había llegado a cinco puntos; su nota disminuía.

—Dime, Carlitos, ¿tú te ocupas de evitar las peleas?

—¡Sí...! ¡Y la tuya la impedí para que no pasases un mal rato; te dominaban...

Una brutal trompada descargó Alejandro sobre el frágil cuerpecito de Carlitos... Y otra, y otra...

Carlitos echó a correr entonces, con las mejillas empapadas por las lágrimas, con la ira presa en su corazón, con un dolor que le oprimía fuertemente las sienes; vociferando...

....

Pálida luz de aurora que nacía con el día iluminaba débilmente un cuartito; en él, desparramados en una mesita, y en



el suelo, papeles de deberes; el tintero, inclinado hacia un lado, dejaba correr la tinta, manchando muchos de ellos...

La lapicera clavada en el piso...

Un ropero, una cómoda, una pequeña biblioteca y una camita: en ella un chiquillo con los cabellos en desorden; los pómulos hundidos, la respiración jadeante.

Lentamente el chiquillo abrió los ojos, restregóse éstos con las manos, desperezóse y se sentó en la cama.

Su mirada demostraba una noche de insomnio, de angustias... Se vistió, arregló sus papeles y salió para no hacer esperar al desayuno. Era Carlitos... Su pensamiento volaba buscando la venganza...

Y aquel día, cuando las exposiciones se sucedían unas a otras, cuando la clase se movía, agitada por la discusión de teorema, cuando los desafíos del saber se encontraban frente a frente, dos contrincantes de las ciencias trababan desesperada lucha: Carlitos y Alejandro...

Y cuando el fallo del profesor convertido en juez se pronunciaba, estruendosos aplausos acogieron al vencedor...

Y Carlitos clavó su mirada penetrante en la de Alejandro...

Esa mirada hablaba, sí, hablaba, con las palabras que articula la boca muda, de unos ojos grandes y negros, de unos ojos que hicieron llegar sus palabras hasta lo más recóndito de un corazón, que lo hicieron arrepentirse, y que colorearon unas mejillas con el color de grana de la vergüenza...

El, el burro de la clase, había vencido al más sabio de las aulas del colegio... Y sonreía, sonreía con una sonrisa de triunfo...

¡Se había vengado!...

C. M. GIMENEZ DEMARIA.



SOMBRAS CHINESCAS

Continuamos la explicación que respecto a las sombras chinescas iniciamos en nuestro número anterior:

Cuando las sombras proyectadas en la pantalla son producidas por personas que delante de ellas representan una escena muda, se conocen con el nombre de «sombras vivas». Exigen pantalla de bastantes dimensiones; una buena sábana, y mejor dos; unidas según su longitud, dan campo bastante para estas escenas donde no haya pantalla especial; pero conviene escoger de las más delgadas y humedecerlas durante las proyecciones. La luz, a ser posible, debe ser intensa y bien concentrada en la pantalla; hay que colocarla a bastante distancia para que las figuras no resulten desproporcionadas.

Esta clase de sombras es sin duda la más agradable de todas, no sólo porque admite grandísima variedad, pues casi todas pudieran representarse, sino porque se presta muy bien a desarrollar multitud de escenas y episodios sucedidos en el colegio, tomando parte los mismos sujetos a quienes ocurrieron. Tiene, además, la ventaja de exigir poca preparación: con dos o tres ensayos los actores se acostumbran a representar la escena de modo que se proyecten sus siluetas con perfección en la pantalla, y después no necesitan sino ejecutarla.

No creemos necesario describir escenas ejecutadas, pues fácilmente se inventan cuantas sean menester. Pero lo mismo que en las pantomimas, hacemos notar que, generalmente, conviene elegir acciones breves, como las tan conocidas del barbero, el sacamuelas, la cachetina, etc., o en todo caso desarrollar un episodio mayor combinando tres o cuatro escenas breves.

Cuando se representen episodios sucedidos en el colegio y las personas aludidas no puedan tomar parte en la escena, puede suplirse la falta con siluetas recortadas en cartón, que llevan puestas los niños que hacen sus veces. Para obtener estos retratos-siluetas basta fijar en la pared una hoja de papel blanco y una luz a varios metros de distancia. Puesta de perfil muy cerca del papel la persona cuyo retrato se desea, proyecta en él su figura con toda perfección: dibújese el contorno con lápiz, y pegado sobre cartón se recorta con cuidado. Los niños que salen a la escena con estas siluetas deben ensayar bien los movimientos, sobre todo en las entradas y salidas, para conservar siempre el perfil de la figura.

Cuando las sombras chinescas se producen en la pantalla por medio de figuras recortadas en papel, cartón, hoja de lata, etc., se llaman «sombras recortadas». Aunque no tengan el valor y mérito de las anteriores, tienen, en cambio, otras ventajas que las hacen muy estimables; están más al alcance de todos los niños, exigen menos personas para la ejecución y admiten variedad inagotable de asuntos interesantes. La pantalla puede ser de muy poca extensión; basta el hueco de una puerta cuando los niños las hagan en sus casas; en el colegio suele hacerse un bastidor de metro y medio o dos metros de ancho por casi uno de alto, pero puede hacerse mucho mayor si es necesario. El campo de proyección debe estar un metro o más elevado del suelo, para que los actores puedan maniobrar con las figuras sin proyectar su propia sombra. Para conseguirlo basta poner algunas tablas o una manta, etc., a la altura conveniente.

En los comercios de juguetes se encuentran muy buenas colecciones de figuritas recortadas, con las cuales hemos visto dar sesiones bien entretenidas. Pero no todos pueden hacerse con ellas, y los que pueden prefieren muchas veces fabricarlas a su gusto para representar escenas de más actualidad o más conformes con sus aficiones. Para obtenerlas se dibujan primero con mucha precisión para que salgan perfectas, y se recortan cuidadosamente con tijeras o cortaplumas.

Muchos niños tropezarán, sin duda, con la dificultad de no saber bastante dibujo. En este caso, escojan los cromos o dibujos cuyas figuras deseen proyectar, y después de pegarlos en cartón o cartulina, los recortan. Pero si las figuras están en cuadernos, revistas o libros donde no convenga cortarlas, se toma papel transparente, con lápiz se trazan con cuidado los contornos, y después se pegan y cortan como los anteriores.

Preparadas ya las figuras, se clasifican y ordenan: dos o tres niños bastan para hacer exhibiciones curiosísimas de monumentos célebres nacionales o extranjeros, de personajes históricos, de colecciones zoológicas, etc., etc., acompañadas de algunas explicaciones, datos curiosos, hechos y cuanto contribuya a dar mayor interés y amenidad. Aun recordamos con gusto, después de varios años, una sesión de sombras recortadas, en que vimos exhibir las armas y trajes militares de las diversas épocas de la Historia, así de España como universal; en cada una de ellas se recordaban los hechos de armas más señalados, las personas más célebres, los sitios en que ocurrieron, número de muertos, heridos, etc. También hemos visto otra de todas las variaciones que ha sufrido el sombrero desde los tiempos más remotos, y otras muchas más pueden, sin duda, prepararse, acudiendo a las revistas, tan abundantes hoy en esta clase de curiosidades.

Además de esas sesiones instructivas pueden exhibirse otras muchas cosas interesantes para niños, como desfiles de coches, de personas, de tropas; escenas curiosas, como el ejercicio militar hecho por ratas, el gato cazando ratones, y, sobre todo, escenas del colegio, en que aparezcan siluetas de los niños que en ellas tomaron parte. ¡Quién no ha visto en chinescas al «cuestor» repartiendo limosna a los pobres que encuentra en el paseo? Las siluetas de los niños se obtienen fácilmente por medio de la cámara fotográfica, poniendo papel transparente sobre el cristal deslustrado y dibujando con lápiz la figura. Pero para obtenerlas más perfectas y del tamaño que se quiera, lo mejor es colocar los niños en la posición conveniente y sacar un negativo ordinario. Colocado éste, después de virado y seco, en lugar del cristal deslustrado de la cámara, y poniendo detrás una luz intensa, se proyectan las imágenes del clisé con el objetivo sobre una hoja de papel, dándoles el tamaño que sea necesario.

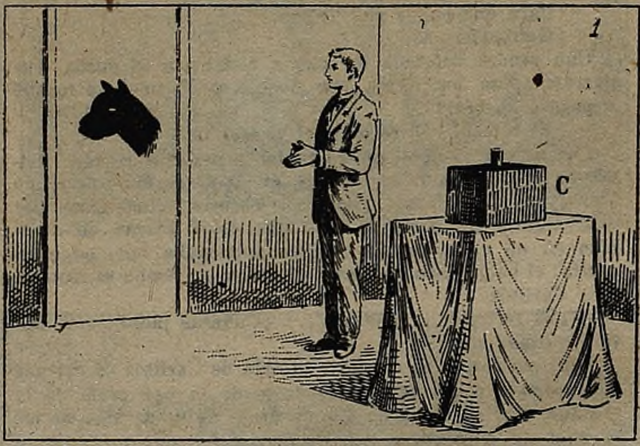
Las siluetas recortadas resultan mucho más agradables cuando además del contorno se hacen visibles las líneas principales del dibujo. pues así aparecen con más detalles. Estas líneas de luz se obtienen haciendo cortes muy finos en las figuras con las hojas más delgadas del cortaplumas. Por este procedimiento se pueden indicar muy bien los límites y pliegues de los vestidos en las personas, las puertas, ventanas, etc., en los edificios, y cuantos detalles interesen en todas las figuras. Otros puntos que no pueden hacerse con el cortaplumas, como, por ejemplo, los ojos, se hacen con agujas.

El deseo de la novedad, los aplausos de los compañeros, los plácemes de los señores inspectores y, sobre todo, la competencia cuando hay dos o tres grupos de niños hábiles encargados de dar sesiones de sombras,



los estimulan sobremanera para dar mayores muestras de habilidad, no sólo en la elección de asuntos y en su ejecución, sino también en perfeccionar más y más las figuras y representaciones. Y así, no contentos con las figuras descriptas que proyectan sombra uniforme, fabrican otras o modifican las anteriores, de modo que imiten más o menos los colores del natural. Para esto, durante los estudios libres se entretienen en cortar varias partes de las figuras, substituyendo el cartón o cartulina con papeles de colores que imiten el del objeto. Se emplea papel transparente del color debido, indicando algunas sombras, o papel blanco ligeramente coloreado a la acuarela. De este modo las personas llevan trajes muy variados, de los coches tiran caballos de distinto color, en las casas se distinguen las distintas fachadas, puertas, ventanas, etc., y las proyecciones toman aspecto más artístico y agradable.

Los más hábiles pasan más adelante, dando a las figuras movimiento. Para conseguir este efecto, el más interesante



de todos, no hay más que dibujar y cortar por separado las articulaciones a las cuales se quiere dar movimiento; por ejemplo, el brazo de la figura. Puesto sobre el cuerpo en la postura que corresponde, se pasa una aguja con hilo fuerte por el punto o, eje de rotación del brazo, y se anuda el hilo a los dos lados, de modo que mantenga unidas las dos piezas, pero sin oprimirlas demasiado para que no impidan al brazo girar con toda libertad. En vez de hilo puede usarse alambre delgadito.

En determinado punto se ata un hilo o alambre para tirar de él cuando se quiera dar movimiento al brazo; conviene que sea muy fino para que no proyecte sombra perceptible en la pantalla si alguna vez sale fuera de la figura. Otras veces al cortar los miembros se les deja un apéndice, del cual se suspende el hilo. Si en algún muñeco no conviene que el brazo caiga más que hasta cierta altura, se pone un pedacito de cartón o de corcho, pegado en la parte del cuerpo para detener el brazo en la posición que se desea. De la misma manera se pueden articular la cabeza y las piernas, de perfil o en otra posición; las patas de los caballos y otros animales, las alas de las aves, etc., dejando un hilo en cada pieza móvil.

Esta clase de figuras se presta muy bien para representar diálogos (que declaman, fingiendo la voz, o los mismos niños actores u otros puestos con ellos detrás de la pantalla), o algún percance ocurrido en el colegio, o escenas de familia más o menos complicadas, etc.

Las sombras de las manos dan origen al sencillo espectáculo de las sombras animadas, tan usadas por los niños para amenizar las reuniones de familia, sobre todo cuando hay chiquillos.

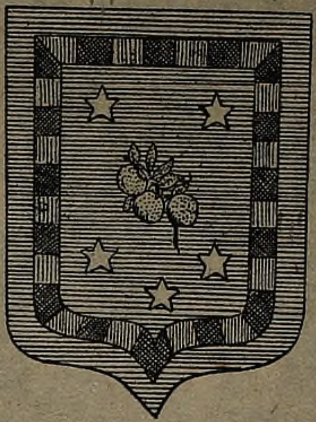
Como los anteriores, exigen pantalla de poca extensión: basta un lienzo colocado en el hueco de una puerta para exhibirlas con toda perfección, y aun pueden proyectarse directamente sobre la pared blanca. La luz, encerrada en la cajita, se coloca a una altura acomodada a la del operador, a dos metros o poco más de la pantalla. Entre ellas se pone el artista, presentando ordinariamente el lado derecho a la pantalla y el izquierdo a la luz, y tanto más cerca de ésta cuanto mayores siluetas quiera obtener. Al proyectarlas debe mirar constantemente, no a las manos, sino a las sombras, porque muchas veces, y sobre todo a los principios, no sale bien la figura, aun cuando se coloquen bien las manos, y es necesario inclinarlas a un lado o al otro, subirlas o bajarlas, acercar o alejar de la luz las dos, o una sola, etc., hasta encontrar el contorno perfecto de la sombra.

Con las manos solas, o a lo más con ellas y unos pedacitos de papel, pueden obtenerse, no solamente siluetas aisladas de aves, cuadrúpedos y cabezas humanas, sino también escenas complicadas, como las obtenía, entre otros, el famoso Trewey, de quien se dice que llegó a exhibir más de trescientas figuras variadísimas.

(Continuará).

LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN

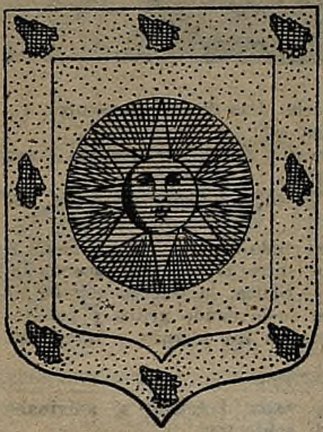
SANTONJA. — Los de este apellido proceden de Francia, de donde fueron a la conquista de Valencia, acompañando al ínclito rey don Jaime I, dos de esta familia. Luego se establecieron en Biar, Alcoy y otros pueblos comarcanos.



En 25 de mayo de 1803, obtuvo privilegio de hidalguía don Ramón Santonja, vecino del Biar, abogado, como ciudadano de inmemorial.

Pocos años hace se concedió título de marqués de Villagracia a don Luis Santonja, también natural de Biar y de la propia familia, cuyo título lleva hoy su nieto don Luis Santonja y Mercader, hijo de los condes de Buñal. Su escudo en campo de azur, un ramo de tres naranjas de oro y cinco estrellas de plata; orla compónada de gules y sable.

SOLIS. — Apellido es éste muy antiguo en España, y aunque su origen parece obscuro y es muy discutido por los genealogistas, cabe presumir que en sus comienzos tuvo alguna relación con la casa de Solares. Ambas tuvieron señoríos en Asturias (la de Solís en el consejo de Corvera), y según pretenden algunos heráldicos, las armas de una y otra son iguales.



Parece, sin embargo, que no todos los autores están conformes respecto al blasón de este esclarecido apellido, que honraron muchos españoles ilustres, y entre ellos el historiador de la conquista de Méjico.

Medel, y Tirso y José de Avilés, son los que dicen que el escudo es de gules con un sol de oro, tal como lo pintan los del apellido Solares; pero otros ponen el sol de azur en fondo oro, con bordura de oro también, cargada de ocho cabezas de lobo de azur. Trelles y Piferrer ponen este mismo blasón, pero con el sol y las cabezas de lobo de gules, y el segundo de estos autores se corrige luego asegurando que la bordura es de veros de plata y azur.

Moreno de Vargas todavía asigna a los Solís un escudo más complicado: campo de gules con un sol de oro y unos dragantes que reciben en sus bocas los rayos del sol, y orla de gules con ocho aspas de oro. Otros ponen de sable las cabezas de lobos.

GODOY. — Durante el reinado de Sancho IV, a fines del siglo XIII, fué alcaide de Baeza un caballero llamado Pero Tito, de quien parece ser que descienden los hijosdalgo que han llevado el apellido Godoy. Nuño Fernández Godoy y doña Elvira Díaz Tafur, señores del castillo de Montoro, fueron padres de Pero Muñiz de Godoy, que floreció por los años de 1370, siendo maestre de la Orden de Calatrava. Antes de tomar el hábito tuvo de doña Violante de Bocanegra dos hijas y un hijo, que fué fray Diego Muñiz de Godoy, comendador de Malagón. Una rama del ilustre tronco de Godoy emparentó con la casa de Aguayo por el casamiento de don Pedro Manrique de Aguayo con doña Juana de Figueroa Muñiz de Godoy.

Sus armas son: escudo jaquelado, ocho escaques o jaqueles de oro y siete de azur.

LA BAILARINA

QUÉ remedio? Cuando un hombre se enamora, no repara en nada. Sebastián que, joven, rico, sentimental, alma de artista, podía haber elegido entre las mil mujeres que conocía, una señorita, una persona del gran mundo...

Pues se enamoró perdidamente de una bailarina. Verdad es que la bailarina era preciosa, y bailaba muy bien.

— Estoy perdido, — me dijo, — no me hagas reflexiones, Eloísa me trastorna, me fascina.

— Y ¿cómo te fascina; como artista, como mujer, como...?

— ¡Como bailarina! Por eso la prefiero a todas las mujeres que conozco. Ninguna de ellas se me presenta así, con esos trajes aéreos, esas gasas, esas piernas tan admirables, esos zapatitos de raso de color rosa pálido. Y luego, ese modo de bailar sobre las puntas de los pies. ¡Es verdaderamente voluptuosa!

— Sí, eso es cierto, he visto pocas tan notables.

— Pues entonces, ¿qué es lo que te extraña?

— ¡Nada! Lo que quiero evitar es que te gastes con ella cinco o seis mil pesos.

— Y diez mil y veinte mil me gastaré; ¡no lo dudes!

— ¡Allá tú!

Y con efecto, mi buen Sebastián sacó del teatro donde bailaba a la hermosa Eloísa, la instaló en grande en un precioso pisito que amuebló y adornó con sumo gusto, para hacer de él un nido de amores... Los abonados del teatro y el público sintieron mucho la ausencia de la *estrella* del baile, pero a Sebastián le tenía eso sin cuidado; la quería mucho, ella le quería a él, y se alejaron del mundo y de la sociedad y comenzaron a vivir el uno para el otro.

Pasaron dos meses sin que los amigos viésemos a Sebastián. Su íntimo amigo Robral, tan rico como él, tampoco tenía noticias suyas.

— Yo no sé nada, — me dijo un día que le encontré en la calle. — Yo también ando distraído, estoy *encerrado* con una costurera muy bonita con la cual creo que me casaré pronto...

— ¡Pero, hombre!

— Sí, creo que llegaré hasta eso, porque mi Paca es la persona más amable del mundo. He resuelto con su amor un gran problema.

— ¿Cuál?

— Tengo diez o doce mujeres en una sola.

— ¿A ver, a ver?

— Pues un día la visto de chula, y todo aquel día creo que es una de esas madrileñas del pueblo, con la diferencia de que mi Paca es limpia y bien hablada... A la otra semana la visto de Venus...

— ¡Qué cosa tan original!

— ¡Y tan original! ¿No te digo que Paca es una y todas?

— ¡Sea enhorabuena!





Y nos despedimos. A los ocho días de este encuentro, recibí carta de Sebastián. Decía así:

«Querido amigo mío: necesito de ti, me suceden cosas graves, ven a verme en seguida».

Leer la carta, echarme a la calle y tomar un coche, fué obra de cinco minutos.

Llegué al pisito aquel, al nido de los enamorados, y, como dicen los novelistas por entregas: — ¡Qué espectáculo se presentó ante mis ojos! — Eloísa, la célebre *estrella* de marras, estaba tendida en el suelo dando gritos y patadas al aire. Dos criados le sujetaban las piernas y la cabeza. Sebastián gritaba:

— ¡Me voy a matar!

Por el suelo había platos, vasos, botellas; se adivinaba qué la *bronca* había sido de sobremesa.

— ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? — exclamé.

— ¡Que un día... la mato!

— ¡Hombre, por Dios! ¿Y por qué?

— Siéntate y respóndeme. ¿Por qué me enamoré yo de Eloísa?

— ¡Pues porque te gustaría mucho!

— ¿Y por qué me gustaba tanto?

— No sé... tal vez porque bailaba muy bien.

— ¡No! ¡Porque era *bailarina!* Porque me trastornaba vestida de bailarina... Tú, cuando ves a una de éstas bailando en escena, ¿te acuerdas ni admites que esté vestida de bata?

— ¡Ah, no; eso no!

— ¿No es verdad que te encanta con sus falditas cortas de gasa y sus zapatitos de raso rosa?

— ¡Es claro!

— ¡Pues ahí tienes! ¡Me he gastado un dineral en sacar a Eloísa del teatro, en ponerle esta casa, y desde que vivimos juntos no la veo más que de bata!

— ¡Ah!

— Y yo quiero, exijo, me da la gana de que se vista de bailarina para mí y de que baile para mí solo, y se niega y dice *que eso es en el teatro!*

— Sí, señor, — exclamó Eloísa, apareciendo toda descompuesta y desgreñada, — eso es *para el público*, pero no para el hogar doméstico.

— ¡Pues te vuelves al teatro! ¡Esto es una estafa!

— ¡Esta misma noche!

— ¡Adiós para siempre!

EUSEBIO BLASCO.

CONSULTORIO DE AGRICULTURA Y VETERINARIA

Manuel Saldías, Buenos Aires. — Si sobre el lomo de su caballo enfermo hay inflamación y dolor, le aplicará una irrigación continua de agua; si persiste, aplicará sobre esa región fricciones vejigantes. Le dará a beber en un balde cinco gramos de yoduro de potasio por día, durante una semana.

Francisco Luna, General Pico. — Por los antecedentes que da sobre la polla enferma, es muy probable se trate de una enfermedad constitucional grave para esa especie. Para evitar todo contagio, convendría sacrificarla.

Raquel Silvetti, Azul. — A sus toros atacados de piojos les dará lavajes de agua creolinada al 5 por 100, repitiendo la operación tres veces por día. Desinfectará perfectamente el local con cal viva y después con creolina al 4 por 100. Si el local es de madera, retirará los animales. Debe tenerlos alejados de los gallineros.

Alfredo Rocca, Firmat. — La época del trasplante de los naranjos es a fines del verano o a principio de la primavera. La poda del naranjo se practica del modo siguiente: 1.° Eliminar ramas inútiles y mal dispuestas, que, aunque susceptibles de dar frutos, no recibirán aire y luz suficientes para madurarlos. 2.° Cortar las ramas que, aunque bien dispuestas, se crucen o sobrepongan. 3.° Eliminar las ramas cuando deforman el árbol, tomando una dirección horizontal, ensanchando mucho el diámetro del ramaje. Dos formas pueden convenir al árbol en grandes cultivos: la esférica y la de copa. Esta última consiste en criar el árbol vacío en su interior y parte superior, ofreciendo la ventaja de exponer una superficie mayor a la luz solar.

Jacinto González, Corrientes. — Un procedimiento práctico para la destrucción de las hormigas es el siguiente: Se revisan todos los agujeros del hormiguero, distribuídos en una circunferencia de dos a cuatro metros de diámetro, y se marcan los conductos principales con estacas; esta operación debe hacerse cuando las hormigas no están trabajando. Si es verano, se esperan las horas del mediodía, en que las hormigas no trabajan, y si fuera en otra época, las horas que anden menos hormigas; en éstas, son en invierno las más frías, y en otoño y primavera las más calurosas. Aplicación del bisulfuro de carbono: Después de marcados los conductos principales, como queda indicado, se calcula la cantidad de bisulfuro que se necesita emplear, tomando por base el tamaño del hormiguero, juzgado por el lugar que ocupan los agujeros, contando que para los más grandes será preciso un litro y doscientos gramos, disminuyendo la dosis hasta seiscientos gramos de bisulfuro para hormigueros chicos. Se tendrán cerca del hormiguero doscientos litros de agua, y se comenzará tapando con barro todos los agujeros que no están marcados con las estacas; se elegirán de los marcados tres o cuatro grandes y los demás se taparán también. En seguida se echarán con un balde cincuenta litros de agua a cada uno de los cuatro agujeros, y después de quince minutos se verterá la cuarta parte de bisulfuro por cada conducto con agua; si se trata de un litro de esa substancia, se echará 250 gramos a cada agujero. Se retirará bien lejos del recipiente que contenga aún bisulfuro, y encendiendo un poco de paja se aplicará en uno de los conductos, retirando inmediatamente la mano. Se sentirá primero una fuerte detonación, seguida de otras pequeñas; después de un cuarto de hora se taparán con barro todos los orificios, quedando con esto terminada la operación. Si cuando se aproxima la paja encendida no se produce detonación, se repetirá la operación, echando una pequeña cantidad de bisulfuro en un conducto y aplicando en seguida una paja encendida. El bisulfuro de carbono debe estar siempre bien tapado y no emplearlo en días ventosos para evitar incendios.

Viejo subscriptor, Firmat. — Por los datos que remite sobre la enfermedad de sus gallinas, es probable se trate de la difteria. El tratamiento lo encontrará usted en el número de esta revista correspondiente al 14 de septiembre próximo pasado. En cuanto a los ataques que padece su caballo, son de origen nervioso; para su diagnóstico es indispensable un examen del enfermo; acuda a un veterinario.

Martín Ramírez, Chivilcoy. — La caspa que tiene su caballo la hará desaparecer mediante lavajes frecuentes de la piel con jabón amarillo y agua; le pasará rasqueta y cepillo y lo cubrirá, cuando descanse, con una manta.

L. Martiarenga. — Si su perrito come y digiere bien los alimentos, la causa del mal aliento debe estar en la boca, debido a una estomatitis, afección de los dientes, o de las primeras vías respiratorias. Su determinación exige un examen prolijo de esos órganos. Mediante una jeringa de goma le hará lavajes de la boca, con una solución acuosa de ácido bórico al 1 por 100, o, mejor aún, una parte de agua oxigenada y tres de agua común, varias veces al día.

*

La correspondencia será dirigida así: Doctor Antonio Grossi, Consultorio de Agricultura y Veterinaria de P B T, Avenida Julio A. Roca 531. Consultorio particular: Maza 188 (Unión Telefónica 3773, Mitre.

OFICIOS FEMENINOS

La escritora yanqui Luisa Hubbard publicó hace algún tiempo un libro titulado «Cómo pueden ganarse la vida las mujeres», en el que consigna nada menos que ciento diez y siete maneras. Esto demuestra que la mujer tiene más ancho campo para desarrollar sus actividades que el que generalmente se le asigna.

La carrera de «escritora» es de las más lisonjeras para el amor propio y de las que tienen menos apariencia de trabajo forzado; pero la señora Hubbard no recomienda el cultivo de la alta literatura; al contrario, las pone en guardia contra toda pretensión de gloria literaria.

Fuera de la literatura propiamente dicha, está el reporterismo mundano, que exige condiciones especiales, y para cuyo cultivo recomienda especialmente la señora Hubbard que se use el anónimo: «Vuestro éxito será mayor si, fuera del director del periódico, nadie sabe vuestra profesión y nadie desconfía».

Otra profesión femenil bastante en boga en América son las lecciones y conferencias públicas. Hay doctoras que tratan cuestiones de sucesión, de salud, de cuidados a los niños; literatas y artistas que disertan sobre la filosofía, literatura antigua o moderna, política y bellas artes, e interpretan con éxito poesías, comedias y dramas.

Hace unos años quedó arruinada una rica y elegante familia, en la que había dos señoritas que habían recibido una educación tan sólida como práctica; lejos de amilanarse, montaron una escuela de cocina en su casa y el éxito coronó su iniciativa.

Luego vienen las «institutrices y damas de compañía» con sus sociedades de colocación, informes y protección. La señora Hubbard recomienda a las damas de compañía que eviten todo cuidado, toda preocupación, a la señora que las emplea, en viaje, en paseos, en hoteles; una dama de compañía debe saber dirigir una casa, ser una experta enfermera, leer bien, hablar con agrado y poseer, en suma, todas las cualidades de una perfecta esposa; debe además saber varias lenguas y conocer la vida de turista.

Requisitos muy parecidos se necesitan para dirigir una escuela maternal, cuyas clases en América suelen ser de nueve a doce de la mañana. Luego viene la profesión de «guía» y directora de viajes, profesión inventada no hace mucho en Nueva York por una encantadora joven americana, y que se ha propagado a todas las grandes ciudades de América.

Una mujer que tenga experiencia de viajes puede hacer un buen negocio organizando sociedades de excursión: es sistema muy de moda y que da excelentes resultados.

La busca de anuncios para los periódicos con una pequeña comisión, y la dirección de gabinetes de lectura y de colocación, son profesiones muy conocidas.

Otra profesión conocida es la de pianista o música de reuniones: con talento superior se puede aspirar a tocar en los conciertos, y si se tiene cierta gracia puede hacerse un capitalito en algunos años, sobre todo en las «tournées». Mejor que todo esto, ya muy conocido, es la idea de aconsejar a las mujeres que se hagan afinadoras de piano; es oficio modesto, pero bien retribuído y muy propio de la mujer. Menos recomendable es el de agentes de teatro, que preceden a las compañías para preparar las representaciones, hacer ajustes y publicar reclamos; en Norte América parece que se dedican con éxito a estas tareas; pero es más femenino el empleo de las mujeres de estación, encargadas de ayudar y proteger a las señoras y señoritas que viajan solas.

Todas estas profesiones, dejadas aparte las de la enseñanza pública y los empleos oficiales, son propias de mujeres de clase superior. Pero también las hay para las más modestas.

En el capítulo de la alimentación hay una nota que merece ser recogida: la afición a la vida del campo priva a las familias de los platos de conservas de frutas, a que tanta afición se tiene en América; la mujer que esté educada en el arte hará buenos negocios, anunciándose y ofreciéndose para los encargos que puedan hacerle de conservas, pastas, frutas en azúcar, confituras, etc. Otro oficio socorrido es el del cultivo de los peces en el interior de las granjas; cualquier excavación pedregosa y estéril puede convertirse en un pequeño lago, y en él pueden criarse los peces más apetecidos de la comarca. La cría y venta de gusanos para pescadores, el cultivo de hortalizas para ensaladas, y la cría de abejas, son también maneras de vivir modestas, pero de resultado seguro, y que, con poquísimo gasto y exiguo capital pueden emprenderse.

La cría de gallinas y aves de corral exige un capitalito; pero se puede ser simplemente intermediario. El cultivo de las flores, sobre todo de las rosas, es otra industria de bastantes rendimientos, que hoy está en manos de los hombres, y que no hay motivo para que no se halle en manos de las mujeres. Otro tanto sucede con el comercio de pájaros y animales domésticos.

De todos los oficios, los mejores son los que exigen algunos conocimientos elementales. Las pintoras de muebles y de objetos de adorno son muy buscadas. Los trabajos de tapicería son un gran recurso. La decoración de escaparates es profesión muy lucrativa; una mujer que tenga gusto y que haya estudiado los escaparates de las grandes capitales, puede crearse una bonita posición en otras ciudades.

La limpieza de cristales de puertas, ventanas y balcones es otro recurso de gran resultado: una contratista puede tener a su cargo veinte o cien casas de comercio en el barrio, y no tardará en tener que tomar auxiliares.

Las floristas ambulantes que sepan guarnecer cestas y jardineras dan también gran resultado.

También puede emplearse la mujer en arreglar las mesas los días de recepción, o en los grandes hoteles.

Sería tan larga tarea la de recorrer los 117 oficios que la señora Hubbard ha logrado reunir para darlos en elección a las mujeres, y todo esto aparte de los que ha motivado la guerra, pues, como es sabido, muchas fábricas, entre ellas las de municiones, tienen obreras en su casi totalidad.

LA JAMONA Y EL GATO



Ante una concurrencia distinguida,
tan *chic* como aburrida,
cantaba cierta noche una jamona
un aria pastoril, con voz chillona;
mientras llegaba del cercano alero
el maullido amoroso y plañidero
del gato del vecino,
que es una especie de don Juan, felino.
Con murga tan odiosa,
la jamona se pone muy nerviosa
y, no aguantando más, se encoleriza,
pidiendo que den presto una paliza,
que deje escarmentado,
al *micifuz* aquel mal educado,
que interrumpe con fiera destemplanza
el proceso feliz de su romanza.

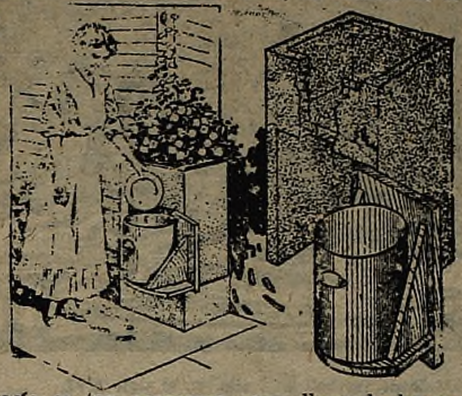
Caro lector: ahí va la moraleja,
conforme la costumbre lo aconseja:
«Si quieres criticar, hazlo con tino
y a perseguir no vayas
al plañidero gato del vecino
si tú, por tu desgracia, también mayas.»

JOSÉ SANLLORENTI RUIZ.

Dib del autor.

UTIL Y CURIOSO

Basurero higiénico. — La costumbre de tener un cajón en la cocina, que sirva de basurero, donde van a parar todos los derperdicios e inmundicias de la casa, es además de repugnante a la vista, sumamente higiénica, pues aunque el trapero o los basureros municipales lo recogen todas las mañanas el continente con todos sus malos olores queda en la casa, y la vista del cajón o depósito vacío es tan asqueroso como lleno de basura.



La innovación que vamos a indicar no es factible en todas las casas, pero en los hoteles, en donde hay azoteas, patios o jardincillos puede hacerse fácilmente y sin gran costo este nuevo basurero.

Consiste en un receptáculo de cemento dividido como una mesilla de noche, en dos pisos. El superior no tiene otro objeto que hacer de él un ariate y dar un aspecto agradable y artístico a la construcción; el inferior, que es el mayor, es el departamento donde van al recipiente que ha de contener las basuras y al que se da el tamaño conveniente según las necesidades de la casa. El cubo, cajón o lata que ha de servir de depósito va en una repisa de madera colocada en la parte interior de la puerta que lleva el basurero y que cerrada se sujeta con una aldabilla de metal.

Las paredes del basurero, así como el tabique que separa los pisos se hacen con un armazón de alambre, sobre el que se coloca el cemento con lo que se le da una gran consistencia. La primera capa de cemento se deja fragnar y sobre ésta se aplica una segunda que se pule o por lo menos se alisa o suaviza.

Para la primera capa se hace una mezcla de una parte de cemento Portland y dos partes de arena fina y limpia. Para la segunda capa una parte de cada componente.

Además, el aspecto agradable de este basurero, al cerrar herméticamente, no deja salir los malos olores y puede lavarse fácilmente con agua y desinfectarlo de tiempo en tiempo.



*

Filtro-embudo casero. — La composición del filtro-embudo es de tres piezas desmontables (embudo, criba y paño filtrador), que son construídas de manera que ofrecen entre ellas un ajuste perfecto y sumamente fácil de desarmar cuando haya necesidad de limpiar las diversas partes.

La falta de roscas o tornillos impide completamente que queden residuos adheridos al filtro.

Debido a la simple y sólida construcción del filtro en metal de aluminio, ha sido posible obtener un artículo práctico, duradero y barato.

*

Para conservar las uvas empléese el siguiente procedimiento:

Cortar los racimos con el tallo o pezón largo, introducir éste en el cuello de una botella corriente llena de agua y conservar la botella a la temperatura de un grado (cosa fácil de conseguir en las cámaras frigoríficas). A los cuatro o cinco meses tanto el aspecto como el sabor de las uvas es igual al que ofrecen recién vendimiadas, y pueden conservarse aún varios días en las tiendas de venta, permitiendo esto la presentación de uva fresca en las mesas durante todo el año.

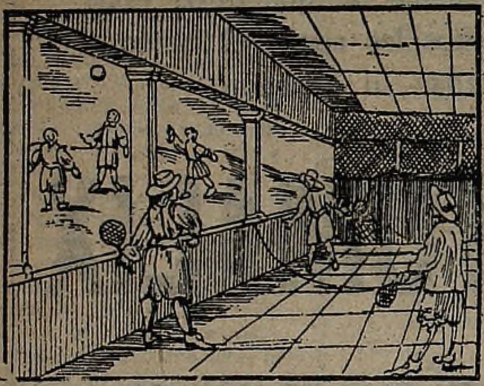
LA ANTIGÜEDAD DE LOS DEPORTES NUEVOS

Cuando se habla de la historia de los deportes, es costumbre remontarse a los tiempos clásicos, a los días de los juegos olímpicos, y de ellos se pasa de un salto a la época actual, en que Inglaterra ha invadido el mundo entero con sus ejercicios de fuerza y de destreza. Diríase que en un lapso de más de veinte centurias, fuera del guerrear no conocía el mundo más ejercicios que la barra o los bolos. Y sin embargo, todos o casi todos los juegos hoy tan en moda entre nosotros, eran ya conocidos de nuestros antepasados, que si levantasen la cabeza quedarían, indudablemente, muy asombrados al vernos considerar como una novedad sus pasatiempos predilectos y bautizarlos con nombres extranjeros.

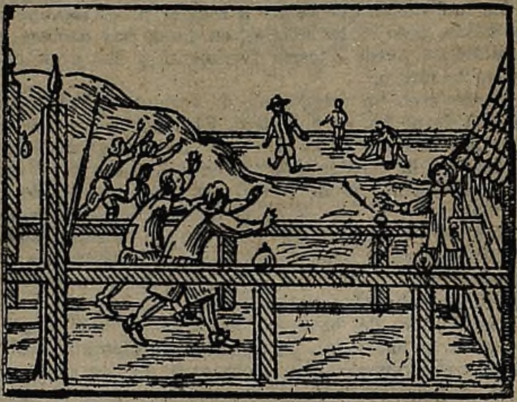


Un partido de football en Italia, en el siglo XVI.

Ahí está, sin ir más lejos, el «tennis». El juego inglés, tan de moda ahora entre nuestros elegantes de ambos sexos, no es ni más ni menos que una variante del juego de pelota a pala o con raqueta, que hacía furor en todos los países latinos en los siglos XV a XVII. En Francia, este juego todavía estaba en auge al finalizar el siglo XVIII. ¿Quién no recuerda el famoso «juramento del juego de pelota»? Entre nosotros, vino a ser lo que se llamaba «el trinquete», cuya principal diferencia con el «tennis» estaba en que, mientras éste se juega al aire libre, aquél se jugaba bajo techado.



El juego de pelota en el siglo XVI.



La carrera a pie hace cuatrocientos años.

Otro tanto puede decirse del «football» o balompié, según algunos. Un antiguo grabado italiano nos muestra que en pleno siglo XVI ya se practicaba en Italia este juego, con el nombre de «pallone», y hasta tenemos datos muy completos sobre él. Los primeros balones, o «palloni», eran sencillamente una vejiga inflada por medio de una jeringa; más tarde, para protegerla contra los choques, se ideó el recubrirla de cuero, cerrada con un cordelillo de cáñamo. Una ilustre casa francesa de aquella misma época tenía como divisa un balón con la leyenda: «Battue, je rebondis».

Uno de los juegos más populares hasta hace cosa de ciento cincuenta años, era el del mallo. Con alguna mayor complicación y con el nombre británico de «croquet», el mismo juego es hoy practicado por nuestra juventud en las playas veraniegas; pero es difícil que así modificado vuelva a gozar de tanto favor como en otros tiempos se le dispensó.

Pero ¿qué más? Hasta los mismos deportes de invierno, con sus tres elementos fundamentales, el ski, el patín y el trineo, tienen profundas raíces en el pasado. Ello es, después de todo, muy natural, pues en sus orígenes todas estas diversiones no fueron sino una necesidad, una exigencia de la lucha por la vida. Los pueblos boreales tuvieron que idear medios para perseguir a las fieras que corrían sobre espesas capas de nieve, tuvieron que buscar la manera de no quedar incomunicados durante el invierno, y lo que para ellos fué una consecuencia lógica de las circunstancias, por efecto de una lenta evolución se convirtió para los demás en un pasatiempo. Por pasatiempo nada más se patinaba en Verona a mediados del siglo XVI.



Un partido de mallo en el siglo XVIII.

El barco-trineo, o trineo de vela, que muchos creen invención yanqui, era ya conocido en Holanda a principios del siglo XVII, mucho antes de que el mundo pudiera soñar en la fundación de los Estados Unidos. Un cuadro del artista flamenco Nicolás Fischer, que data de 1621, representa este género de deporte.

Hasta el «golf», y más aún, el «golf» sobre el hielo, que podría parecer el «non plus ultra» del modernismo deportivo, goza de una respetable antigüedad. Pruébalo una lámina que representa un jugador francés de fines del siglo XVII, tomada de una estampa del célebre pintor Romain de Hogke.

Es sabido que el «hockey» era conocido entre los árabes; se sabe la antigüedad del polo, el más aristocrático de los deportes.

Aun los juegos de los niños: el diábolo, el aro, la peonza, tienen un origen remotísimo, y son, a la vez que antiguos, universales. Como se ve, de ninguna cosa mejor que de los juegos puede decirse que no existe nada nuevo bajo el sol.



Elecciones provinciales. — Personal empleado en la junta electoral del Partido Radical disidente para suministrar datos en el día de la elección.



El diputado nacional señor Jorge A. Rodríguez recibiendo los datos del escrutinio de las elecciones, en que obtuvo la mayoría de 1969 votos el Partido Radical disidente.



El doctor Ricardo Caballero, presidente de la junta de gobierno del Partido Radical disidente, recorriendo los comicios.



Banquete ofrecido en el restaurant Cifré a la prensa y comercio rosarino por la casa Piccardo Ltda.

Fot. Ortiz.

INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av. Julio A. Roca 531

BELLEZAS DEL FILM ARGENTINO



Señorita Fela Nelson, protagonista de la película nacional, en filmación, «El rosal de las ruinas».

NUEVAS PELÍCULAS

Un éxito completo ha sido la película «La pecadora inocente», de la Fox Film. La protagonista es Miriam Cooper.

La citada empresa ha recibido diferentes propuestas para los derechos de exclusividad de su notable film «La hija de los dioses», una de las creaciones de Annette Kellerman.

Uno de los próximos estrenos de esta compañía será una cinta interpretada por Theda Bara y Georges Walsh.

* La empresa cinematográfica Arsenio Vila ofrecerá desde el 16 de marzo próximo el programa Etoile, con un estreno por día.

* La North American Films Service ha incluído en sus programas combinados las cintas «La batalla de Arras», «La batalla de Messines» y «Prisioneros en Dorchester», cintas oficiales de la guerra, cedidas por la Sociedad Británica en la Argentina.

* La Cinematográfica Sud Americana presenta las siguientes novedades:

«El reo 1432» (Butterfly), «El fin de un viaje» (Gold Leal), «El as rojo» (Universal, protagonista María Walcamp).

* Continúa proyectándose en diferentes salones la película en series de Ambrosio, «El fiacre número 13», cuyo argumento ha despertado gran interés.

PELÍCULAS ARGENTINAS

Terminados los detalles relativos a la indumentaria, ha comenzado la Argentina Film la impresión de su nueva película «El rosal de las ruinas».

* También se filmarán pronto las tres últimas escenas de la cinta del señor Morando, «Ironías del destino».

*Muy pronto la Marchessi Film estrenará su primer película «Los inconscientes», original del señor Ramassotto y dirigida y puesta en escena por el señor Alberto Traversa.

En dicha película toman parte las actrices Gemma di Guelfo, Denise Roseclaire, Annette Reynaud, Vera Gradiska, Jenny Nin Lucy, Yole Piacentini, Perla Roveses y Leticia Pizzano, y los actores Ramassotto, Rivelli, Devesa, Figueroa, Marques, Cappa, Cosini, Sardá, y Fernández.

CORREO

Sally. — La agencia de «Cine Mundial» es calle Lavalle 770, y la subscripción por un año vale dos dólares. — La revista «Cinema» tiene sus oficinas en la calle 25 de Mayo 371, Montevideo, y la subscripción anual vale 1.60 $ oro uruguayo.

R. Rossi. — **Las mismas.** — Envíennos dirección para contestar por correo.

Ennica. — Sírvase enviarnos su dirección y contestaremos por correo. Para la Fox puede dirigirse a la sucursal en Buenos Aires: Corrientes 951.

Un lector. — Hemos publicado ese retrato hace dos semanas, en el número 685, correspondiente al 9 de enero.

Berenice. — Sólo hay de Perle White, June Caprice, Margarita Clark, Mary Pickford, Theda Bara, George Walsh, Virginia Pearson y Stuart Holmes. Precio: 1 $ cada uno.

L. C. F. — Puede dirigirse a cualquiera de las empresas cinematográficas nacionales.

SALONES BIÓGRAFOS

Cine Majestic Theatre (Lavalle 843). — Biógrafo. — Estrenos diarios. Atracciones.

Cinematógrafo Callao (Avenida Callao 27). — Día 12: Aventura del explorador Stanley, La desertora. — 13: El orgullo y el demonio, El fiacre número 13. — 14: El pasado de Mónica. — 15: El dios de los niños, El reo número 1432. — 16: Celos, El muro divisorio. — 17: La nube, La novela de una vida.

Crystal Palace (Corrientes 1550). — Día 12: La presa del pirata, Corazón de bestia (estreno). — 13: La verdad oculta, La mujer desdeñada. — 14: La borrasca, Herida del corazón. — 15: La rata del embarcadero, La mujer desdeñada (último episodio). — 16: La domadora de corazones, Flora la modelo. — 17: La invocación al odio, La prueba, El drama del bosque, Carlitos en Carmen (estreno de hilaridad).

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Gran Cine Imperial (Cangallo 771). — Día 13: La mujer desdeñada, Energía naval. — 14: Carlitos en las Termas, El hijo pródigo. — 15: La mujer desdeñada, El secreto de los Borgia. — 16: El juramento de odio. — 17: En manos de la ley, La campesina.

Cinema Eslava (Suipacha 686). — Estrenos diarios de las exclusividades cinematográficas de más éxito en Europa y Norte América.

Teatro Cine Soleil Palace (Corrientes 3150). — Películas Fox y Paramount. Estrenos diarios. Varietés.

Cine Moderno (Corrientes 976). — Todos los días variado programa de la Sociedad General Cinematográfica. — Lunes y viernes: El gran secreto (dos series por día). — Sábados y domingos: Cintas Paramount.

Teatro Cine Social (Montes de Oca 1643). — Día 13: El fiacre número 13 (primera serie). — Sección vermouth 0.10. Noche 0.20. — Jueves: noches blancas con reparto de jazmines.

Cine San Carlos (Lanús). — Grandes novedades. Programa de la North American y Cinematografía Sud Americana.

LOS PALACIOS DEL FILM



Frente del hermoso edificio donde se encuentra instalado el Crystal Palace, del que son empresarios los señores Albinati, y que por su amplitud, lujo, comodidades y selección en los programas es uno de los predilectos del público porteño.



Familias de Schenone, Castagnino, Zambroceti, Nogueyra, Sánchez Terrero, Carbone y Tucal, que veranean en esta localidad.
Fot. A. Francisco.

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. **Buenos Aires,** **13 de febrero de 1918** **N.° 690**



LOS CARNAVALES POLÍTICOS

—He jugado tanto, que ahora no sé cómo hacer para desenredarme.
—Espérese un momento, que en cuanto yo me desenrede le voy a dar una manito.

Dib. de Soldati.



EL TIGRE DUERME

Un peregrino, muy junto a la ribera, ve pasar las aguas; le mira el río, tercamente, sin comprender al hombre, y el peregrino hunde la vaguedad de sus pupilas en las silentes aguas, para él incomprensibles. Se adormece la Venecia suburbana del Plata, y la fantasía es dueña de abracadabrantes elucubraciones, en los sueños que interrumpen el tranquilo reposo...

Los montes y las aguas se acarician cual modernos Romeos y Julietas, el monte reflejándose en el agua, el agua recibiendo para sí el abrazo magistral del monte: es interminable este abrazo de las ondas y el follaje. Se suceden las caricias, sensuales y esquivas, pero constantes: llega siempre la onda, nunca se oculta el monte.

Las estrellas cantan su perenne catilinaria al áureo rey de los trigales de oro, y alaban en su canto y a su modo, en trémulos tintineos de diamantes, las bondades de la empolvada reina de la noche. — Pálida y blanca novia del eterno desposorio virginal—divaga el peregrino,—pierrotesca quimera de todos los siglos y de todos los mundos ¡cómo envidio tu corte de amor ineluctable. Si, cual se imaginaba Marianela, los muertos se transforman en estrellas, ¿qué te hace falta, «Señora de la Nada», para llevarme al cielo? El arroyo le mira, le mira, y avanza la corriente, siempre, siempre...

Las aguas retratan en su seno el palor de la luna, prosiguiendo dichosas el camino que no ha de retornarse. En desesperados contoneos, luchan las ondas por reflejar en sus irisaciones un lampo quijotesco de albayalde, y el peregrino sueña:

— ¡Qué no diera por trocarme en onda! En onda que se va y no ha de volver...

Los embarcaderos, de tonalidades claras, recubiertos con geranios rosa y distintas enredaderas de florecillas color sangre y color luna, se imaginan misteriosas princesitas que, huyendo de algún cuento de Calleja, fueron convertidas en otras tantas niñas romancescas, con polleras cortas, estilo siglo quince o siglo veinte; tan se parecen éstas con aquéllas, que ambas se aquilatan.

El cielo es un *plafond* azul marino; verdinegro, de gruesas pinceladas, la esfinge de los montes; el agua es un zafiro inmenso que se volvió opaco, ante la triste neurastenia de las sombras.

Y en amplio marco obscuro que lo envuelve todo, repujadas en tosco engarce de oro viejo, las villas familiares: «Venecia», «Sara», «San José», «Rob Roy»... sin lumbre los rojos faros de la primera, ocultas en la infinita sombra de la noche, las plateadas bombas de luz de la residencia estival del señor ministro de la Noruega soñadora que fué de Oscar II...

Tal el cuadro del Tigre, por la noche.

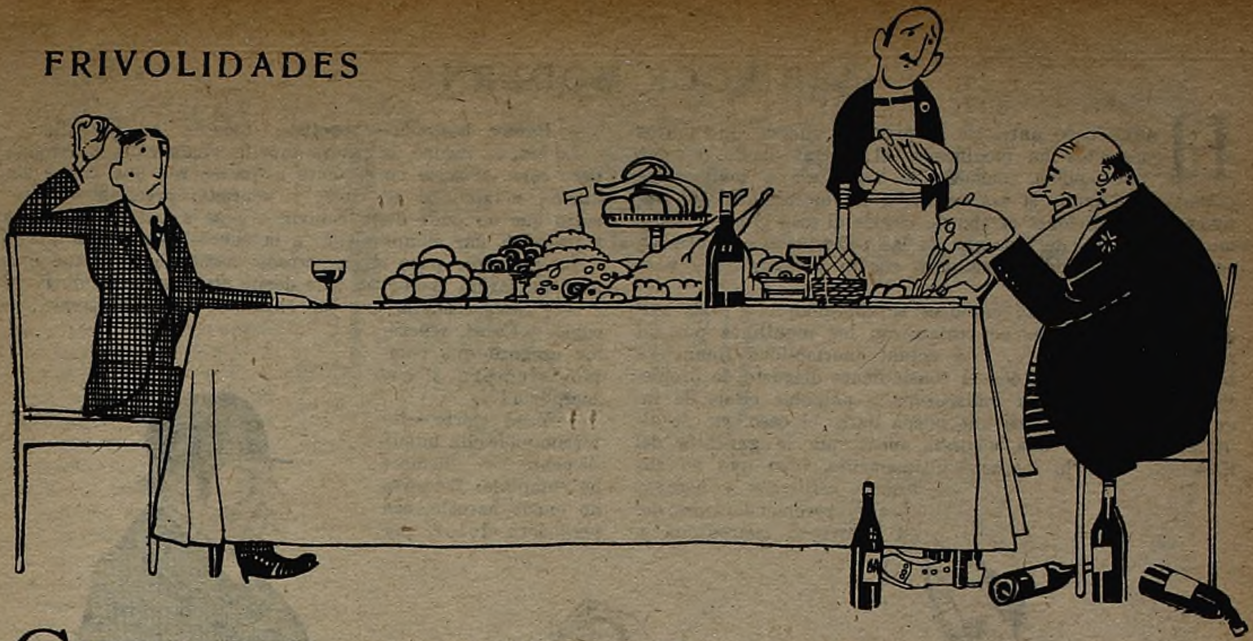
Y a veces, para llamar a la realidad al desvelado peregrino, una lancha moderna con cortinas de encaje en las vidrieras, bandera azul y blanca a popa y un timonel insomne, pasa con aristocrática ufanía, preocupada en el secreto de las horas felices de dos recién casados, que, mientras hienden con la proa de su barca las aguas, formando como un bífido seno que jamás se queja, amasan con ensueños idealistas la realidad de la futura raza.

Y, entonces, es el salmo del peregrino:

—Amantes: no interrumpáis con vuestro idilio el idilio sublime de las aguas; satisfaceos en amor, pero sed buenos con el río, que dice a la ribera, incesantemente, su eternal canción... El verbo amar se conjugó en los cielos y a nosotros nos lo enseñó Jesús...

José Francisco ISART.

FRIVOLIDADES



Conseguir la popularidad, no es cosa tan difícil como parece a primera vista.

No faltan románticos que pretenden alcanzarla escribiendo versos o endilgando peroratas. Es sabido que viven de milagro y que a la postre se quedan en los puros huesos, hechos una lástima, y con la cabeza monda igual que una bacinilla del revés.

Mucho mejor es popularizarse sin prensar la sesera, al propio tiempo que se resuelve el magno problema de vivir de mogollón. Eso resulta más práctico.

Y si no que lo diga Engrudete, el popular, el famosísimo Engrudete. Medio mundo le conoce, y él se tutea con el otro medio.

—¿Ves ese señor rechoncho y sonriente? —nos dice un amigo en el café—. Pues ese es Engrudete.

Engrudete pulula en todas partes, como si tuviese el don de la ubicuidad. En el paseo, en los teatros, en la calle, en las jiras y en dondequiera que se reúne una docena de personas.

No hay función teatral que merezca la pena, en la que Engrudete no se presente, pasillo central adelante, con los pulgares en los escotes del chaleco, y mirando a todas partes con más ínfulas que el propio empresario, con un aire de satisfacción, que parece que va diciendo: «Ea, señores, aquí estoy yo, Engrudete, el ínclito, el interesante Engrudete!»

La medallita achocolatada que luce en la solapa, donde resalta la figura de un salchichón en campo de pimiento, es el talismán que le permite colarse de momio, como redactor honorario de «La Butifarra», órgano trimestral de los fabricantes de embutidos al por mayor.

¿Llega o sale un transatlántico? Pues Engrudete está en el muelle saludando a unos y despidiendo a otros. ¿Un entierro, boda o bautizo? Engrudete comparece en primer término. ¿Se otorga una escritura importante? Engrudete es testigo. ¿Un banquete? Allí ha de estar orondo, mofletudo, satisfecho de la vida, con las mandíbulas dispuestas a dar la batalla en toda línea.

Precisamente la especialidad de Engrudete consiste en zamparse de gorra allí donde se come y se bebe por largo.

Apenas se ha sentado usted a la mesa del restaurant, se aparece Engrudete como por ensalmo, con los brazos abiertos para estrecharle efusivamente. Usted no puede olvidar que se hizo amigo suyo cuando el banquete de los naturales, del concejo del Franco, y desde entonces le conserva un afecto entrañable.

—¿Si gusta de acompañarme?—dice usted por mera cortesía.

—Bueno, no quiero desairarle. Tomaré un bocado y charlaremos, hombre, charlaremos. ¿A ver? —dice afirmando las gafas y revisando la lista— Para mí una tortillita de jamón gallego, riñones con tomate, langostinos y menudos de ave. Yo siempre he sido frugal. Para postre, cualquier tontería. Con melocotón, queso y flan, conforme. De vino, una de alambrado. ¡Ah!, iremos haciendo boca con unas sardinas, mantequilla y aceitunas.

Mientras se atraca a lo pavo, cuenta una porción de cosas muy interesantes. Así se entera usted de que Romerito perdió cuarenta pesos al poker, y de que la chica mayor de Huesoseco tiene la dentadura postiza.

El caso es que, burla burlando, esas novedades salen por una porrillada de pesos fuera del bolsillo. Pero la amistad de un Engrudete compensa de todo sacrificio.

—Ya puede agradecerme la compañía— dice al despedirse. — Por usted he dejado de ir a almorzar con la familia de los Escobillas, que celebran hoy el santo de Rupertín. Pero iré a cenar y quedaré absuelto. Son buenos amigos.

Apenas se organiza una jira, ya está nuestro hombre en campaña. Lo mismo da que sean manchegos que asturianos. A él no le falta algún conocido en la comisión, y allá se presenta, plácido y majestuoso, dispuesto a sacar la tripa de mal año.

—Mi abuelo — dice mientras engulle arroz con pollo a dos carrillos — era de aquel concejo, y hasta creo que fué alcalde cuando la francesada. Por eso yo me honro mucho en venir a esta fiesta, y les prometo no faltar a ninguna que ustedes celebren.

En testimonio de paisanaje choca el vaso con el del presidente y da una segunda arremetida al arroz, que deja medio en ayunas a dos vocales natos.

Engrudete posee un secreto especial que le distingue como notable diplomático en eso de llenarse la andorga. Lo primero que hace en los banquetes, es enterarse del nombre del camarero de turno.

—Oye, Emergencio—dice muy meloso al de la servilleta.— Tú que eres buen muchacho, arrima para acá aquella fuente de carne mechada. Mira, de paso tráete una moscatel y la caja de los puros.

Emergencio, al verse tratado tan amigablemente, considera a Engrudete como de la familia, y le planta lo mejor debajo de la barba.

El retorno de la fiesta, lo mismo que la ida, es siempre a costa de algún entusiasta, que paga muy satisfecho de obsequiar a un nieto del famoso abuelo, no sin que Engrudete eche mano al bolsillo en actitud de sacar una moneda que jamás llega a salir.

Tan pronto aparece en los periódicos la noticia de que les nació un chico o los Esparraguillos o que se casa la hija de Corchofrito, allá se presenta Engrudete estrechando manos y dando enhorabuenas. Porque en cuanto a dar algo, nunca ha pasado de ahí.

—Esperamos que nos acompañe en la fiesta — le dicen, enternecidos. — Usted es como de casa.

—No faltaba más. Ese día dejaré todo por venir a esta casa. Yo soy de ustedes siempre.

Y efectivamente, llega más puntual que un casero con el recibo, repeinado como en los días en que se repica gordo, y con una corbata anaranjada muy a la altura de las circunstancias.

No es necesario decir que, en honor del acontecimiento, se arrima una panzada mayúscula.

La popularidad de Engrudete es ya tan sólida que no hay fiesta posible sin su presencia.

Sólo cuando cae un día malo, sin boda ni jira, es cuando los amigos pueden vanagloriarse de que se aparezca por casualidad en el restaurant, a tomar un bocado y a contar una porción de cosas muy interesantes.

Carlos F. Calzada

SHILOCK MODERNO

HASTA poco antes de la presente guerra, que tantos aspectos ha modificado, el mortal dueño de una finca podía considerarse verdadero e inabordable potentado, máxime si esa finca era un inquilinato, que entonces en condiciones estaba de toserle al más grave y abdominal banquero, de esos que en las películas nos lo ofrecen con chistera servida como para cuatro y levita para toda una recepción.

¡Los alquileres que entonces se cobraban!... ¡Las exigencias que entonces se tenían con los inquilinos por un zaquizamí indecente!... La actual anormalidad financiera ha traído aparejada, con el consiguiente disgusto de propietarios y caseros, una indiscutible y palpable crisis de inquilinos, lo que explica que pueda darse el caso, ya, de alquilarse siquiera una modesta pieza, sin la garantía del Estado... Tal lo lograra, últimamente, bien que no sin arduos esfuerzos y algunas eficaces recomendaciones, doña Eduviges, cuarentona y



viuda jamona, pero sin hijos.

— Yo, señor — argumentárale, a mayor abundamiento, al dueño del inquilinato, casi millonario, — soy una mujer seria, tranquila y honesta, capaz de quitármelo de la boca para cumplir con mis compromisos.

— El cumplir es lo que yo exijo — replicárale él. — La persona que cumple, en todas partes es atendida y respetada, y de ninguna parte se la echa.

— A mí no me han echado nunca de ningún lado, y en cuanto a mi cumplimiento puedo enseñarle a usted los recibos...

Enseñóle, en efecto, varios recibos que ratificaban acabadamente sus palabras, y el rígido propietario, convencido, por fin, se avino y le alquiló sin garantía firmada.

— Parece una honrada mujer, — murmuraba, al retirarse, como justificándose consigo mismo del generoso rasgo. — Por lo demás, le aumenté cinco pesos en concepto de recargo por el riesgo...

Era efectivamente cierto: una pieza por la que el anterior ocupante abonara 25 pesos, habíasela dado a doña Eduviges en 30. Su generosidad y altruísmo bien demostrados estaban, sin duda, con la ausencia de garantía comercial o el consabido pago de un trimestre por adelantado. Fiaba, aunque no exento de intranquilidad, en la honradez de la viuda.

— Parece honrada — repetíase, todavía, en la calle.

Lo era, en verdad, la señora aquella, viuda y desamparada; pero como el serlo no es óbice a que se vea una mujer sin dinero, máxime si es viuda y honrada, precisamente, resultó que no pudo doña Eduviges, pese a todos sus afanes y desvelos, dar cumplimiento a la cuarta mensualidad...

La cara que puso el «generoso» dueño de casa, fué una cara de jardín zoológico, vale decir, algo así como de fiera.

— ¡Usted, señora, me ha engañado miserablemente! — rugió. — Usted, señora, me aseguró que cumplió siempre y que cumpliría!...

— Y es cierto — interrumpióle ella humildemente. — Siempre he cumplido. Esta vez no puedo hacerlo, con verdadero dolor, por causas ajenas a mi voluntad. Me he quedado sin costura; apenas si he podido comer... Usted puede constatarlo...

— ¡Oh, no!... Esas no son cuentas mías... Usted tiene el compromiso de abonarme, y debe hacerlo. Por otra parte, usted misma me ha dicho que por cumplir se lo saca usted de la boca...

¡Debe usted, pues, sacárselo de la boca, pero pagarme!...

Miró entristecida y atormentada, doña Eduviges, a su irreductible casero, y en un gesto de suprema resolución, convencida de que nada podía ablandar aquel corazón de piedra, llevóse la diestra a la boca, y extrayéndose el paladar postizo con toda la dentadura orificada, exclamó, alargándoselo a su terrible acreedor:

— ¡Tómelo usted; es lo único, ya, que puedo quitarme!

La sorpresa del moderno «Shilock» fué visible. No esperaba el gesto aquel, sin duda; pero, sobreponiéndose rápidamente de la impresión primera, dijo, tomando y guardando tranquilamente la dentadura:

— Está bien.

Y mientras se retiraba, agregó, satisfaciendo la costumbre de justificarse ante su propia conciencia:

— De todos modos, si no tiene que comer, ¿para qué precisa los dientes?...

SANTIAGO DALLEGRI.

APERITIF CONCERT

Entre mis numerosos defectos (además de mi pasión por el bacalao a la marinera), cuento el de asistir diariamente a un almacén en el que nos reunimos a la hora del *vermouth*, unos cuantos amigos.

El patrón del *boliche*, a quien no le convence ni Dios de que un kilo tiene más de novecientos gramos, es un *gaita* (así le llamamos cariñosamente), que dice *tranquilidat*, se peina a la moda y se enferma cuando se baña (goza de buena salud).

Es viudo y conserva tres hijos de su matrimonio (única conserva legítima que hay en el almacén) y está por contraer segundas nupcias. Es de los que no escarmientan...



Tiene a modo de edecán, *attaché, robe de chambre*, o como quiera llamársele, a un tal Martínez, gran conocedor de los secretos de la balanza, que lo mismo hace de *cocinera* que despacha un *vermouth* falsificado. No sabe una palabra de latín, pero viste pantalón de talle y tiene toda la *planta de torero* detrás del mostrador. En la plaza de toros debe ser un gran almacero. Hace las veces de segundo gerente y repartidor, Manolo, (hermano del patrón), un muchacho de color chocolate (del más barato), que en presencia de cualquier maritornes se *almibara* de tal modo que, si le piden dulce de membrillo, despacha arroz Bremen o le da el vuelto de diez pesos en vez de apuntarle el gasto en la libreta.

No menos dignos de atención son los clientes de la casa: allí hay para todos los gustos: un tenedor de libros que, a fuerza de no tener casa, ya se va acostumbrando a dormir sobre una caña, como los pájaros, algunos comerciantes que fuman de a cero treinta y se afeitan dos veces por semana, un empleado nacional, (italiano) que usa bigote a lo Humberto y habla mal de los radicales (éste es una especie de tumor canceroso que le ha salido a nuestra reunión, pues nunca paga lo que toma), dos empleados de comercio del barrio y el que estas líneas escribe.

Clientas infaltables a esa hora: una señora que usa perrita y medias de color y cuya fe de viuda no se encuentra por ninguna parte. Dice que tiene cuarenta años, pero hay quien asegura que conoció a Américo Vespucio. Una sirvienta madrileña (del propio Betanzos), cuyos ojos aun no han conseguido ponerse de acuerdo y miran en distintas direcciones (yo la llamo Casimira), lleva luto por un novio que la citó hace tres años en la esquina de Cevallos y San Juan y aun no ha concurrido a la cita. Asegura que se lava la cara todos los días, pero el cuello dice que eso es falso, y por último, una tal Jesusa que lleva botines del cuarenta y dos y cuando se ríe enseña el esófago.

Nuestra reunión en el almacén dura, generalmente, una hora, durante la cual hacemos chistes de todos colores, hablamos de carreras, de política, de mujeres y hasta de hombres. Algunas veces «nos metemos con las clientas» con objeto de amenizar la reunión.

Ayer, por ejemplo, llegó Jesusa y nos enseñó la tráquea, o lo que es lo mismo, se sonrió. Entraba diciendo:

— Despácheme en seguida, que estoy apurada.

Al verla entrar el hermano del almacenero, dejó caer al suelo la tapa de la quesera, adoptando una aptitud de tenor cómico de género chico, y entabló con ella el siguiente diálogo:

— ¿Qué desea de su esclavo la reina del mundo y sus alrededores?

— Un kilo de yerba, media docena de huevos y un sifón.

— ¿Nada más, preciosura?

— Nada más, y despácheme en seguida.

— No esté tan apurada *divinidaz*, y no me mire de ese modo que me da vueltas la cabeza.

— Puede que si le dé vuelta a la cabeza de un sifonazo, si sigue diciendo zonceras — agregó Jesusa mientras se hurgaba la nariz con el pulgar de la mano derecha.

— No sea mala — (replicó el muchacho)

— No sea zonzo — agregó ella.

Al fijarse en la cara de Jesusa, gritó, con toda ironía uno del grupo.

— Sírvanos una vuelta, patrón.

— Completamente vuelta, — agregó otro.

— A mí, con fernet — objeté yo.

Mientras tanto el hermano del patrón pesaba orejones importados... de Ramos Mejía.

— Dígame — exclamó el tenedor de libros encarándose con Jesusa — ¿No ha notado usted en su casa la falta de un tenedor?

— No sé. Es la patrona la que cuida los cubiertos.

— ¡Si digo un tenedor de libros! (El creía que ya habían caído los otros en desuso, porque sólo come *sandwiches*).

— ¿Y para qué queremos en casa un tenedor de libros?

— Para lo que usted guste mandar — replicó él.

— Para limpiar las cacerolas — dijo otro.

— Para anotar lo que usted *sisa* en el mercado — agregó el italiano.

— ¡Pobre mi madre querida! — gritó el almacenero, metiéndose debajo del mostrador.

Carcajada general, dos interjecciones de Jesusa y un sifón mal dirigido, que se ubica en el ojo derecho de uno del grupo «que estaba por encima de todos». A todo esto, Martínez, que estaba bautizando una bordalesa de vino, perdió la cuenta del agua que había echado.

El patrón interviene en el conflicto del sifón, Mazacote (así se llama el italiano) pide, aprovechándose de la confusión, un coñac para que lo paguen los otros, y el hermano del almacenero entrega a Jesusa, con aire de triunfo, medio kilo de orejones y cincuenta centavos de fiambre surtido.

Jesusa dijo algo incontestable y se fué.

Nosotros cuidábamos el ojo del herido, mientras el sifón yacía en el suelo en actitud amenazadora (con el pitorro para arriba). Se restablece la tranquilidad (pues dicho sea de paso, aquello no parecía un almacén, sino un Congreso de los Diputados) y pedimos otra vuelta (sin ironía y con soda).

El hermano del patrón se había quedado dormido con el codo apoyado sobre una mortadela, cuando, de pronto, vemos a Jesusa entrar de nuevo, gritando desde la puerta:

— ¿Pero usted se ha propuesto tomarme el pelo?

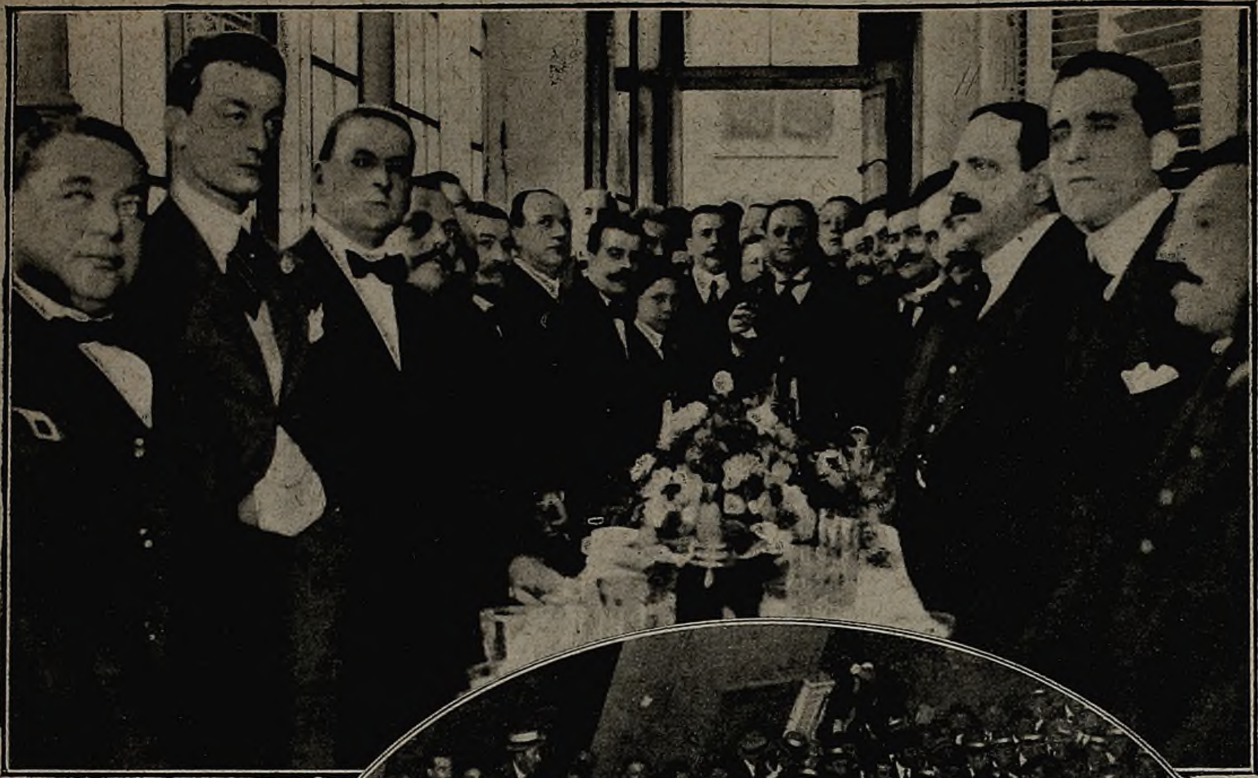
— ¿Cuánto se debe, patrón? — gritamos todos a coro, y lentamente, sin hacer el menor ruido, nos deslizamos hasta la calle, donde nos despedimos casi por señas, después de ver a Jesusa que, con el cuchillo de cortar salame en la mano, discutía con el almacenero, como si fueran dos diputados en plena sesión.

Como ellos son del barrio, se fueron a pie a sus casas. Yo, que vivo lejos, me quedé en la esquina esperando al 7.

....

Desde ayer se ha deshecho la reunión y ahora cada uno toma el vermouth en donde le da la gana. Yo sigo tomándolo en... vaso.

JOAQUÍN FRADE GOITIA.



DEMOSTRACION A UN COMISARIO.

El comisario don Pedro Roberto Casco rodeado de un grupo de amigos que le ofrecieron una demostración el 2 del corriente en el local de la comisaría, por su actuación al frente de la misma.



CONMEMORACION DEL 4 DE FEBRERO.

Manifestantes congregados frente al local del comité central del Partido Radical.



La sala del teatro Victoria durante el acto conmemorativo del 4 de febrero que celebró el Partido Radical el domingo 3 del corriente.

EN PREVISION DE LO QUE PUEDA SUCEDER



Antes de la partida, los pasajeros son aleccionados sobre el puente para el caso de que en alta mar les salgan al encuentro los piratas.

DE MAR DEL PLATA

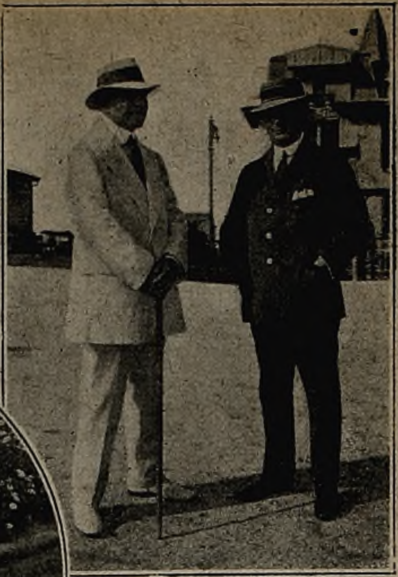
Este año la temporada balnearia se ha iniciado brillantemente, siendo la afluencia de veraneantes aún mayor que en años pasados. Mar del Plata no reniega ni ha renegado nunca del título de «balneario aristocrático por excelencia», título honroso y legítimo de que goza, no sólo en nuestro país, sino también en el extranjero. Efectivamente; la elegancia, el buen gusto, una sencillez peculiar que constituye toda una característica de este ambiente, la vida social movida y agradable se aunan en bello consorcio a los encantos de la naturaleza, que tiene aquí una representación tan esplendente.



El señor Juan Nelson y el vicepresidente del Golf, señor Zuberbühler, hablando con el comandante del San Martín, señor Escutary y con otro marino de la dotación de dicho buque. En el fondo el doctor Ricardo Cranwell.



Señorita Salas y señores M. A. Martínez de Hoz y Jack Nelson, de amable conversación en el Golf.



En el Golf. Su presidente el doctor Ricardo G. Cranwell con el capitán señor de Elía.



Señoritas de Cantilo, señor Zuberbühler, señorita de Gramajo y señor Gainza Paz, en el Golf.



El señor Martínez de Hoz y señorita y señor Aldao, señorita Cantilo, señores Zuberbühler y Gainza Paz, en una reunión de Golf.



Señorita de Serantes.



Señora de Gainza Paz y señores Gainza Paz, Chevallier y Cullen, en la terraza del Bristol Hotel.

Las adjuntas fotografías nos muestran algunos cuadros de la vida marplatense. Lejos del ambiente intenso de la metrópoli, conocidísimas figuras de nuestra aristocracia, transcurren la temporada actual, siendo uno de sus lugares predilectos, el Golf, que les brinda uno de los sports más agradables.

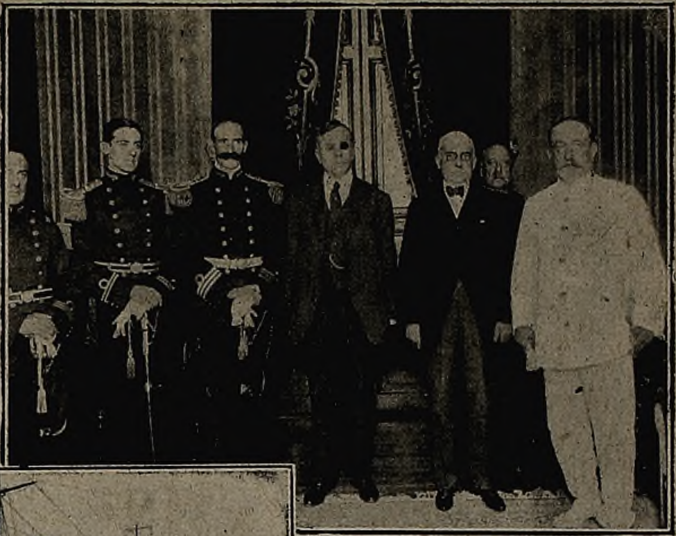
Los marinos del crucero «San Martín», con su jefe el capitán señor Escutary, animan aún más el balneario con su presencia. Ha llegado el acorazado «Belgrano», y se anuncia llegarán otras unidades de la armada nacional.

En este hermoso Mar del Plata, en que el arte, la fastuosidad y la belleza se unen a la naturaleza completando su obra, se desarrolla agradable y propicia la temporada.

CRONISTA.

PARA TODOS LOS GUSTOS

He aquí una porción de cosas para informar a los lectores. Ante todo, el arribo de la fragata Presidente Sarmiento a Montevideo, que ha servido para que se exterioricen, una vez más, las grandes simpatías que unen a los habitantes de aquende y allende el río. El ministro de Relaciones Exteriores obsequió con un gran banquete a los marinos argentinos, cambiándose frases de franca cordialidad con tal motivo. Jefes y oficiales del



El comandante y oficiales de la Sarmiento, en compañía del ministro argentino, con el ministro de Guerra del Uruguay.



La fragata Presidente Sarmiento anclada en el puerto de Montevideo, donde permaneció varios días.



Una deliciosa Colombina entre cuatro tentadores Pierrots que la cortejan.

buque escuela iban sumamente satisfechos de esta visita.

⁂

El comentario social de la anterior semana lo ha constituído el «Baile de los Pierrots», así llamado por exigirse tal disfraz a las gentiles mascaritas. ¿Necesito decir que una fiesta de tal índole constituyó todo un éxito?... Afortunadamente su organización corrió a cargo de una comisión de damas, de modo que no pudo advertirse el desgano con que se realizan este año otros festejos oficiales. La afluencia de forasteros es grande. Pero la competencia de Mar del Plata y otras playas argentinas se ha dejado sentir. De todos modos, sabemos que Punta del Este, Piriápolis y otros lugares de la costa se han visto muy frecuentados por las familias de Buenos Aires y Rosario.

⁂

La colación de grados en la Universidad es acontecimiento que merece se consigne. Revela el adelanto estudiantil, acentuado año tras año, con las modificaciones de los viejos métodos. El ministro Mezzera pronunció un amplio discurso y, siguiendo costumbre establecida, los titulados que hicieron la carrera con

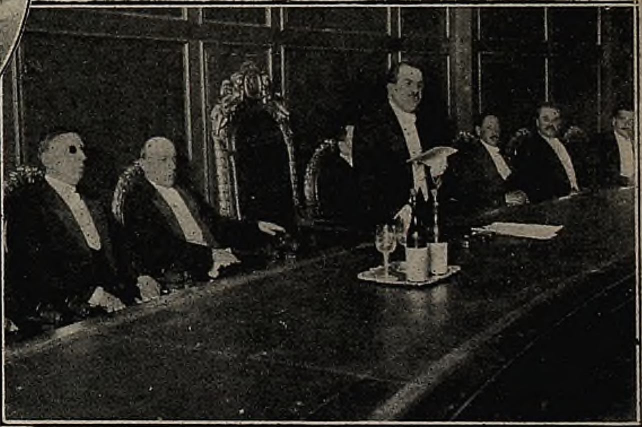


En el «Baile de los Pierrots». Un grupo de concurrentes posando para P B T.

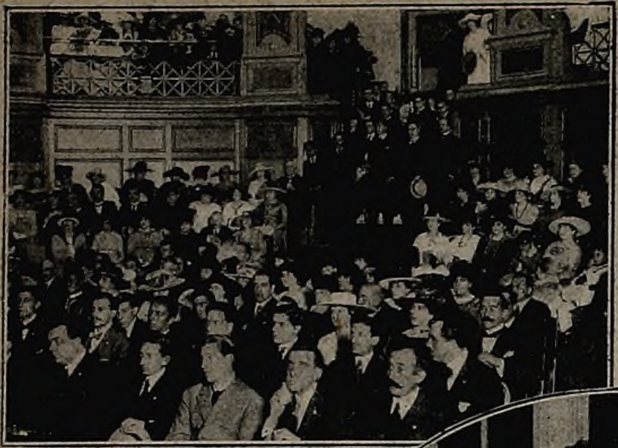
más brillo, hubiéronnos de presentar sus proposiciones. Demás está decir que las hubo para todos los gustos.

⁂

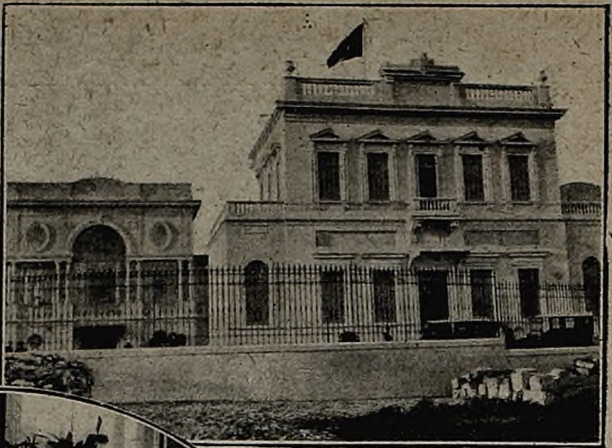
El Hospital Italiano de Montevideo honra, no sólo a la colectividad, sino al Uruguay mismo. Es un edificio gran-



El ministro de Instrucción Pública doctor Mezzera leyendo su discurso en la colación de grados.



Los concurrentes a la colación de grados en el salón de actos públicos de la Universidad.



El nuevo pabellón inaugurado en el Hospital Italiano de Montevideo, con salas para mujeres.



El banquete propiciando la reelección del doctor Ricaldoni, decano de la Facultad de Medicina.

dioso. Recientemente se ha incorporado un nuevo pabellón. En este pabellón acaban de abrirse dos salas, que llevan los nombres de los filántropos con cuyas donaciones fueron construídas: Sanguinetti y Aycardi. El acto dió lugar a una severa ceremonia, hablando el ingeniero Andreoni a nombre del consejo directivo. Además se descubrieron dos placas, que ostentan los nombres de dos establecimientos comerciales: el Banco Italiano del Uruguay y la fuerte casa Alejandro y José Mantone. Aquél y ésta tienen estipulado en sus contratos respectivos que parte de sus utilidades deben entregarse para sostenimiento del hospital.

El doctor Ricaldoni, cuya reelección como decano de la Facultad de Medicina parecía peligrar, ha sido objeto de una distinción extraordinaria. Médicos, estudiantes, prensa, público, etc., parecieron aliarse en favor de la candidatura. Dicen que de la discusión sale la luz; pero en este caso lo que salió, fuera del triunfo del ilustrado hombre de ciencia, ha sido un banquete formilable, que se ha servido en los fastuosos salones del Hotel Municipal.

CORRESPONSAL.

Montevideo.

A LOS OCHENTA

I

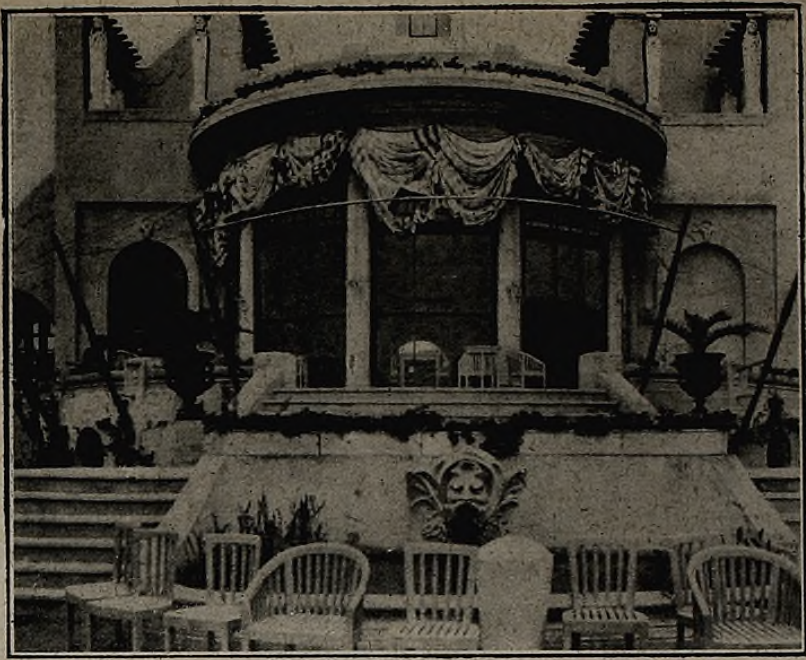
Cierra los ojos la abuela
y vuelve a soñar despierta,
con sus aires de chicuela
y la cabellera suelta.
Evoca el traje de grana,
cruzado por ancha faja,
la melena de gitana
y la capota de paja.
Después... el recuerdo vuela
hacia una reja entreabierta;
ve los bancos de la escuela
y el cerezo de la huerta

II

Ve su traje de casada:
con la bata de cotilla,
la pollera abullonada
y el pañuelo de espumilla:
y la cuna muy pequeña
donde duerme un inocente,
que rezonga mientras sueña
y respira suavemente.
¡Ay! ¡Su sonrisa apagada
muy pronto se enciende y brilla
frente a esa imagen rosada
envuelta en blanca mantilla!
. . . .

Y se emociona la abuela,
pensando en su dulce ayer;
quiere volverse chicuela,
ser niña y después... crecer!

Flora Albina Ryan.

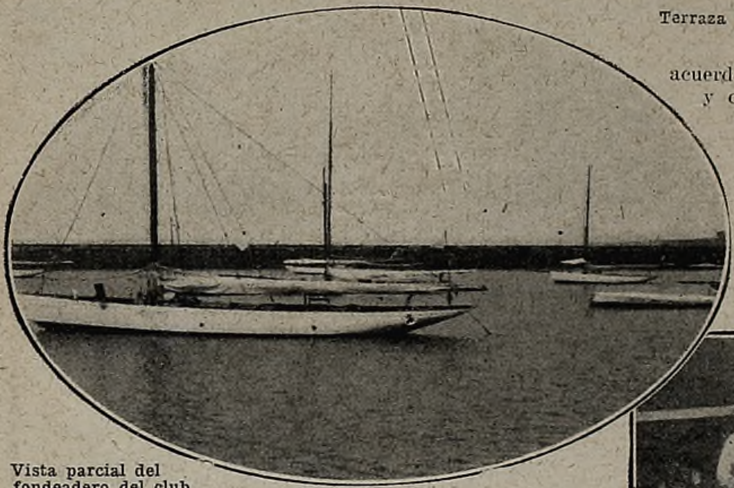


Terraza en el edificio del Yacht Club Argentino.

El Yacht Club Argentino es la primera y más antigua institución de su género en el país.

Tiene su asiento en la Dársena Norte, donde está instalado el local social y fondeadero de sus barcos. También posee una sucursal en el Tigre, en un lugar muy pintoresco sobre la margen derecha del río Luján.

A esta institución, por decreto del ejecutivo de mayo del año 1883, y por ley nacional sancionada en 1911, se la ha facultado para enarbolar el pabellón nacional de guerra, en las embarcaciones propias y de sus asociados, lo que se hace, como es natural, llenando los requisitos que establece la reglamentación a ese respecto.



Vista parcial del fondeadero del club.

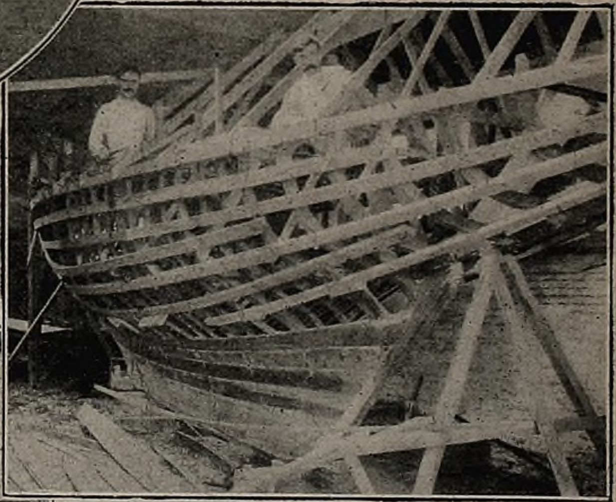
Para conocer de cerca esa asociación, le efectuamos una visita, y pudimos en ella comprobar el buen gusto y confort de sus instalaciones, que unido a su excelente ubicación en la entrada del puerto, hace de él un lugar de recreo para los aficionados a la náutica.

Nos recibió su comodoro, el vicealmirante Domecq García y el vicecomodoro, señor Leloir, quienes muy deferentemente nos mostraron las diversas dependencias del club.

Pudimos apreciar el esfuerzo realizado, en lo tocante a construcciones navales, que se realizan por administración, en su astillero propio, inmediato al local social.

Estas construcciones comprenden una serie de barcos ejecutados de acuerdo con un plano original del Yacht Club Argentino, y costarán aproximadamente diez mil pesos moneda nacional cada uno. Estos barcos, por su construcción sólida y su clase, estarán en condiciones de navegar en el Atlántico.

Hace pocos días, — nos manifestó el comodoro — se realizó una asamblea en la cual se autorizó a la comisión directiva para proceder a la construcción de un nuevo local social en el Tigre, un varadero y otras obras complementarias.

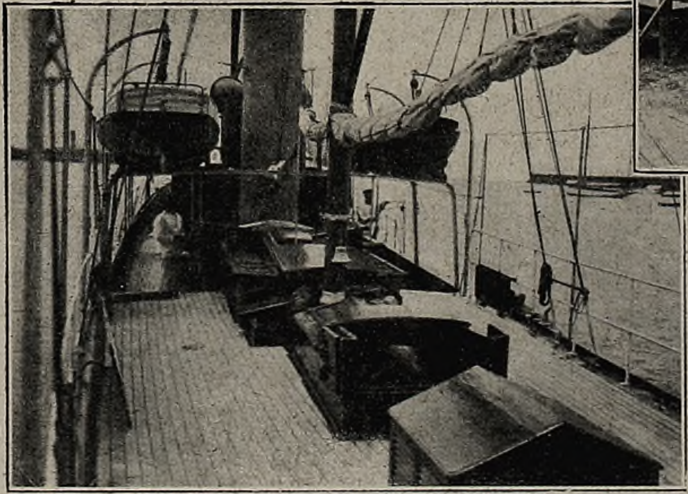


Construcción de un «Argentino One Design» en los astilleros del club.

Esto se llevará a efecto, en un terreno cedido por el gobierno nacional para ese objeto, situado en las inmediaciones de los talleres de marina.

En esa asamblea también se resolvió rebajar la cuota de ingreso por espacio de un mes, con el propósito de facilitar la entrada de nuevos socios.

Para tener una idea de la magnitud de ese club, basta decir que tiene inscriptos en su registro ciento noventa y seis yates de distintos desplazamientos, de los cuales veinticinco son de clase, y ciento setenta y uno son a motor.



Yacht Atair, propiedad del señor Federico G. Leloir.

R. ALIES.

Desgranaba primores un jilguero . . .

Desgranaba primores un jilguero,
la tarde en que te vi, pálida y triste,
como en pena de amor . . . Sí, te cohibiste,
echando más al rostro tu sombrero.

Era una tarde azul del mes de enero . . .
— ¿Por qué llorar — te dije — cuando existe
tanta ansia de vivir? — Y sonreíste,
señalándome un nido en el alero . . .

En angustiado impulso quise verlo
pero me detuviste. — ¡ Ya se han muerto ! —
musitaste llorosa. Y sin quererlo,

como navío que arribara a un puerto,
te apoyaste en mi hombro, recio y fuerte,
toda angustiada, para no caerte . . .

Rodolfo Fausto Rodríguez



UNA CURA RADICAL



Era una mañanita de sol y de alegría: alegre la luz, alegre la brisa y alegre el canto de los pájaros. Las espigas doradas se encorvaban al peso de sus granos, y las hierbas abrían sobre el camino sus flores llenas de un perfume dulcemente agreste.

Así con un despliegue pomposo de sus galas, recibía la Naturaleza a don Enrique Fernández, que llegaba a su estancia con su familia, sin que el viejo mayordomo acertara a explicarse la razón de ese viaje tan inusitado: los patrones no acostumbraban a pasar el verano en aquel lugar que apenas conocían.

Doña Margarita, la esposa del estanciero, tendiendo la vista hacia el horizonte, hizo un gesto de desprecio, mientras arreglaba la gasa de su gorra de viaje. Pero Luisa, de pie aun en el estribo del automóvil, contemplaba el paisaje con una sonrisa de satisfacción, dando palmaditas con sus manos pequeñas y delgadas como las manos transparentes de una monja.

— ¡ Oh, qué suerte ! — exclamó después, dando un brinco a tierra—¡ Qué suerte ! Aquí podré andar desarreglada, ¿ verdad, mamá? Y tendré un caballo manso para galopar todas las tardes por ese campo tan grande...

— Hay uno muy mansito — se apresuró a decir José, el mayordomo, que cargado de valijas acompañaba a los amos hacia el interior de la casa. — Se llama «Tom» y tiene muy lindo andar.

—Bueno, ese — repuso Luisa.

Pero la madre cortó el diálogo despidiendo a José.

El señor Fernández lo acompañó hasta la puerta dándole algunas órdenes.

— ¿ Te gusta, eh?— dijo después dirigiéndose a Luisa cariñosamente.

—Bueno, me alegro: así te repondrás más pronto.

Y desde el día siguiente empezó para la familia una vida muy distinta de la que hasta entonces habían llevado.

El padre se ocupaba de sus negocios, haciendo frecuentes viajes a la ciudad; la madre, presa de un aburrimiento espantoso, leía mientras alumbraba el sol y escribía a sus relaciones mientras brillaba la luna y Luisa, dueña de «Tom», se divertía a sus anchas, trotando a través de la campiña con su pelo suelto y su tocado sencillo, lo más sencillo que podía llevarlo. En esto consistía uno de sus mayores placeres: verse libre de la moda, que tanto la había tiranizado.

Pero en su salud delicada no se notaba gran progreso. El aire del campo la había quemado un poco y nada más; seguía tan delgadita y tan delicada como antes. La señora de Fernández veía desvanecerse sus esperanzas. Ella había contado con que una breve temporada restauraría las energías de su hija y podrían irse después a Mar del Plata, donde estaban sus amigas.

— ¡ Qué desgracia ! — se decía — Tendremos que pasarnos aquí todo el verano.

Casi podían más en ella las frivolidades a que se había habituado desde chica que su amor maternal. Sin embargo, el caso era tan serio, que no tenía más remedio que armarse de paciencia y de fuerza de voluntad.

— Hay que llevarla al campo en seguida — había dicho el médico, — pero al campo de veras, no a una playa ni a un pueblo, por pequeño que sea, y sólo así respondo de su salud.

Y ésta era la razón de aquel viaje que el mayordomo no alcanzaba a explicarse.

Habría pasado poco más de un mes, cuando doña Margarita se apercibió de que los paseos de Luisa eran demasiado prolongados, y temiendo que el excesivo ejercicio pudiera hacerle daño le fijó límites.

— A las cinco estarás de vuelta todos los días — le dijo. Pero ese mismo día Luisa faltó a la orden llegando media hora más tarde.

Si doña Margarita hubiera sido mujer de campo, se habría fijado que «Tom» regresaba sin dar muestras de cansancio; pero se fijó, en cambio, en que su hija empezaba a ponerse gruesa y a tener buenos colores. Esto le causó un gran contento y le fué forzoso reconocer las cualidades curativas del campo, en las que tenía antes muy escasa confianza.

Don Enrique también lo notó al regresar de uno de sus viajes.

— ¡Qué hermosa te estás poniendo! — le dijo a su hija.— Ya eres otra.

Y así pasó una temporada.

Luisa seguía mejorando sensiblemente: la ropa le quedaba estrecha, su semblante estaba sonrosado y en el espíritu le retozaba una invariable alegría.

Los padres contemplaban extrañados aquel milagro de la naturaleza: les parecía imposible la transformación completa que había experimentado en poco tiempo el frágil y enfermizo organismo de la muchacha.

Una tarde hubo cierta alarma en la casa: Luisa no había regresado de su paseo habitual, y era ya muy entrado el crepúsculo.

Doña Margarita, visiblemente nerviosa, mandó llamar a José.

—Es preciso buscar a Luisa — le dijo, — ¿Le habrá pasado algo? Y para peor Enrique está en Buenos Aires.

— Saldremos Julián y yo —, repuso el buen hombre y recorreremos todo el campo.

— ¿Ese Julián es algún peón de confianza? — interrogó la señora.

— ¡Es mi hijo! — exclamó el mayordomo, extrañado de que lo ignorara la patrona.

Pero a poco volvió para manifestarle que saldría él solo, porque Julián tampoco había vuelto, a menos de que no tuviera inconveniente la señora en que saliesen también algunos peones.

Se preparaban las cabalgaduras cuando llegó Luisa. Tenía las mejillas encendidas y bajaba los ojos como si temiera ser descubierta en algún secreto grave.



Los nervios de doña Margarita se desataron en presencia de la joven, y después de un sermón adecuado a las circunstancias, terminó notificándole que regresarían a Buenos Aires en cuanto don Enrique volviera a la estancia.

— Has sido una desobediente, y además ya estás sana — le decía cuando entró José a informarse de si la niña había llegado sin novedad.

— Julián también acaba de llegar — agregó con cierto orgullo ingenuamente paternal.

— Me alegro — contestó secamente la señora, indicando al mayordomo que se retirase.

Las palabras de aquél produjeron en Luisa una gran turbación, pero antes de que su madre tuviera tiempo de advertirla huyó a sus habitaciones y se arrojó sobre el lecho estallando en lágrimas.

La tarde siguiente fué de penitencia: Luisa tuvo que quedarse en casa por mandato expreso de la madre; apenas terminada la comida se retiró a dormir, y doña Margarita se quedó en el comedor consagrada a su correspondencia. Después de escribir largo, tomó una labor y se entretuvo, dejando que siguieran corriendo las horas de hastío a que estaba condenada.

Tarde ya, en el silencio de la noche, le pareció oir pasos que rondaban la casa. Prestó atención y ya no le cupo duda de que alguien andaba por los corredores que circundaban el edificio. Poco después los pasos se detuvieron en dirección al dormitorio de Luisa.

Intrigada y miedosa dejó cautelosamente sus labores y se dirigió hacia la habitación de su hija. Abrió lentamente la puerta, y un cuadro inesperado se presentó ante sus ojos: Luisa estaba en brazos de un hombre que acariciaba con una mano callosa, de trabajador, los dorados cabellos sueltos que se volcaban sobre su espalda. Algo así como un rugido salió de su pecho, en el que parecían mezclarse las voces del honor ofendido y las del prejuicio aristocrático, celosamente cultivado por aquella mujer de mundo, que no podía admitir ni comprender el idilio de la sangre azul con la sangre plebeya de un campesino.

Los prejuicios tienen esta particularidad: la falta no es tanta cuando se comete entre gentes de igual condición.

Es de imaginarse la escena subsiguiente, cuando la ventana se hubo cerrado estrepitosamente y el furtivo visitante se perdió a la carrera entre la sombra nocturna.

Luisa lo confesó todo con entereza: amaba a Julián, lo amaba, sí, con todo su corazón, y como esa tarde no había podido ir a encontrarlo, en su fiel «Tom», él había ido a buscarla...

Y además, lo amaba sin reservas, como aman las muchachas del campo, con toda su alma y con todo su cuerpo.

Al día siguiente regresó el señor Fernández, llamado urgentemente por telégrafo, y esa misma tarde la familia partió para Buenos Aires.

El médico, viejo facultativo lleno de canas y de experiencia, se maravilló del efecto que el campo había producido en la salud de Luisa; pero algunas exclamaciones de la madre, hechas en un discreto aparte, bien pronto le hicieron caer en cuenta de lo que había pasado y de lo que aquélla deseaba.

— ¡Ah, doctor! — decía la señora. — ¡Es horrible! ¡Cómo decirle?... La sociedad... nuestro abolengo... ¡Qué vergüenza!

El médico, adoptando un tono familiar y bonachón, se limitó a responder en la mejor forma que pudo:

— No debe quejarse usted, señora; ya ve que Luisa está radicalmente curada, sin que eso se deba — me apresuro a declararlo — ni a mi receta ni a los milagros del campo.

Y luego añadió con una amable sonrisa:

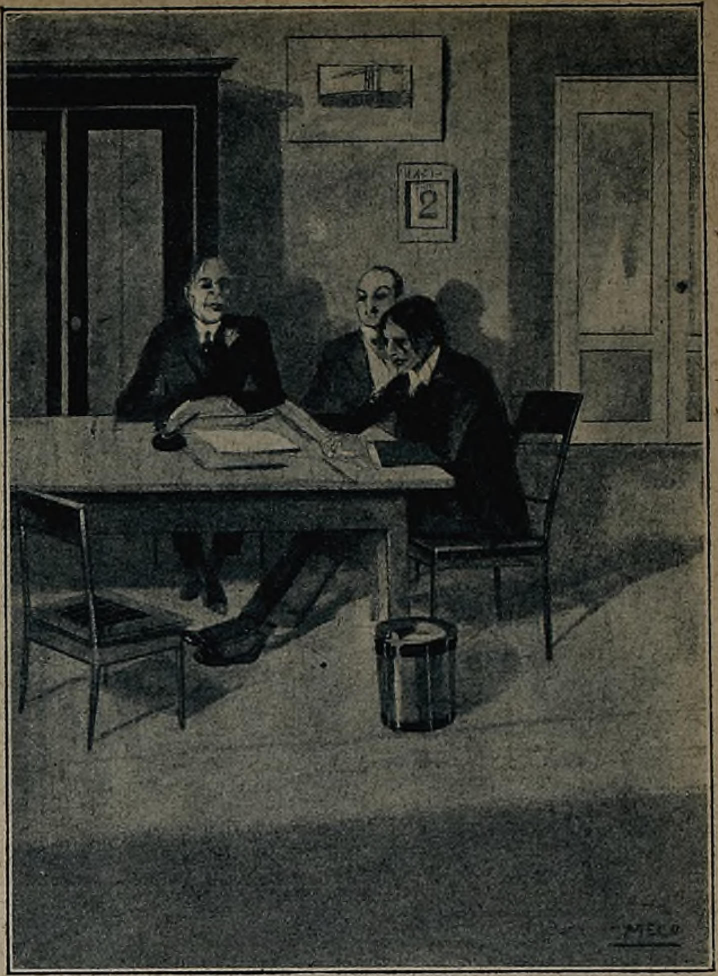
— Hay enfermedades que sólo un novio puede curarlas...

Julio Mc. Donell.

Dib. de Soldati.

FILOSOFIA BARATA

El secreto de la felicidad



En la redacción desierta, el ruido de las linotipos cobra un eco agresivo. De pronto irrumpe en la sala donde trabajamos un literato. No tiene cara de envidia como aquel que Larra nos ha descripto.

—¿Y pueden escribir con barullo? — pregunta un poco estupefacto.

—De tal modo estamos habituados, que cuando se corta la corriente eléctrica y paran las máquinas, experimentamos una sensación análoga a la de un asmático á quien de súbito se le enrareciera el aire.

—Curioso. Y me extraña más porque yo necesito de un enorme silencio para trasladar mis ideas al papel.

—Cuestión de costumbre.

Le ofrecimos una silla, que aceptó complacido el visitante. Pidiónos un cigarrillo. Como se lo dimos, debió complacerse también. Luego nos dijo:

—Estoy leyendo artículos de crítica social, que me hacen pensar en la más feliz adaptación de Larra. Pero un Larra sin amarguras, sin intransigencias ni pesimismo, tal como lo necesita un pueblo nuevo, en el que las rutinas no deben prosperar. Un Larra optimista y boyante, un Larra que no sufre...

—¡Que ha sufrido! — interrumpímosle.

—¡Psh!

—¡Que sufre mucho todavía!...

—¿Por qué?

—Por nada y por todo.

—¡Paradoja! — protestó.

—Porque el mundo no es tan perfecto como nosotros apeteceríamos; porque el hombre es bastante más imperfecto de lo que él mismo deseara.

—¿Es tanto lo que les contrista y deprime?...

—¡Tanto! Nuestra mansa ironía y la poca ciencia que usted advierte en los escritos, no son sino las heces de nuestro dolor. Es el dolor quien nos inspira. Balzac decía que nunca aprendemos tanto como en una hora de infortunio.

—¿De manera que no son felices?

—¿Y acaso con sensibilidad e inteligencia hay alguien que lo pueda ser, tal como andan las cosas por el orbe?

—¡Qué desencanto! Venía yo en busca de consejos, de indicaciones. Mil circunstancias me tienen amargado, me tienen belicoso...

—Es muy cómodo eso de colgarle el sambenito a las circunstancias. Los chinos dicen que por más circunstancias que puedan darse, nunca se convertirá en sanguinario tigre un manso conejito. Haga usted con más detención su autoanálisis.

—Es que no sé hacer frente a las dentelladas de la rivalidad.

—Filosofe. Decía el gran espíritu antes evocado, que hay dos purgatorios para el hombre: el purgatorio de la vida, es la muerte; y el de la gloria la envidia.

—De modo que toda esa serenidad de ustedes es?...

—¡Filosofía! — le argüimos rotundos.

—¿Y su esperanza de ser dichosos?

—Proviene del encauzamiento de nuestro espíritu hacia la verdad, hacia la sencillez.

—¿De modo que no tienen ambiciones?

—Tan enormes son nuestras ambiciones, que ni las sabemos aludir.

—¿Piensan llegar a ministros acaso?

—En forma alguna. Hemos leído en Dantón: «Más vale ser un pobre pescador que gobernar a los hombres». Además, carecemos de condiciones para el mando. A nosotros nos sucede aquello tan curioso que advirtió Ganivet: «Desde que tengo uso de razón, estoy luchando para ser jefe de mi mismo, y aun no lo he conseguido». Aspiramos a ser hombres libres: hombres que ni son aherrojados ni oprimen. Nada de complicaciones materiales en la vida. Sólo tenemos un lujo: el de los buenos libros. Sentimos lástima ante esos pimpantes burgueses que sueñan con melicies y digestiones pesadas. Bueno, están en lo suyo. «Come, hijo, come — decía a Sancho Don Quijote. — Come, que tú no eres caballero andante y has nacido para comer.»

—¿De manera que la riqueza?...

—Si no se poseen sentimientos delicados, como ha hecho notar alguien, apenas si sirve para poner de relieve la vulgaridad, la grosería. No quiere significar eso que desdeñemos el dinero. En una sociedad como la actual, fuera insensatez rechazarlo. Sólo una posición independiente permite ser al modo de los ombúes — fuertes tal un símbolo ibseniano — que tienen las raíces en la tierra y la copa (como quien dice el ideal) en los espacios azules. Va siendo difícil plasmar belleza entre la hedionda lobreguez de un cuarto de conventillo. La pobreza absoluta resulta triste, sucia y, por ende, antiestética.

—Entonces la felicidad...

—No radica en la felicidad misma, sino en el anhelo o el ensueño. Tampoco está en contraposición con el dolor. Los mártires cristianos, para gozar, se herían. ¿No se desgarran también las carnes, a fin de ser felices en el amor, los masoquistas?... La felicidad es algo que cada cual se forja de muy distinta manera.

—¿De modo que no hay una sola felicidad?

—Fuera de la de esperar, ninguna. Hay exaltaciones, delirios; algo que nos exalta y enardece un minuto, una hora, medio día... Luego sobreviene la depresión...

—¿Dolorosa? — inquiere con desaliento el amigo.

—Dolorosa, sí — replicámosle. — Y en eso está la ventaja de los que hacemos arte: en que transformamos el quebranto en belleza. Y nos embriaga y ¡volvemos a gozar de nuevo!...

Subía, trazando irónicas espirales, el humo de los cigarrillos!...

VICENTE A. SALAVERRI.

Dib. de Meco.

Pebetes de la semana



Odila Ciancaglini



Pepita Ripa



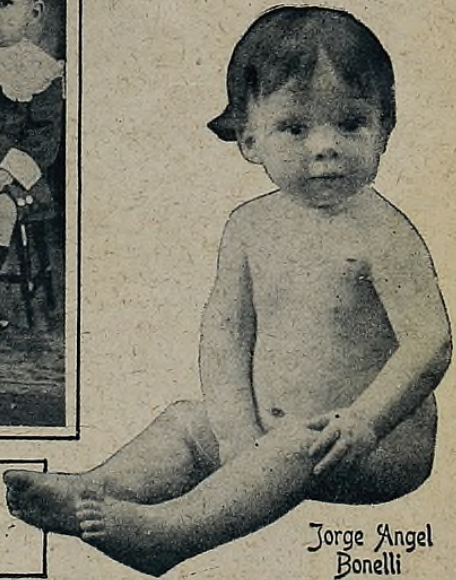
Aurora Magentiés



Haydee Bedetti



Juanita, Ramón y Vicente Peñafort



Jorge Angel Bonelli

Los niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes, a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.

Fémina Argentina



Sra. María Esther
M. de de la Torre



Señorita
de
Spragón

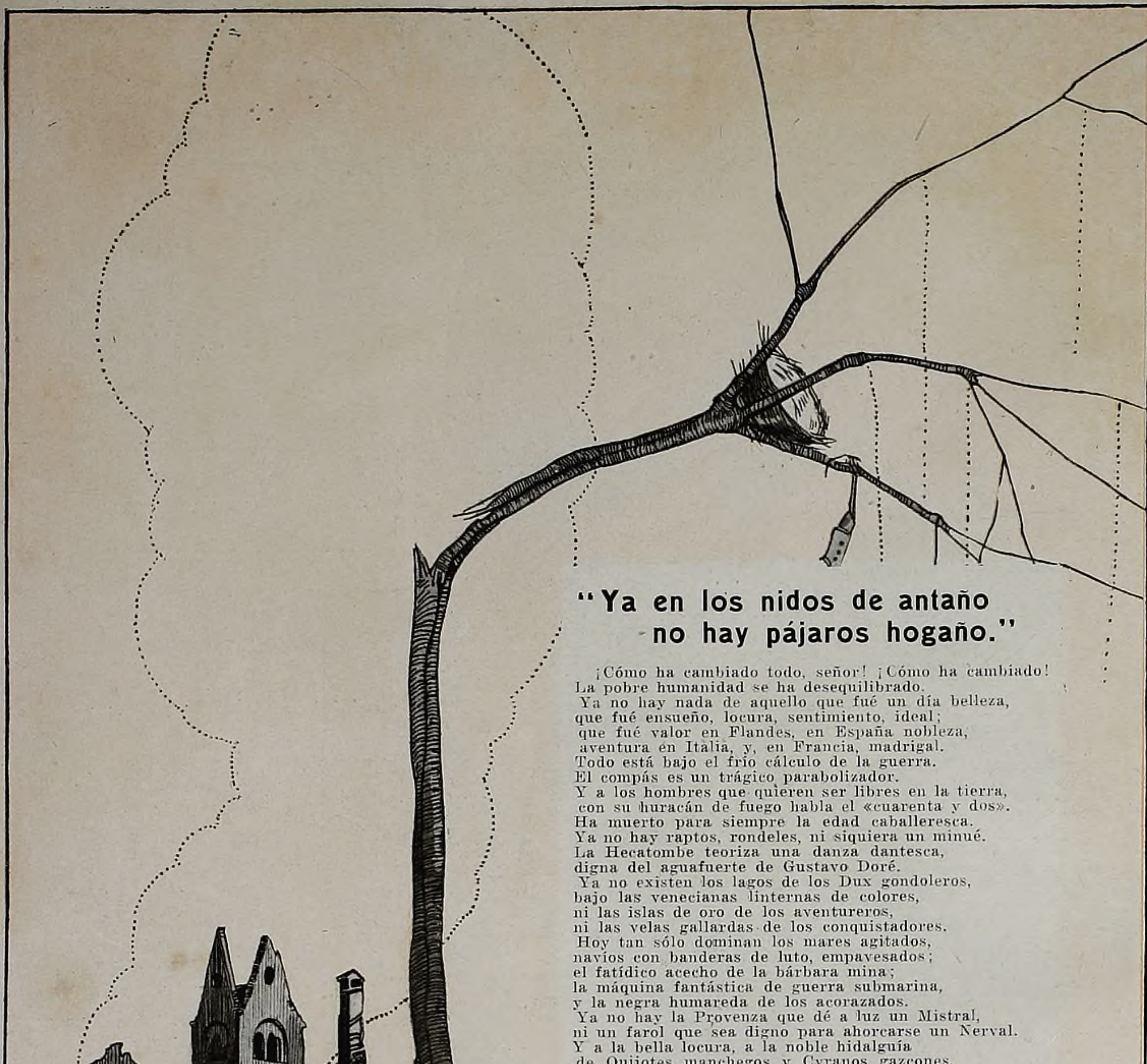






Srta. María P. Bassi

Fot. F. Bixio y Cía.



"Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño."

¡Cómo ha cambiado todo, señor! ¡Cómo ha cambiado!
La pobre humanidad se ha desequilibrado.
Ya no hay nada de aquello que fué un día belleza,
que fué ensueño, locura, sentimiento, ideal;
que fué valor en Flandes, en España nobleza,
aventura en Itàlia, y, en Francia, madrigal.
Todo está bajo el frío cálculo de la guerra.
El compás es un trágico parabolizador.
Y a los hombres que quieren ser libres en la tierra,
con su huracán de fuego habla el «cuarenta y dos».
Ha muerto para siempre la edad caballeresca.
Ya no hay raptos, rondeles, ni siquiera un minué.
La Hecatombe teoriza una danza dantesca,
digna del aguafuerte de Gustavo Doré.
Ya no existen los lagos de los Dux gondoleros,
bajo las venecianas linternas de colores,
ni las islas de oro de los aventureros,
ni las velas gallardas de los conquistadores.
Hoy tan sólo dominan los mares agitados,
navíos con banderas de luto, empavesados;
el fatídico acecho de la bárbara mina;
la máquina fantástica de guerra submarina,
y la negra humareda de los acorazados.
Ya no hay la Provenza que dé a luz un Mistral,
ni un farol que sea digno para ahorcarse un Nerval.
Y a la bella locura, a la noble hidalguía
de Quijotes manchegos y Cyranos gazcones,
le responde la grave matemática fría
con sus impertinentes guarismos de millones.
Ya no hay D'Artagnanes de arrogancia y de brío.
de chambergo insolente con su rizada pluma,
de plegada gorguera, blanca como la espuma,
y espada pronta al reto del primer desafío.
Hoy el valor se oculta dentro de una trinchera,
donde viven los héroes como negros reptiles,
añorando el penacho de la ilustre cimera,
flameando en las hazañas de torneos gentiles.
Ya no dice el juglar la sutil picardía.
Ya el guante — llave de oro que palacios abria —
de talismán no oficia en la cita secreta.
Ya se ha muerto el reinado de la galantería
que era flor en la corte de María Antonieta.
Ya no hay besos furtivos, ni estocadas, ni lances,
ni blancas castellanas, ni trovas, ni laúd.
Los clarines de bronce recitan los romances.
¡y los cañones cantan la epopeya de Krupp!
¡Ideal! Ya en este pobre átomo de universo,
para ti no perfuma una modesta flor,
ni una estrella te alumbra, ni el alma te da un verso.
¡Qué vivir tan vulgar! ¡Qué vergüenza, señor!

Ovidio FERNANDEZ RIOS.

SU TRAICIÓN

EN los círculos sociales el casamiento de Enriqueta con Claudio Darbés, fué comentado acerbamente. El caso no era para menos. La repentina decisión de Enriqueta de unirse con uno de sus más despreciados pretendientes daba mucho que pensar. Y como la atención de ciertas desocupadas personas, acostumbradas al chismorreo, sigue paso a paso la marcha de algunos acontecimientos, ésta se detuvo especialmente en un hecho que no podía pasar inadvertido: el triunfo en toda la línea del drama de Claudis, titulado «Los Autómatas».

Enriqueta que a pesar de frecuentar los principales salones, era de origen humildísimo, deseaba resarcirse con creces de su miserable pasado y firme en la consecución de su objeto no tenía en cuenta los medios que empleaba. Su frivolidad, su ansia creciente de boato le habían acarreado un número considerable de deudas que casi siempre eran saldadas por la generosidad de algún pretendiente.

A pesar de todo, la situación se hacía insostenible; Enriqueta debía tomar una pronta resolución que la pusiera a cubierto de todo riesgo. No ansiaba solamente el dinero, quería también que el hombre con quien se uniera atrajera la atención de todos, y que, como es natural, un poco de esa atención recayera sobre ella. Claudio era «el hombre». El momento, oportuno. Enriqueta no vaciló, aun cuando Claudio no llenaba completamente sus aspiraciones en lo que respecta a la fastuosidad y el exhibicionismo, pues su carácter era, acaso, demasiado grave, demasiado retraído.

Y Claudio, por una de esas ironías incomprensibles en hombres acostumbrados a descubrir pasiones y definir caracteres, aun cuando no sean más que de «drama», creyó sinceramente en el afecto de su esposa. Si bien es cierto que el ensueño de amor y de gloria que acariciaba Claudio, se había realizado, su salud se había quebrantado muchísimo, como consecuencia de las emociones experimentadas el día del estreno del drama, el inesperado enlace, etc.

El médico le había entristecido con estas palabras: «Si usted prosigue en sus tareas intelectuales, se enfermará de gravedad. Sus emociones han sido demasiado grandes, el esfuerzo mental, al escribir su drama, demasiado intenso. Usted necesita reponerse. Absténgase de todo esfuerzo cerebral, por algún tiempo, y yo le prometo que luego de dos o tres años podrá volver a sus ocupaciones».



Claudio aceptó lo inevitable, olvidando sus proyectos intelectuales y decidiendo, por el contrario, distraerse.

La preponderancia que la obra «Los autómatas» le había dado como dramaturgo, fué extinguiéndose lentamente y su éxito fué olvidado.

El orgullo de Enriqueta fué lastimado. Al casarse habíase forjado áureos ensueños de figuración y de gloria. Y ahora veíase relegada a la inactividad por culpa única de su esposo. Ya no era «el hombre del día». Y humillada recriminó a su marido. Como es de suponer, Claudio no se atrevió a comunicarle su estado de salud algo delicado y los pesimistas pronósticos del médico.

En cierta ocasión y debido a las insistencias de Enriqueta, Darbés accedió a realizar una fiesta en su casa. Asistieron, entre otras personas, el empresario del teatro en que se había representado la obra de Claudio y el doctor Lamar, conocido y afamado médico, ex pretendiente de Enriqueta.

Darbés notó con amargura que ya la gente no le admiraba y lisonjeaba como antes. Ya no era el punto de atracción de todas las miradas. Su triunfo había sido casi olvidado. ¿Cómo? ¿Hacía tanto tiempo desde la representación de su drama? Apenas un año y algunos meses. ¡Bah — se dijo Darbés, parodiando a Campoamor — «humo las glorias del mundo son!» Pero casi instantáneamente cruzó por su cerebro la visión de su esposa; y el pensamiento anterior de reconfortante resignación le pareció ridículo.

Caminando ensimismado llegó hasta un espeso cortinado detrás del cual hablaba «alguien».



—No señora, no. No crea que en mis palabras prevalece algún egoísmo, algún interés. Mi amistad para usted y para su esposo me excluye de cualquier suposición malévola. Usted no ha realizado su sueño; usted es desgraciada. ¿A qué seguir entonces? Créame, soy sincero. Eludo en la cuestión un afecto pasado.

—¿Pasado?...

Y hubo una pausa insostenible.

—Su casamiento ha sido un fracaso. Su esposo, levantado a la fama por su drama, no volverá nunca a alcanzarla. Acaso... Empero, incítelo usted. ¡Es posible que un hombre que ha producido una obra como «Los autómatas» no sea capaz de escribir algo parecido! Podría aún ser feliz...

—¿Sí?

—Sí.

Claudio no escuchó más. Había reconocido en el tono de voz a su esposa y al doctor Dionisio Lamar. Con repugnancia se apartó del lugar. Sabía ya a qué atenerse.

Claudio había sido herido en su honor y en su amor propio. Sin embargo, como era un temperamento excepcional, nada dijo.

Al día siguiente empezó a escribir un drama. Su esposa, que preparaba su plan de conquista, sorprendió a su marido en la labor.

—¿Qué haces?—preguntó con voz melosa.

—¿No lo ves? Un drama.

—¿Como «el otro»?

—Sí. Como el otro. Salvo que éste se va a titular «La revelación del amor».

Enriqueta palideció. Inquirió en el rostro de Claudio algún gesto, pero no advirtió nada.

....

Una mañana en que Darbés redactaba una escena del primer acto, recibió la visita de su madre, a la cual hacía varios años que no veía. La emoción experimentada por el dramaturgo puso a la madre en conocimiento de la delicada salud del hijo. Y cuando se enteró de que la vida de éste dependía acaso de la labor intelectual, trató de disuadirlo. El primer acto ya estaba escrito. Claudio comprendió que si proseguía su trabajo atentaría contra su vida. Y casi desistió. La obra empero fué continuada y terminada, pero como con desgano.

Se representó. El primer acto obtuvo la complacencia del público, significada por una salva de aplausos. El segundo fué recibido con indiferencia. El tercero fué la comprobación del fracaso.

Después de esto, la convivencia de ambos fué imposible. Se separaron. Más tarde obtuvieron el divorcio.

Pasaron varios años. Enriqueta se casó, como es de suponer, con el doctor Lamar. No fueron felices. Lamar, borracho empedernido, destruyó el poco prestigio que aun le quedaba.

....

Cierta noche Enriqueta, en compañía de su marido, asistió a la representación de una obra de Darbés. Se titulaba «Su traición» y venía precedida de excelentes augurios. Su éxito fué la confirmación más amplia de estos augurios. Enriqueta comprendió que el argumento era su historia, algo alterada. Por unos instantes tuvo la dicha de vivir espiritualmente con Claudio. No desperdició ni una palabra ni un gesto de los actores. Al finalizar la obra, su encanto se rompió. En su fantasía creyó ver una muralla insalvable que cerraba el paso a sus deseos, a un afecto dormido que despertaba.

Al llegar a su casa su excitación era extrema. En vano Lamar trataba de calmarla. Ella desoía todo consejo, dando rienda suelta a su desesperación. Hubo un momento en que pareció tranquilizarse. Se levantó del sofá en donde se había echado, y, mostrándose toda entera, «como era», le increpó amenazadora.

—¡Tú eres un canalla, un pobre diablo! ¡Tú tienes la culpa, bruto...! ¡El es... mientras tu...!

Esta vez fué acaso, una de las pocas en que Enriqueta fué sincera. Y a pesar de ello, Lamar, trémulo, estupefacto, nada comprendía.

Dib. de Ruiz. RAMÓN DE CASTRO ESTEVES.

CUENTO ARABE

LA LEYENDA DE LA HIERBA SANTA

MAESTRO, la hora del *moghreb* ha pasado. Tus ojos ciegos, no ven como mis ojos; en cambio, mi torpe corazón no siente como tu corazón santificado.

—¡Sólo Dios es grande, sólo Dios es vencedor y poderoso!

—Señalaste este día y esta hora, ¡oh, Maestro! para iniciarme en el gran misterio que ha de dar luz a tus ojos secos y fortaleza y sabiduría a mi corazón y a mi entendimiento. He aquí que la hora llegó, y tiemblo cual si cayera sobre mi frente la mirada divina de Mohamed.

—¡El sea loado!

—Ya la neblina, flotando como el jaique vaporoso de una virgen, álzase en el río y extiende sus trémulos velos en el espacio. La brisa columpia el fuste de las palmeras y hace sonar las hojas con vibraciones de guzlas: los picos del Atlas ciñen su turbante de sombras, y la estrella de Occidente se eleva, triste como el amor, intangible como la dicha. Maestro, mi corazón está puro ¡Dios lo sabe! Pon tu mano sobre mi cabeza y háblame.

El viejo Hach Sliman-Elarbi hundió su barba de nieve en el hueco sombrío de la capucha azul: movió los labios que agitaba el rezo, y elevando las esferas turbias de sus ojos sin luz hacia el firmamento, invocaba un destello de la suprema sabiduría.



—Lo que ha de ser, está escrito.

Y colocando la mano diestra sobre la frente calenturienta de su discípulo amado, aquel santón que muchas generaciones conocieron viejo y respetaron como sabio, habló con el acento grave y el solemne ademán de los patriarcas bíblicos.

—Corrían las lunas en que Mohamed, ¡él sea loado!, vivía entre los mortales. El gran destino no se había cumplido: el Profeta luchaba con el espíritu del mal en este mundo. Hombres de nuestra propia raza, aconsejados por aquel espíritu, decidieron, ¡él los perdone!, dar muerte violenta al enviado de Dios.

Mohamed lo supo, ¿qué cosa escapará a su sabiduría?, y cuando protegidos por las sombras cayeron sobre él para herirle, la sola mirada de aquellos ojos acostumbrados a ver en todo lo profundo, anonadó a los perversos. Mohamed continuó su oración, y los agresores, cargados de cadenas, esperaban con las primeras luces del día los primeros dolores del suplicio. El santo oró y lloró mucho aquella noche, y cuando el alba comenzó a teñir con fajas blanquecinas el horizonte, salió de su tienda, dispuesto a perdonar a los miserables. Los miserables habían sido degollados por la guardia del Profeta. Los cuerpos amontonados llamaban a los buitres del aire y a las fieras del desierto. Afligióse Mohamed ante aquel grupo de inertes cabezas, y prosternándose hacia el Oriente donde se anunciaba con luces áureas y franjas de púrpura la salida del sol majestuoso, lloró sobre aquella tierra enrojecida, porque no había podido perdonar. ¿Comprendes la santidad de este llanto?

En aquel mismo sitio humedecido por sus lágrimas, brotó una planta extraña y desconocida que cada cien años cúbrese de flores azuladas y olorosas. El que recoja estas flores, llevando el corazón limpio de impurezas, será justo, será grande y sabio y casi inmortal como el Profeta.

—Maestro, tu palabra me estremece... El que no está puro al recoger la planta, ¿qué clase de castigo sufre?

—Se queda ciego.

—¡Dios es grande!

—Yo vi la flor, toqué la hierba, sentí el perfume santo penetrar hasta mis entrañas como efluvio del paraíso, y, como estaba impuro, me hundieron en noche eterna y aprisionaron mi vida con cadenas de sombras que tú sólo has de romper, si puedes... Allá en el desierto se encuentra la «hierba santa».

—Deja que bese tu rodilla.... bendíceme Maestro: dame tu báculo para que me apoye en él, como he apoyado mi entendimiento en tu sabiduría... ¡Dios me guíe y Mohamed me ampare! ¡Adiós, Maestro!; el desierto me llama, ¡qué obscuro está! Y es allí donde voy por luz para tus ojos y santidad para mi espíritu...

Declinaba el día: el gran desierto iluminado con los últimos rayos del sol, pintaba en el aire sus espejismos; brillaba la arena como montón de polvo de oro, y la silueta de las dunas recortándose sobre el fondo azul, deslumbraba con su blancura de sal.

Allá, bajo las tres palmeras que retorcieron los vendavales y tostaron los rayos de sol durante muchos siglos, brota escaso manantial de agua fresca y apetecible.

Al pie de aquella vena rota, bajo el toldo ondulante y rumoroso de las palmeras, se alzan las tiendas de lino de la caravana.

Los camellos pacen de las escasas gramíneas verdes, con vientre en el suelo: tendidos también, y encadenados, descansan los esclavos.

Los árabes, envueltos en grandes albornoces, discurren, espingarda al hombro, o aparecen sentados libando el *cahuach* aromático en vasos de cristal labrado, y fumando el delicioso *tumbak* en larguísimas pipas.

A la luz delicada y rosácea del crepúsculo, ven llegar el espectro vacilante de un mendigo moribundo. Tendió los brazos con suplicante ademán aquella especie de sombra, y pidiendo hospitalidad con voz enronquecida, desplomóse en el suelo.

El jefe de la caravana tendió la mano al caído y lo condujo a su tienda, para compartir la sal de la amistad y el agua de la protección.

—¡Dios es grande! Hermano, te debo la vida.

—¡Dios es justo! Hermano, la vida es de Dios: El la da y El la quita, según está escrito en el gran libro.

—Vengo de allá, muy lejos, de las regiones donde el sol se oculta: he caminado varios años por el desierto, registrando todos los repliegues de la llanura y todos los huecos de la montaña. Sorprendí el misterio de la existencia de muchos pueblos que la humanidad no conoce, perdidos en

el seno ignorado de esta tierra; dejé pedazos de mi vida y sangre de mis venas en una peregrinación que espanta... Mi cuerpo se rinde, se inclina como la palma vieja, azotado por las fatigas del hambre y calcinado por el deseo... ¡No quiero vivir! La noche, la inercia, el descanso, todo lo que sea reposo me subyuga.



—Hermano, hablas como los sabios, y te quejas como los infieles. Lo que ha de ser, será.

—He pasado mi vida buscando las enseñanzas del Profeta (El sea bendito en la plenitud de los tiempos); he ocupado mi inteligencia en descifrar las eternas verdades bajo la dirección de un justo, que allá me espera en su lecho de muerte; he negado todos los goces a la Naturaleza y todos los apetitos a la carne, buscando la perfección para encontrar la «hierba santa» que se esconde y me evita cuanto más la busco... Hermano, la voluntad se rinde, el corazón se desespera.

—¡Quién puede conocer los pensamientos de Dios! ¡El sólo es grande! Tú, que has pisado mucha tierra, y has examinado muchas plantas, y pasaste muchas lunas estudiando los libros santos, y acostumbraste la vista a leer en esa página del cielo donde los astros escriben cosas que yo no conozco, ¿has aprendido, di, la ciencia de infundir salud y vida en los cuerpos?

—Muchos hombres he salvado, cuando ya tenían el rostro vuelto hacia el Oriente.

—Entonces, ¡Dios es poderoso!, no busques esa hierba feliz cuya posesión te enloquece. Quédate en el desierto. Yo te daré mi hija Sida, que es embeleso de mi alma. Ahuyenta su enfermedad, y te la entrego: y tuyos serán mis tesoros y mis esclavos y el marfil y el oro y las plumas y las pieles y el ámbar y las piedras preciosas...

—Salvaré a tu hija si su muerte no está decretada. No quiero tus bienes, ni tu hija tampoco... ¡La hierba santa, o la muerte en el desierto!

Y asiendo de la mano al peregrino, entraron en la blanca tienda, forrada interiormente de damasco rojo y adornada con tapices, alfombras persas, pebeteros de Stambul, bandejas cinceladas y ebúrneas lámparas de huevos de avestruz.

Bronceadas esclavas sirven de rodillas a una figura pálida y vaporosa que yace reclinada sobre un montón de cojines.

El árabe levantó aquella figura blanca, arrancóle el jaique que parecía un jirón de niebla y descubrió el rostro ideal de la niña enferma.

—¡Mohamed me guarde! Tu hija es como el sol de los desiertos: deslumbra y mata.

Y ante aquella mujer pálida que vestía kaftán celeste y ceñía una corona de flores azuladas envolviendo las sienes en nimbo de luz divina, el peregrino temblaba... La sangre que en el desierto hierve despertó su espíritu con fieros latigazos.

—El ave de la muerte—decía el padre—se ha posado en esta tienda. Alguna sierpe picó en sus labios y en su corazón, porque mi pobre gacela sueña y soñando da besos en el aire.

—Tu hija me ha mirado, ¡Dios es grande! Su enfermedad es terrible... Es amor.

Y abriendo los tostados brazos, como si fuese a tomar un mundo, estrechó aquella cabecita pálida, con ansia de condenado, con afán de calenturiento. Un grito de espanto llenó la estancia. La corona de flores, desprendida de las sienes vírgenes, rodó por el suelo y se deshizo en la alfombra...

¡Luz, luz!—pedía el enamorado caminante; ¡luz! hasta que tocando las flores con los pies, comprendió el árabe infeliz la enorme magnitud de su desgracia.

—¡La hierba santa!... ¡Ciego para siempre... maldito sea yo, que la toqué impuro!

Y tendiendo sus manos, trémulo, ebrio, desesperado y rugiente, salió de la tienda y cayó de bruces en la arena.

¡El Smun, el Smun!—gritan los árabes. Ese grito hace temblar en los desiertos: es el anuncio de la muerte que llega sobre las alas negras del huracán.

Con loca rapidez desarman las tiendas, recogen los esclavos, cargan los camellos, y a todo el correr de las asustadas bestias aléjase la caravana.

El horizonte se enrojece; los astros se anublan; la sombra turbia suelta sus velos... Allá quedan solitarias las tres palmeras, meciendo sus ramas sobre el manantial y sobre el cuerpo abandonado de un árabe ciego, tendido en la arena abrasadora...

Ya las primeras ráfagas sacuden el ramaje y pasan silbando como vanguardia de sierpes; el ímpetu acrecienta, y el *Smun* grande y magnífico, levanta y deshace montes de arena, arranca palmeras seculares, vuelca gigantescas rocas, abre surcos inmensos, y pasa barriendo la extensión bravía con formidable fuerza de la Naturaleza irritada.

....

El viejo Hach-Sliman Elarbi yace en su lecho de muerte rodeado de deudos y amigos. De todos se despide con la tranquilidad del justo y la alegría del creyente. Su discípulo amado ha mucho tiempo que partió, y no vuelve... ¡quién sabe! la «hierba santa» se esconde a la mirada impura.

Vuelta la faz al Oriente, el anciano santón murmura el postrer letargo de su agonía, aquel que muchas generaciones conocieron viejo y respetaron como sabio.

Un hombre entró con pasos vacilantes, y avanzó hasta tocar el rostro cadavérico.

—¡Maestro mío, no mueras!

Al sonido de esa voz abrió el moribundo sus ojos sin luz, y reconociendo al discípulo, pareció revivir en un relámpago de voluntad.

—¡Tú!—dijo.—¡Tan tarde!

—La noche eterna está conmigo... mis ojos, como los tuyos, están ciegos, ¡ciegos para siempre! Bendíceme, Maestro.

—Estaba escrito... ¡Dios es grande!

Y en aquel punto espiró el Hach Siman Elerbi, uno de los santones más queridos en todo el *Moghreb-al-aksa*.

JOSÉ NOGALES.



Después de la batalla...

LOS PARAISOS ARTIFICIALES

LA MORFINA

La vida no es sino realidad.

Opio, morfina, hachich... sueño de un día, pesadilla, luego cruel agonía, final más o menos rápido.

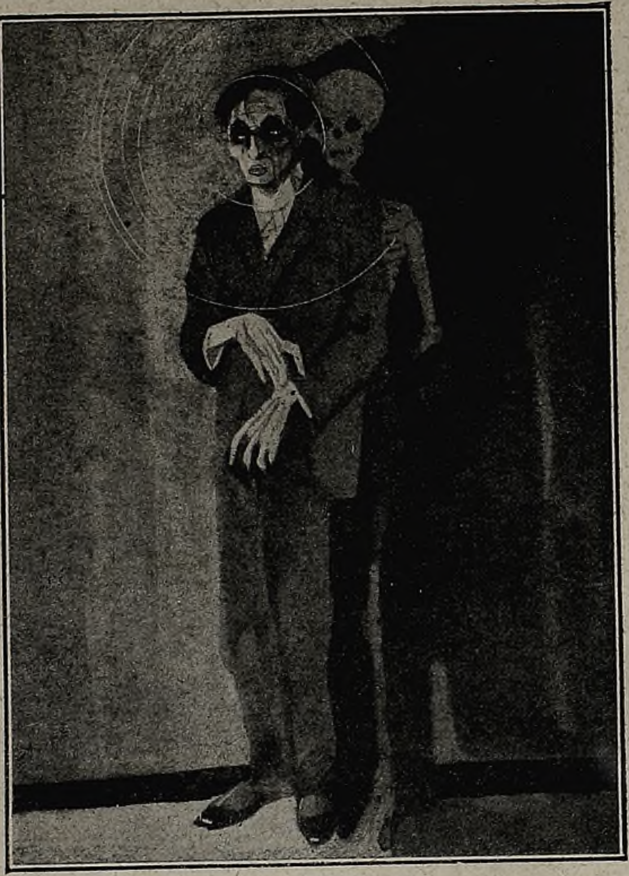
Las humaredas, los espasmos voluptuosos ficticios, las influencias que transforman, tras el acerado pinchazo, el indolente en sátiro, los vapores sutiles que enardecen el espíritu, son fantasías literarias.

Es así, que admiramos en Pierre Louys, su concepto, la embriaguez de lo sencillo, del aire libre, puro y vivificante, de la claridad de los colores; de la noche que con sus sombras llega, sin que el opio y sus sueños alcen con sus negros torbellinos, entre la espesa cortina del humo, o el paroxismo de un delirio se columbren deslumbramientos de mentes enfermizas, un mundo ficticio de ilusiones y alucinaciones, cuando no, el último soplo de la vida se sacude en un revoloteo.

Hay quienes, como Farrere, dicen no haber fumado el opio, cuyos efectos y consecuencias describen de una manera admirable: puede que lo posible es que Farrere sea un escritor a quien un solo experimento baste para imaginar un mundo nuevo y que al dejar la única pipa de opio que hayan tocado sus labios, sepa prolongar indefinidamente la hora del sueño y de éxtasis...

Para hacer descripciones con ese lujo de detalles de «Humo de Opio», hay que haber experimentado mucho, y en esos relatos donde la mente lo ha imaginado casi todo, es el fruto del delirio, de un estado de anormalidad, prolongando quizás para describir mejor estados del espíritu, ensueños dorados, y como epílogo, visiones de muerte.

La turbamulta de inconscientes se autosugestiona en la afición al infinito, creyendo que la imaginación es factible de ser método para siempre, llevando el espíritu desde los dinteles del Paraíso hasta la plataforma de lo indecible: ellos toman las cosas de la tierra como transitorias, y casi inexistentes ya que sólo en los ensueños está la verdadera realidad.



Esa momentánea agudeza del espíritu, que ha recibido con el pinchazo esa hipertrofia general de la sensibilidad, esa huída a tambor batiente hacia eternas regiones, una vez descubierta la fuente, el manantial de los goces morbosos, el vital dinamógeno, siempre está en el preludio, no gustando sino un ideal quimérico, ensueños que se alejan de una manera brusca cuando ya se inician los prodromos de una enfermedad que casi siempre es incurable, vale decir: la sed del veneno.

Los pueblos, como los individuos, se comportan de una manera distinta, con respecto a su apetencia por determinados tóxicos.

Pocos cuadros son tan tristes como el del morfinómano: un hombre que ha llegado a la decadencia completa de todas sus facultades, y que barranca abajo se ha convertido en un ser inútil, despreciable para la sociedad.

Llama la atención generalmente su apariencia, su aspecto general: marcha con un andar como el de un ebrio, es un autómata que, vacilante, parece empujado por el viento, y su rostro amarillo, macilento, ahuecadas sus órbitas, ojeroso, sus pupilas contraídas, parecen querer cerrarse en la eterna sombra de una vida inútil.

Así arrastrándose, el morfinómano no vive más que para satisfacer su pasión; nada lo arredra para procurarse la droga; se somete por ello a toda clase de bajezas; llega hasta el robo dominado por la sed insaciable del tóxico, y así, tras un período más o menos largo, llega a la decadencia, a la caquexia, con todo su cortejo sintomático: cara terrosa, ojos apagados, ya en los dinteles de la muerte, las facciones alargadas, el semblante lleno de arrugas, delgado como espectro, el cuerpo cubierto de abcesos y cicatrices, privado de todo sentido moral, es un cadáver que ambula, un autómata, que no encuentra en las actividades de la vida mayor atracción que su eterna inyección, y así capeando, sino sucumbe por la caquexia o por una afección intercurrente, termina su vida en un manicomio o en el suicidio.

Es uno más que ha gustado de la droga infernal, uno más que le ha brindado su vida, por remontar en el mundo hipotético, donde ha pensado alejarse de las rivalidades y contrariedades de una existencia muchas veces vegetativa, y donde la ambición no ha figurado más que por conocer ese infinito, ya colmado en toda la gama del vicio, que ha desmontado su vida.

Desde que se inicia la inercia moral, que pronto se hace absoluta, el toxicómano pierde su voluntad, tiene una «necesidad vital» de la droga; sin ella no concibe la vida, que de otra manera resulta una pesadilla.

Es así que, privado de la morfina, el morfinómano experimenta todas las sensaciones del hombre que sufre hambre o se muere de sed.

Renuncia a sus tareas habituales, que nada le interesan, y es presa de una ansiedad que va creciendo por días: triste, decaído, víctima de una opresión profunda, reposa en un rincón, en un estado de somnolencia, observando de soslayo de tiempo en tiempo a las personas que lo rodean, con la mirada atónita, que evidencia el rápido embrutecimiento.

El morfinómano llega a darse cuenta de su decadencia; hay momentos que se avergüenza de su estado, y se dirige al médico para que lo cure: su deseo es sincero, no causado por un acceso de tristeza y de remordimiento; pero hay algo muy original en estos enfermos, y es que esa idea se esfuma rápidamente; sienten el impulso, la apetencia por el veneno y a él se ven arrastrados, por más que hayan tenido un segundo de lucidez. Puede en ellos más la saturación del organismo por el veneno, que por momentos debe renovarse, que la voluntad ya doblegada y vencida.

Baudelaire, como un lamento señala su propio ejemplo: su vía crucis, de las dificultades que tuvo que vencer, para desasirse del espectro, de la manía tóxica que lo había envuelto, y escribe: «¡Ojalá puedan todos desarrollar más energías en sus esfuerzos y conseguir por último el mismo buen éxito! que luego se renace, aunque se sientan todos los tormentos de un hombre que pasa de un mundo a otro y termina... Algo me queda aún de recuerdo de este estado; no se han sosegado por completo la terrible efervescencia y la agitación de la tempestad: las legiones que pueblan las pesadillas se retiran paulatinamente: sueños que prosiguen tumultuosos, semejantes a las puertas del Paraíso, cuando nuestros primeros padres se volvieron para contemplarlas, como dice el verso de Milton:

«está lleno
de rostros y de brazos que amenazan».

Esa es la visión de la muerte, que parece enlazar no dejando desasirse a la víctima: el pulpo lo envuelve con sus tentáculos, no dejándola escapar, y entre eternas congojas la vida parece esfumarse entre ayes de dolor.

Dib. de Meco.

LEOPOLDO BARD.

CRÓNICAS DE LA PAMPA



Una calle de Castex.

EN LA MAÑANA

Un silbato estridente y prolongado de la locomotora anunció la llegada al terruño familiar, después de quince horas de viaje.

Y recorrí una de las calles del caserío envuelto por las nubes de arena que levantaba el pampero.

Eso fué ayer.

Hoy, he tenido un despertar romántico. Hace dos días era con el bullicio eterno de la ciudad, era el despertar de siempre, a las cadencias inarmónicas de algún organillo de Carriego, y después de abiertos los ojos, la perspectiva rutinaria del ajetreo cotidiano.

Ahora... es otro despertar. Por la ventana abierta entra el aire sano de la llanura y entran las tibiezas de un sol rubio que prodiga sus caricias desde un cielo celestemente sereno, y existe la perspectiva única de emborracharse de aire, de libertad y de luz al galopar por las carreteras sobre la grupa del picaso legendario o al cruzar los rastrojos recitando «El poema de las mieses».

Pero en esta mañana tan apacible falta algo que me era familiar en otro tiempo; no me ha despertado, como antes, aquella rústica campana de la escuela, o mejor dicho, aquel trozo de riel suspendido de un alero, que vibraba a los golpes de un martillo. A ese llamado de los maestros acudía diariamente la bandada risueña de los chicos del pueblo, y todo... todo era como en los cuentos de De Amicis.

Ahora no es así. ¿Será porque estamos en vacaciones? No; aunque no lo estuviéramos, tampoco sería así. Aquellos maestros tan buenos, cambiados por otros, ya se fueron... Aquel riel tan sonoro fué substituído por una campana... y ya no está...

TARDE DE DOMINGO

Esta soledad... Esta vida plácida como el agua dormida, es amable, muy amable en la tierra donde el sol es más dorado y el cielo más azul.

Gusto el éxtasis en el jardincito sencillo que circunda mi casa. En los arrobos de la tarde, gusto entregarme de lleno a la evocación de las cosas placibles, aquí, junto a una enredadera de madreselvas y bajo el inconsolable llanto de los sauces.

Y pasa la ronda de los recuerdos, y entre todos esos recuerdos hay uno, el preferido, el de aquellos dos ojos de madonita que — para mi fantasía — todavía me miran desde lejos...

Es domingo.

Y, como para mí todos los domingos son tediosos, decido recorrer las calles desoladas de la villa en busca de un motivo de distracción.

La chica de allí cerca que tuvo la osadía de robarle algo a la Pampa: su sonrisa, toda frescura y toda infinitud, ha adoptado una postura romántica en la puerta donde luce un vestido de percal, su trajecito dominguero.

Algunos empleados de comercio — de hecho españoles — se pasean por la aldea mirando con cierto donjuanismo el paso de las jardineras cargadas de chacareritas.

El quiosco improvisado, donde hace un año la banda de música daba su acostumbrada audición dominical bajo la batuta de un profesor impregnado de grapa y sahumado de toscano, está solo y abandonado. Y así estará mientras dure el *receso* de la banda cuyos músicos han olvidado los instrumentos de viento para empuñar los otros... los de la parva y de la trilla.

Alrededor de ese quiosco se deleita un enjambre de chiquillos bullangueros, de pampitas ágiles y fuertes que juegan, que ríen y que cantan como las calandrias que hay en los montes de caldenes.

Un rato los contemplo... Yo también fuí niño...

*

Sigo por el camino que lleva a la estación. Faltan pocos minutos para que pase de regreso, el tren de pasajeros que llega dos veces por semana. Allí se pueden ver — nada más que los domingos — las caritas de las hijas del pueblo que concurren en masa *a la hora del tren*.

Caminan de un extremo al otro del andén, sonriendo, con un charloteo entre los labios. De pronto se enrojece alguna y deja de andar: es que un gauchote de esos que hachan leña en los montes, exhibiendo en el cuello una golilla de colores llamativos y despidiendo perfume de pomo, le ha lanzado un piropo demasiado chabacano.

Llega el convoy. Hay un instante de movimiento y de bullicio. Después... lo de siempre. Una campanada... el resoplar de la máquina... y otra vez el silencio.

Una pampeana de cabellera negra como esta noche que se acerca, reclinada en el brazo de su compañera, ha contemplado, pesarosa, la partida.

Desde una de las ventanillas del tren que se va, un pañuelo se agita.

Ella contesta con otro que está húmedo como sus ojos. Tal vez ese convoy se lleva su ilusión; una ilusión por largo tiempo acariciada.

Y mientras los coches iluminados — que evocan los cuentos de las abuelas — se confunden con la penumbra, ella mira desde el andén, mira con un no se qué de desconsuelo y de tristeza, esa luz colorada que se pierde allá lejos... cada vez más pequeña... cada vez más pequeñita...

BAJO LA NOCHE

La noche es clarísima y silenciosa. Una noche de verano. Una noche de la Pampa. Y se me ocurre que así, como ésta, fué tal vez la fatal de Hernán Cortés, la Noche Triste que nos cuenta la Historia.

De allá, de la distancia, viene la música disonante y monótona de un acordeón. La escucho; es el mismo acordeón que en las noches del otoño pasado oía desafinar, entre su fuelle negro, la misma habanera interminable y trivial.

La luna llena... una luna lechosa, vela sobre el caserío dormido...

Y hay perros que ladran a esa luna, que ladran tristemente, con los ojos fijos en ella, con el hocico entreabierto. Por eso la paz nocturna se puebla de aullidos sentimentales...

Allá, cerca del paso a nivel, hay un trepidar de ruedas y de hierros: un tren de carga pasa deslizándose con cansancio «sobre los alejandrinos de la vía» — como me ha dicho un poeta amigo.

Influenciado por la ciudad, donde el eterno prosaísmo del vivir agitado concluye por enfermarnos de esplín, he sentido un leve impulso de treparme a ese tren que ha pasado, para que me lleve allá, donde en las calzadas se aspira el olor a gasolina, donde hay arduas agitaciones de colmena, donde hay calles con mujeres bonitas y joviales y con todas esas cosas que inspiran a Romains.

Pero... esta soledad...

ISMAEL E. DOZO.

LA ESTATUA DE CATALINA II EN ODESSA



Los revolucionarios no destruyen los monumentos, pero los cubren.

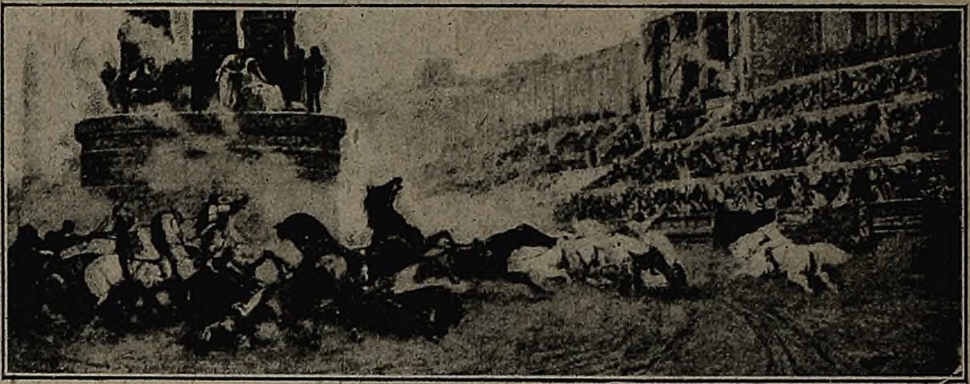
EN EL CIRCO

Era en el tiempo del esplendor de Roma.

Era un día de grandes ceremonias en el circo. De todas las regiones habían llegado forasteros, para presenciar las típicas carreras de las cuádrigas.

A la tarde, una multitud enorme se había ido colocando en la gradería que rodeaba la pista, donde se desarrollaban las grandes pruebas. Los regios obeliscos habían sido adornados con gallardetes y delicadas flores.

A los anuncios de los tambores salieron a la liza los cuatro carros que iban a tomar parte en la jornada. Dos eran dirigidos por romanos, y los otros dos por hijos de Alba Longa.



El murmullo infernal del inmenso público llenaba el ambiente.

A los breves instantes sonaron de nuevo los tambores, y los ágiles caballos, a la señal de partida, se lanzaron con una velocidad terrible a recorrer la senda acostumbrada.

Los gritos continuaban atronando el espacio. El emperador, en su sitial, aclamaba a los competidores, que desplegaban todos sus instintos para salir triunfantes en la honrosa prueba.

El entusiasmo era indescriptible. Los albanos gritaban desaforadamente por sus amigos, y los de Roma, también, por sus vecinos. Los afamados corredores eran vitoreados por sus más mínimas hazañas.

Las apuestas eran cada vez más subidas, a medida que la prueba se hacía más interesante. Los romanos vestían negras libreas y los albanos rojas, y estos distintivos ayudaban a los concurrentes de las otras regiones que no les reconocían fácilmente.

Cada vuelco era tomado por los contrarios con marcadas señales de mofa, lo que obligaba a sus admiradores, a entablar acaloradas disputas en el propio recinto.

II

El momento era solemne. Se hacía la última vuelta por la pista, es decir, la séptima, llevaba la delantera el albano Sípilo y ocupaba el segundo puesto el romano Astulindo.

Los cónsules aclamaban al segundo, y el pueblo, en su mayoría, vitoreábalo también.

Faltaban sólo unos 200 metros. Sípilo iba triunfando por escasos metros sobre su rival, ya que los otros dos iban bastante alejados, cuando por un esfuerzo noble, ante las aclamaciones ensordecedoras de su público, Astulindo logra ir acercándose al carro aun triunfal del contrincante.

Entonces se redobló la gritería. La lucha era terrible. Las miradas estaban fijas ante los acérrimos luchadores y ante los brutos valientes, que hacían sonar sus cascos en las rubias arenas circales.

El triunfo no se decidía... Y eran los últimos metros de la gran carrera. Por un esfuerzo supremo, el romano valiente logró pasar al hijo de Alba y pasar triunfalmente el arco final.

Y todo fué una gritería jubilosa.

Sobre el invicto varón de la librea negra, al volver al sitial del emperador, cayeron las más fragantes rosas del Lacio, arrojadas por las manos de las risueñas muchachas de la Ciudad Eterna.

Y esa tarde, al volver triunfante Astulindo, pudo ceñir una vez más una regia corona de laurel sobre sus sienes, y fué llevado en andas hasta el Foro, donde se le aclamó estrepitosamente, como campeón invicto de la Roma inmortal!

OSCAR ALBERTO IBAR.



IDILIO

Con un ingenuo forcejar de niño
batió sus manos lánguidas e inquietas,
y hubo un fino rozar de alas discretas
en la calada seda del corpiño...

El viejo loto se vistió de armiño;
aguzaron su intriga las violetas,
y en las vagas estrellas indiscretas
lució el rubio paréntesis de un guiño...

Limpia la fuente deslizó su giro,
y, perceptible apenas, un suspiro,
se oyó del ave en el ramaje espeso...

Mientras la noche enferma dormitaba
y en la calma noctámbula vagaba
la tentadora música de un beso.

JOSÉ COSTA COMESAÑA.

Dib. de Duval.

CRÓNICAS VIAJERAS

(AGUAS ARRIBA)

PRIMERA NOCHE A BORDO

Llueve despaciosamente. El calor sofocante hasta el máximo pone en los rostros un gesto cansino y en los espíritus un desfallecimiento. Son las ocho de la noche y la cena se epiloga con una copita de chartreux, con la que brinda el comisario de a bordo por la felicidad del viaje recién iniciado.

El agua chapotea contra los costados del *Anita* monorrítmicamente, de la misma manera que nuestra abuela nos cantaba el *Arrorró*, allá en los tiempos felices, porque eran ingenuos, de nuestra niñez. Todo es negrura en la noche absolutamente silenciosa, y sobre la mesa, cubierta ahora coquetamente por una carpeta roja, ha habido un hondo y pesado silencio. Es la hora propicia para las confidencias. Algunos creerán o no creerán esto, pero yo afirmo que hay entre la canción de las horas momentos especiales y determinados para ciertas acciones, que no son sino reflejos de nuestros motivos internos.



El arado, símbolo del progreso. En la costa entrerriana, roturando la tierra luego de una lluvia benéfica.



Una puesta de sol en el Paraná medio. Pescadores iniciando el regreso.

Repito que sin saber por qué algunos hemos sentido el deseo imperioso de iniciar un acercamiento espiritual. Y como sucede siempre en esta vida, paradoja viviente quizá por su propio nombre femenino, algún secreto que guardáramos en el fondo del alma de la manera más celosa y durante mucho tiempo, años quizá, lo revelamos en un segundo a nuestro compañero o compañera de viaje, personaje a quien es muy posible no volvamos a encontrar más en la vida...

Horas especialmente propicias que vimos pasar tantas veces indiferentemente, porque no rimaba la *ocasión* con nuestros motivos internos. Horas divinas y preciosas en que el hombre más fuerte llora lágrimas de amargura de la misma manera que podría hacerlo un niño. Horas de tentación y de pecado. Horas de recordaciones y de ensueños. Horas que viven nuestras vidas. Que saben de penas y de angustias. De dolor y de miseria. De derrota y de desesperanzas. De besos. De promesas. De risas. Y de lágrimas.



Un paisaje deliciosamente encantador de la costa paraguaya, frente a Posadas.

Una señora amiga mía, madre de cuatro niñas ya mozas y bonitas, fué la encargada de romper el silencio ejecutando al piano *Por ti suspiro*, precioso motivo musical que habla al espíritu de los que *saben sentir*, de un mundo de cosas.

Yo estaba solo, solo y con mis recuerdos, que son una montaña. Volviendo a vivir horas pretéritas, según Victor Hugo, por aquello de que *recordar es vivir*, del gran poeta.



Las provincias del litoral son ricas en ganadería. Un rodeo de vacas en una estancia.

En el salón y junto a mí, lloraba la música motivos sentimentales. Pasados los primeros momentos de las conversaciones indecisas, todos se sentían compañeros de viaje en esta vida...

Las conversaciones, como decía, habíanse hecho ya en forma poco menos que familiar. Después de tocar varias piezas mi amiga, no sé quién pidió que declamara alguien. Una niña, de lindos ojos negros y ardientes, de profundas ojeras y rizoso cabello, recitó *La reja*, de Cavestany, con una emoción tan sincera y tan real, que presentí en ella un exquisito espíritu de mujer.

Eran las doce y media de la noche cuando los pasajeros del *Anita* poníamos proa a nuestros respectivos camarotes.

Llovía despaciosamente...

LA VOZ DEL SILENCIO

Todo era silencio en torno, como dijera Andrade en su *Nido de Cóndores*. Era la segunda tarde de a bordo y era gris y aburrida como un bostezo. Pero entendámonos, aburrida para los que llevan en sus vidas la alegría de un cariño o de un ideal que los alienta y que los reconforta, y también aburrida para la *mayoría*.

Esa mayoría imbécil y cretina, para lo cual todo es materialismo. Para la cual un divino crepúsculo, vale mucho menos que un cigarro después de la comida. De esa para la que *vivir* significa engordar.

Pero para mí, esa tarde así gris, era sencillamente encantadora. Encantadora, porque entre la quieta cerrazón del cielo indefinido, mi espíritu soñaba con otras tardes iguales de otros tiempos, cuando tenía menos años y un alegre montón de azules esperanzas.

Corría el vapor a su máximo — a razón de nueve millas por hora aguas arriba — y veces había en las que pasábamos rozando los árboles copudos de la costa. Dormían los pasajeros, porque a decir verdad, el día era pesado e irritante; yo, mientras, sentado a popa, escuchaba el silencio fecundo y maravilloso.



Andrés Almirón de Posadas, el práctico más «canchero» del Alto Paraná y Paraguay.

MUSICA PARAGUAYA

Las cinco de la tarde acababan de dar en el reloj de pared del comedor, y casi inmediatamente sentimos las notas suavemente dulces de una mandolina con acompañamiento de guitarra. Provenía la música del comedor y hacia allí encaminé mis pasos. Allí estaban el mayordomo y el mozo principal del *Anita* Medardo Fleytas y Nicolás Flores, respectivamente, en la evocación sentimental de su suelo paraguayo. Tocaban el *Carau* y se conocía por la gravedad de su continente y en la melodía de la música que ponían el alma al ras de su canción. Yo no osé interrumpirlos ni aun con la indiscreción de una mirada, pero apenas hubieron concluído los felicité sinceramente. Siempre ha sido para mí la música un motivo de acercamiento hacia los hombres. Y conversamos un minuto. Pero un minuto que lo fecundó una frase. Una frase de amor hacia la tierra ausente y lejana. Una gota de melancolía ante el recuerdo, quizá, de un cariño que quedó... y espera.

Comenzaba el ajetreo para le cena. Fleytas y Flores se despidieron de mí para ir a sus quehaceres, y un rayito de sol tímido y enfermizo cayó sobre las aguas del Paraná fantásticamente.



A dos horas de camino al norte de Corrientes se encuentra una aldea humilde, llamada Las Lomas, rica en plantíos de café.

PUESTA DE SOL

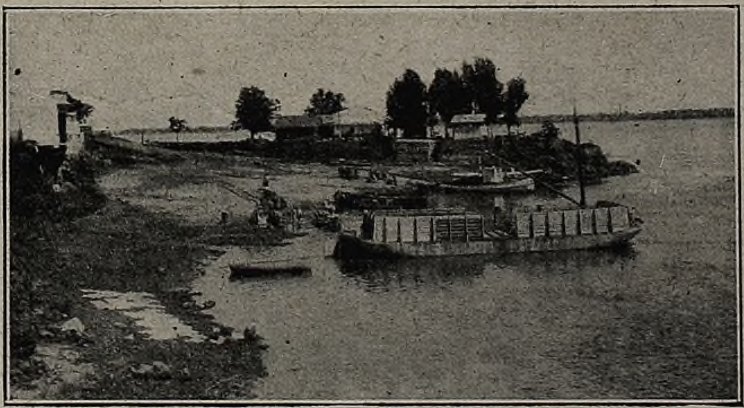
El Paraná habíase ensanchado visiblemente no alcanzando a distinguir sino una de las dos costas, de la cual pasaríamos en muchos puntos a menos de diez metros. Las barrancas perfilábanse preciosas, cortadas a pico muchas de sus veces, llegando hasta las mismas ondas en un suave declive otras.

Después de un día de lluvia menuda y fina, de un cielo gris absolutamente uniforme, un rayo de sol tenue, saliendo de entre un montón de nubes densamente plomizas, era de un efecto, como he dicho poco ha, maravillosamente fantástico.

El *Anita* cruzó por babor bastante cerca, a tres pescadores que tripulaban una canoa y que iniciaban el regreso. Cuatro o cinco islotes pequeños surgían de las aguas rojizas como grandes mariposas asentadas. Dorábase el cielo por momentos y, sobre las aguas mansas y tranquilas, el sol ponía una hebra roja, como un hilillo de sangre...

EN GOYA

Todo en la vida es un puro contraste. Los niños desean ser hombres. Los viejos, jóvenes. Los pobres, ricos. Los humildes, de abolengo. Y los nobles envidian la vida sencilla de los campesinos. Por eso los que somos de tierra, nos gusta navegar y los que navegan desean tocar puerto. La vida y las mujeres tienen esa rara similitud. La primera, protege a quien menos se merece, encumbra a los mediocres, golpea a los forjadores de ideal, etc.; la segunda, desdeña a los que la quieren y ama a los que no le corresponden...



Uno de los tantos paisajes ribereños de la costa correntina: Punta San Sebastián.

Un martes, a las tres de la tarde, fué el día y la hora en que llegamos a Goya, puerto entrerriano sobre el Paraná. El *Anita* tenía que hacer no sé qué descarga, de tal suerte que bajamos a tierra a objeto de aprovechar la hora escasa de que disponíamos.

El grupo que venía conmigo era alegre y hasta numeroso si se quiere. Venían: la familia amiga que encontrara al salir de Buenos Aires, el comisario de a bordo, y dos uruguayos muy simpáticos y al parecer todo corazón: Enciso y Coronel.

Muy cerca del muelle estaban estacionados una decena cuando menos de carritos, conducidos cada uno por cinco mulas. Tomamos uno de ellos. No era cosa fácil para las niñas, el subir al *automóvil* como dimos después en decirle, pues no tenía estribos, pero con un poco de voluntad y otro poco de audacia nos ubicamos todos de la mejor manera posible. Coronel empuñó las riendas, y la alegre caravana partió con destino a un *hotel* cercano, tanto para refrescar la garganta con un trago de cerveza.

Caía el sol a plomo sobre nuestras cabezas, y todo eran risas. Parecíamos una bandada de gorriones piando a toda fuerza, asentados sobre el carricoche desvencijado.

Las risas cesaron porque habíamos llegado al *hotel*, en donde un correntino nos sirvió unas botellas de cerveza más calientes que mate cebado por la bombilla.

Rato más tarde, cargado de rojas flores de ceibo, poníamos la proa de nuestro *auto* de cinco mulas de fuerza, hacia el *Anita* que nos llamaba.

Volvimos a bordo. Fué un golpetear de ruedas en el agua y emprendimos marcha al norte. Yo pensé en un mundo de recuerdos, de ilusiones marchitas, de esperanzas muertas- de ganas de *ser* incontenidas, y dentro de este lago interior que todos llevamos, despaciosamente se cayó una lágrima...

RUFINO MÁRIN

NOTAS GRAFICAS DE LA GUERRA

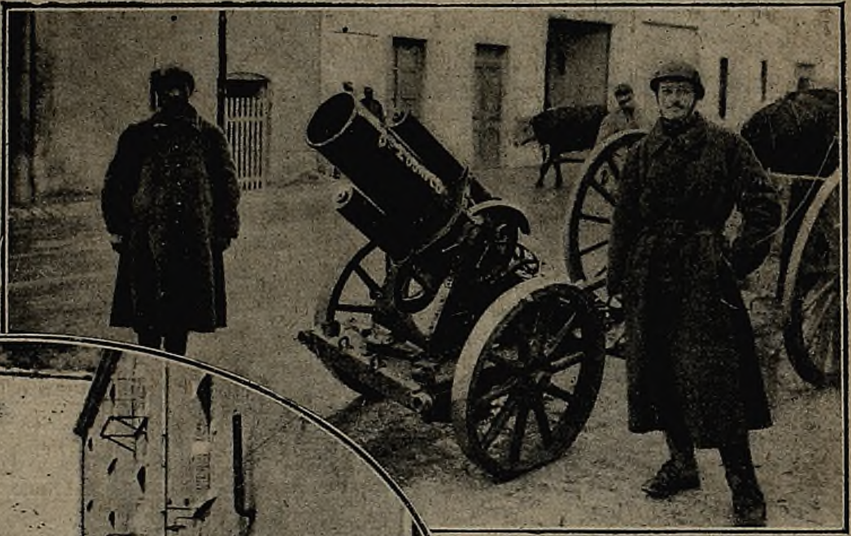
LOS HEROES DE VERDUN



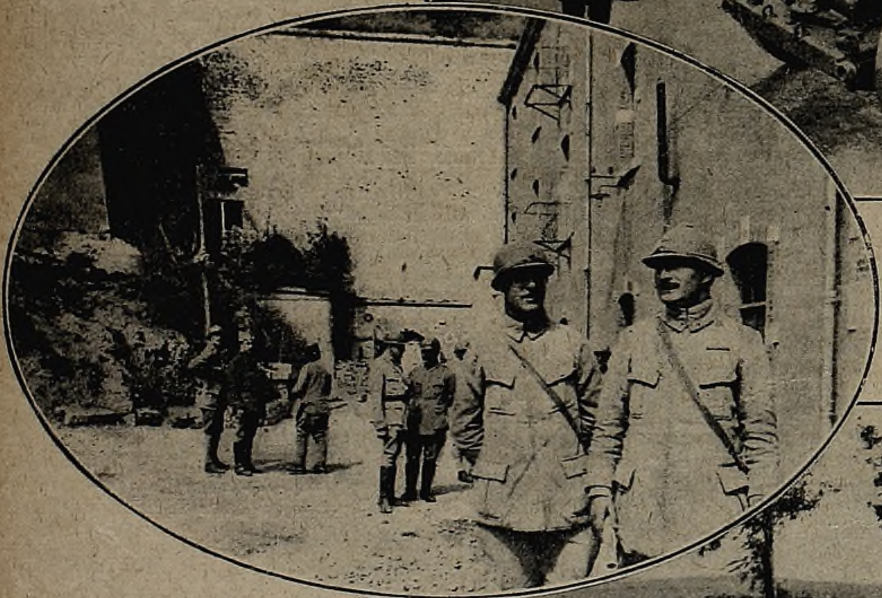
El general Passaya, antiguo comandante de la división La Gauloise.



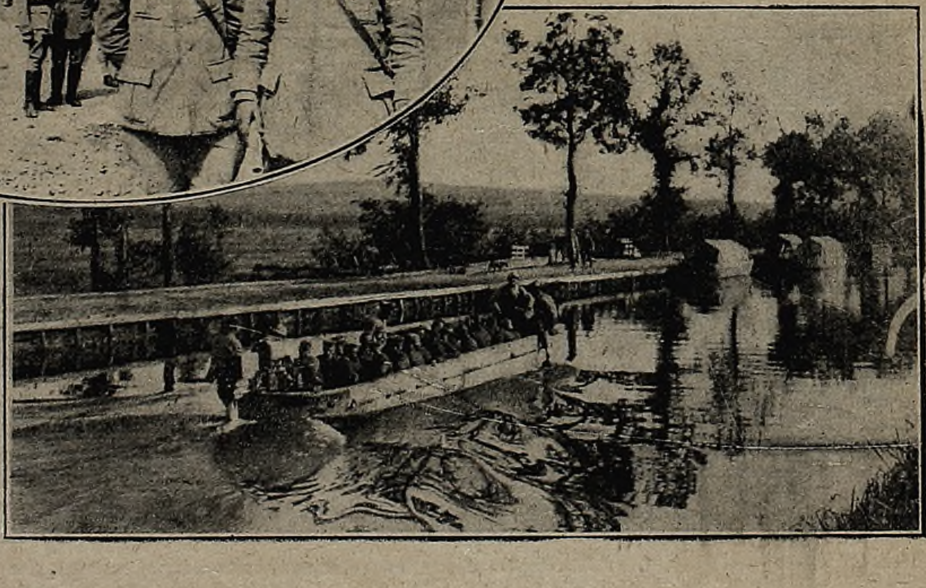
Material de artillería alemana tomado por el 7.º regimiento de tiradores franceses.



Mortero alemán tomado por el 8.º regimiento de zuavos.



El comandante Thinus, que tomó la cota de Talón.



Prisioneros alemanes.

LOS PÍCAROS CELOS

DON Mauricio Zoquete es algo así como la encarnación de todas las virtudes. No escatima recursos, no desecha ocasiones ni perdona circunstancias que, bajo cualquier fase, le abonen un claro donde ubicar el testimonio de su perenne bonhomía. No se verifica reflejo de bondad humana en que él no haya irradiado su tantico de luz. Pero don Mauricio no puede permanecer insensible a las argucias cupidescas, donde anidar los más siniestros incentivos emocionales.

Y de aquí su infortunio. Su media naranja, en los asuntos amorosos viene a ser su antítesis. Un mortal antagonismo entre ambos, en las ideas de esta especie, hace de la vida doméstica de don Mauricio un amargo *vía crucis.*

—¡Parece muy buena la chica de al lado!... —susurra. —¿Cómo? —vocifera su mitad. —¡Te lo habrá demostrado!... —¡Pero, mujer! —arguye Mauricio. —¡Nada! —replica ella. —¡Mañana mismo nos vamos de aquí! —Y en vano protesta él de tamaña injusticia. Al día siguiente atraviesan la ciudad, proa a otro suelo más propicio y solitario. Las émulas de maritornes han llegado a formar una nomenclatura en la mansión de Zoquete. La celosa condueña había empezado por boicotear al gremio servantil hispanoamericano, supliéndolo con otros, en que el exotismo del lenguaje dificultase el probable pecaminoso contacto. Así tuvo a su servicio a una moscovita ingenua y enigmática. Luego, a una hija de Alá... Empero, como desde Adán son las frases de amor en francés, español o latín, de idéntica naturaleza y comprensión; y, como en esta materia, la mímica es el más elocuente de los idiomas, la costilla de don Mauricio vióse fallida en sus planes. Optó entonces por la *longevidad,* y acaso encontró aquí el secreto de su triunfo. Una respetable jamona de diez lustros parece haber restaurado la placidez en ese hogar que, por otra parte, constituye un monumento a la moralidad y orden domésticos.

Este proceder, que pudiera llamarse inconcebible, de doña Policarpa (que así se llama la *pior es nada* de don Mauricio), tiene su asiento racional sobre cierto episodio, de que ella fué protagonista en pretéritas *edades*... Guiado por su propia sensibilidad, don Mauricio no pudo menos de sentir en su corazón los aguijonazos que una esbelta andaluza, a la sazón sirvienta, propináral e. ¡Era tan desgraciada!... Su Romeo, una futura constelación del arte taurino, habíala abandonado, después de cometer con ella mil iniquidades. En fin: Dibujóle su cuadro con tan dramáticos matices, que él no pudo reprimir un abrazo de conmiseración.

Doña Policarpa comenzó a olfatear algo, e inició al efecto una campaña *feroche.* Pero nada veía de lo que, no obstante, juzgaba evidente. Consumida ya por la duda y ansiosa de venganza, decidió una noche enviar lejos, so pretexto, a la dulce *chiquiya.* Naturalmente, sin que se enterase ni el gato. Esto es: con fines puramente estratégicos. En tal manera ella penetraría en el cuartito, teatro de las maquiavélicas *hazañas,* y, suplantando a su doncella, convenceríase por sí misma, y ejercería las represalias a que hubiere lugar. Encerróse, pues, y ansiosamente aguardó el instante de la tragedia. Pasaron los minutos. Luego las horas... ¡Nada! —¡Si se habrán enterado! —pensaba. De pronto unos pasos quedos, lentísimos, produjeron el vértigo en su corazón, cuyos latidos semejaban corceles de carrera. Propúsose sin embargo, obrar con toda calma. Notó, pues, que —como en las novelas de Luis de Val— la puerta giró sobre sus goznes, y una sombra... ¡sombra *masculina!* introducíase sin permiso previo, —como cualquier cobrador.

Vióla avanzar... orientarse... clausurar de nuevo... avanzar nuevamente... tactear en las tinieblas... y al fin, con voz tenue, exclamar: ¡Lola!... —¡Ah, bribón! — estuvo a punto de gritar doña Policarpa — pero contuvo sus ímpetus, y... tornóse unánime... Un beso almibarado... furibundo... ¡beso de pasión!... —¡Ah, canalla! ¡Cuán distintos los que reservas para mí! —soliloqueaba ella... pero, ¡es claro!... retribuyó... hízose cómplice... La orgía intensificóse... Quizá tiernas evocaciones de la perdida juventud... Acaso, (y es lo más creíble) el afán de consumar con más ahinco y severidad su vengativa obra (las crónicas no aclaran este punto), el caso es que la escena prolongóse un tanto, y dióle fin la para ellos inesperada presencia de Lolilla que, ajena en absoluto a tan insólito encuentro, llevó su mano a la llave de la luz eléctrica, oprimióla... y un cuadro infando, pavoroso, hirió sus bellas pupilas de gitana. Su patrona, su celosa, su *vetusta* patrona abrazaba impunemente al niño de sus sueños, al *toreriyo e su arma,* que al parecer,



como de costumbre, había acudido a libar en los labios de su dulcinea toda la miel de que pródigos abundaban...

La escena adquirió el *incoloro* aspecto de lo indescriptible. El asombro fué rotundo, patético... El cerrojo de la estupefacción clausuró los labios... Doña Policarpa no sufrió el acostumbrado síncope, juzgando la situación demasiado seria para accidentarse. Intentó rehabilitar su conducta; concediéronse mutuas indulgencias, y la vengativa consorte hubo de otorgar plena amnistía, porque, ¿cómo su pecadora aventura, podía servir de margen al castigo?...

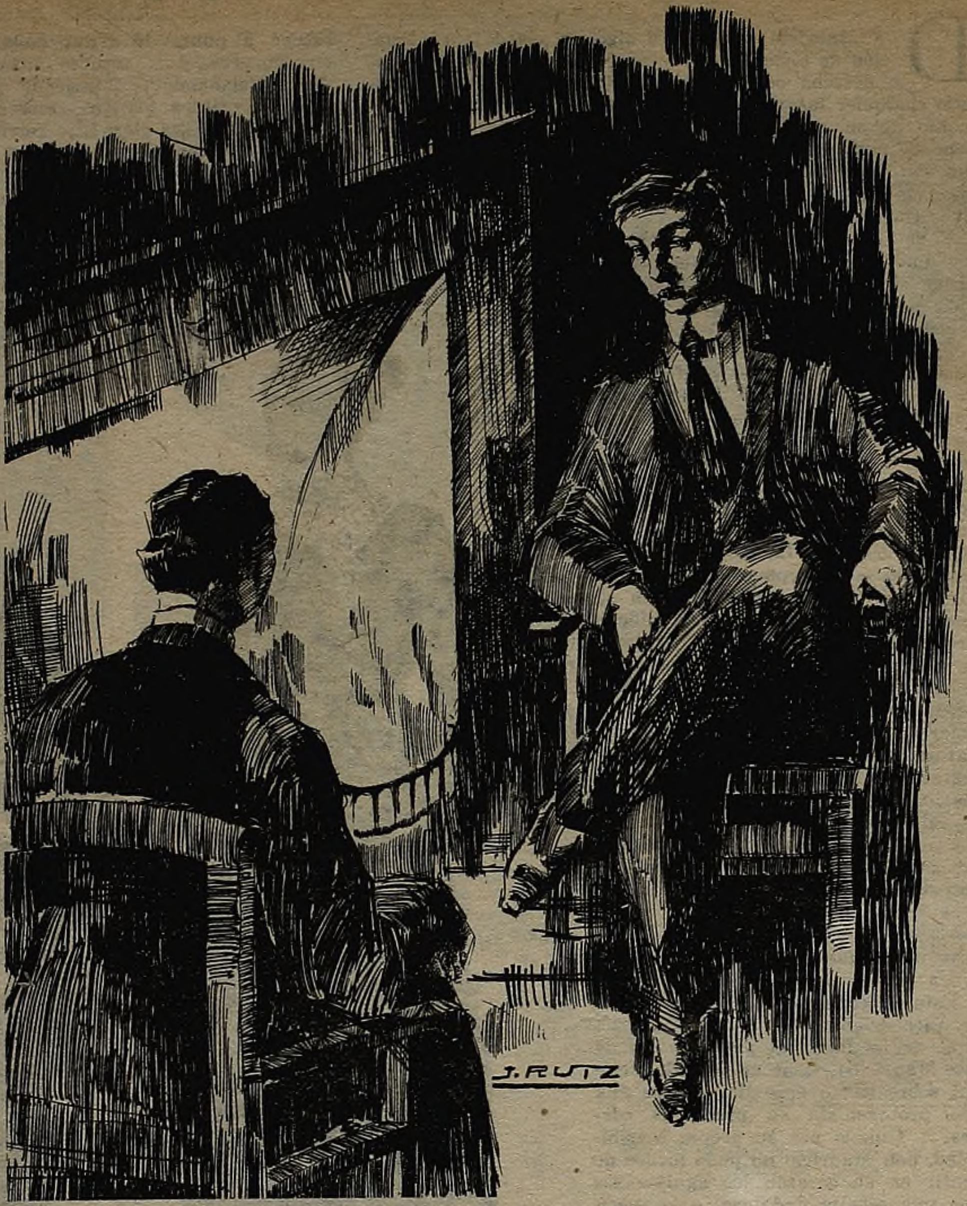
....

Transcurrieron los años. Y el epílogo fué, lector, el que explicado queda. Esto es: La restricción absoluta para los Zoquetes, de adquirir domésticas que no frisen por lo menos en los cincuenta y cinco...

Unica forma de que sus blasones pulquérrimos, hechos carne en el caballeroso don Mauricio, no vuelvan a exponerse al inminente riesgo en que Satán los puso en aquel cuarto de hora de impensado fatalismo...

JOSÉ VICTORERO.

DESILUSIÓN



ERA una fría noche de julio.

Mi amigo Enrique Vargas y yo nos hallábamos en nuestra habitación.

Un cierzo helado barría la desierta calle y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la ventana.

Un brillante fuego crepitaba alegremente en la estufa, y nosotros acercábamos nuestras manos aterizadas a la lumbre.

Habíamos pasado la velada al calor de la lumbre, haciendo música.

Enrique, recostado en un sillón, dormitaba.

Yo tomé mi violín y, después de un ligero preludio, empecé a tocar un vals.

Mi amigo, incorporándose de improviso, se levantó de su asiento, y con las facciones contraídas por un gesto de dolor, me dijo con acento de súplica: — ¡No toques eso!...

Sorprendido, dejé el violín sobre la mesa, y le interrogué:

— ¿Por qué?...

No contestó a mi pregunta.

Se paseaba por el cuarto dando grandes pasos, con el entrecejo fruncido las manos puestas en los bolsillos del pantalón.

Poco después, se detuvo.

Todo signo de borrasca había desaparecido de su rostro, y sentándose en una silla, frente a mí, me dijo:

— He guardado el secreto por espacio de tres años, pero el vals que acabas de tocar ha despertado en mi alma dolorosos recuerdos, adormecidos por el tiempo. A ti, que eres mi mejor amigo, te diré cuál es la causa de mi dolor.

El viento rugía furiosamente; la lluvia continuaba cayendo con fuerza, y los relámpagos iluminaban nuestro cuarto con resplandores enceguecedores.

Enrique Vargas, con voz dulce y llena de inmensa melancolía, empezó a relatarme su historia.

— «Hace tres años — dijo mi amigo — fuí invitado al baile que daba la señora de X... en honor de una de sus sobrinas.

«Llegué tarde, cuando el baile se encontraba en su apogeo.

«Las parejas se entrecruzaban danzando.

«Penetré en el salón.

«La dueña de la casa, anciana ya, me presentó a sus nuevas relaciones.

«Tocó el turno a una hermosa joven rubia, de ojos azules y de esbelto talle.

«Me incliné respetuosamente, y cuando levanté la vista, mis ojos se encontraron con los de ella, que me miraban fijamente.

«Sentí una impresión profunda, y confuso y turbado fijé mis ojos en el suelo.»

*

«Media hora después, danzábamos estrechamente unidos.

«La orquesta tocaba un vals Strauss: *En las ondas del Danubio*, y yo, enloquecido al sentir el aliento perfumado de mi compañera sobre mi rostro, sin arredrarme ante el temor de una negativa, le declaré la pasión que me abrasaba.

«Esperaba ser rechazado, pero sucedió lo contrario.

«Violeta, la hermosa joven, fué desde ese instante mi prometida.»

*

«En un saloncito contiguo a la sala de baile, reflexionando sobre mi dicha, recostado en un sofá, situado en un ángulo obscuro, me encontraba yo.

«Llevaría allí como unos veinte minutos, e iba ya a retirarme, cuando una pareja penetró en el saloncito.

«Era Violeta, mi prometida, y un joven vestido con elegancia.

«Sin notar mi presencia, se sentaron en un sofá.

«El hombre, con voz suave, impregnada de infinita dulzura, declaró a la joven su amor ardiente.

«Violeta callaba, pero segundos después, a la tenue claridad del saloncito, vi dos labios que sedientos se buscaban y se unían en un apasionado y prolongado beso...

«Yo no hice el menor movimiento.

«La pareja se retiró, y yo, anonadado, desilusionado, aborreciendo la vida, abandoné aquella casa, en la que de la dicha suprema había pasado al dolor profundo.

«No he visto jamás a Violeta; no he vuelto a oir su nombre.

«El tiempo ha borrado la herida de mi alma.

«He aquí por qué, cuando tú empezabas a tocar ese vals te pedí que te callaras...»

*

Mi amigo terminó su relación y, recostándose en su silla, con la cabeza entre las manos, se absorbió en dolorosas meditaciones.

Afuera, el viento aullaba furiosamente y el agua continuaba cayendo con fuerza...

JOMER B. VILLA.

EL MESÓN TRÁGICO

ESCENAS DE LA VIDA RUSA

(Continuación)

—¡Deteneos, deteneos! —gritó una voz de mujer.— ¡Parad!

Akim volvió la cabeza. A través de los campos, corría hacia la *telega* una mujer tan pálida y desgreñada, que no se la reconoció al pronto. —¡Deteneos! —decía ella siempre tendiendo los brazos. Akim se estremeció involuntariamente: era su mujer. Tomó las riendas.

—¿Para qué detenerse?—balbuceó Ephrem.—¡Detenerse por una mujer! ¡Arre!

Pero Akim tiró de las riendas hasta casi hacer sentarse al caballejo. Advotia acababa de llegar a la carretera. Hundió su cara en el polvo.

—¡Oh, padre mío, Akim Semenitch! —exclamó ella.— ¡También a mí me ha echado!

Akim la miró sin hacer otro movimiento que el de apretar más aún las riendas contra sí.

—¡Hurra !—gritó nuevamente Ephrem.

—¡Ah! ¡Te ha echado! —dijo al fin Akim.

—¡Me ha echado, padrecito! —repitió sollozando Advotia.—¡Me ha echado! «La casa es mía», me ha dicho. «¡Vete!»

—¡Toma! ¡Eso es estúpido! — observó Ephrem.

—¿Es que habías hecho cuenta de quedarte? —dijo Akim con amargura, sin moverse de la *telega*.

—¿Cómo quedarme? Pero, padrecito —dijo vivamente Advotia, que se había levantado de rodillas y que hundió la frente en tierra otra vez.—Es que tú, tú no sabes lo que he hecho yo, yo... Mátame, Akim, mátame ahora mismo...

—Para qué pegarte, Arefievna —respondió tristemente Akim; —¿no estás ya bastante castigada?

—Es que tú no sabes, Akim Semenitch. El dinero, tu pobre dinero, no está ya allí. Fuí yo, maldita, quien lo sacó de debajo del piso. Yo se lo di todo a ese pillo, a ese Naum, ¡maldita que soy! ¿Por qué me dijiste dónde guardabas tu dinero?, ¿por qué, a mí, maldita? ¡Con tu pobre dinero compró tu pobre mesón ese bandido!

Los sollozos le cortaron la voz.

Akim se apretó la cabeza entre sus dos manos.

—¿Qué, qué? —exclamó al fin. — El dinero y la casa..., todo mi dinero... ¿Y has sido tú?... ¡Ah! Tú lo tomaste donde lo tenía encerrado... ¡Voy a matarte, víbora!

Y se arrojó de la *telega*.

—¡Semenitch, Semenitch! No le pegues. ¡Vamos! —decía Ephrem, a quien todos estos acontecimientos inesperados hacían pasar los vapores del aguardiente.

—¡No, no, padrecito, pégame, mátame, sin escucharme; mátame, maldita de mí! —gritaba Advotia arrollándose convulsivamente a los pies de Akim.

El se mantuvo un instante inmóvil, después se alejó unos pasos y se sentó de cuclillas en la hierba, al borde del camino. Se hizo un corto silencio. Advotia volvió un poco la cabeza del lado de su marido.

—¡Semenitch, vamos, Semenitch! —dijo Ephrem agitándose en la *telega*. —¿Qué quieres? ¡El mal está hecho! ¡He aquí una aventura! —dijo hablando consigo mismo. —¡Qué endiablada mujer! Ve a él, tú — añadió inclinándose hacia Advotia. —¿No ves que ha perdido el juicio?

Advotia se levantó, se acercó a Akim y cayó de nuevo a sus plantas.

—¡Padre, padrecito mío!... —comenzó con voz apagada.

Akim se levantó y volvió a la *telega*. Advotia le tomó por el caftan.

—¡Vete lejos de mí! —exclamó él con voz enfurecida, rechazándola.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Ephrem viendo a Akim volver a sentarse a su lado.

—Llévame a la casa en seguida. ¡Bueno! Y si no... llévame a la tuya... Yo ya no tengo casa... Me la han vendido... ¡Ni casa!...

—Bueno. Vamos a mi casa —dijo el otro. —Pero, ¿qué hacemos de ella?

Akim no respondió nada.

—¡Yo! ¡Sí, yo! — dijo Advotia llorando, — ¿me dejarás así, sola? ¿Adónde iré yo?

—¡Ve a casa del que le has dado mi dinero! —respondió Akim sin volverse. —¡Arrea, Ephrem!

La *telega* partió; Advotia se quedó en aquel sitio, inundada en lágrimas.

IX

Ephrem habitaba una casita a una versta del mesón de Akim, en un barrio de *popes* que rodeaba una grande iglesia solitaria, de cinco campanas, construída por la liberalidad testamentaria de un antiguo contratista del ejército. El sacristán no había dicho una palabra durante todo el trayecto. Por su parte, Akim movía constantemente la cabeza. Por fin llegaron. Ephrem saltó el primero de la *telega;* una niña de seis a siete años, sin más vestido que un largo camisón, le salió al encuentro corriendo y gritando: — ¡Papá!

—¿Dónde está tu madre?

—Duerme en el establo.

—Déjala dormir... Akim Semenitch, ¿pero qué hace usted? Dígnese entrar en casa.

Ha de advertirse que el sacristán no tuteaba a Akim sino estando borracho; y que aun gentes mejor acomodadas le trataban de usted.

Akim entró en el *isbá*.

—Venga usted aquí a este banquito; haga usted el favor —decía Ephrem—. ¡Largo, largo, granujillas! — añadió, dirigiéndose a otras tres desarrapadas que, llevando unos gatos flacos y encenizados, habían salido como ratones por los agujeros de la habitación—. Aquí, aquí, Semenitch — añadió instalándole en un banco de madera —. ¿No desea usted nada?

—Sí a fe, Ephrem. Te diré... ¿No podría ser?...

—¿Qué?

—Aguardiente.

Ephrem irguió las orejas.

—¡Aguardiente! En seguida. No lo tengo en casa; pero voy a buscarlo a casa del *pope* Fedor. Allí lo hay siempre. Vuelvo en seguida.

Tomó su gorro de piel.

—Trae de más — le gritó Akim cuando salió —. Yo pagaré. Aún me queda bastante dinero para esto.

—En seguida — repitió Ephrem, que desapareció tras la puerta.

Volvió en seguida, en efecto, con dos botellas bajo el brazo, y aun le había quedado tiempo en el camino para probar una. Las puso en la mesa, con dos vasitos, pan y sal.

—¡He aquí lo que me gusta! — dijo sentándose frente a Akim —. ¿Para qué entristecerse? — llenó los dos vasos y se puso a bromear. La conducta de Advotia le había escandalizado sobremanera —. ¡Qué cosa más chocante! — decía él —. ¿Pero cómo ha osado?... Te aseguro que él le ha dado algún hechizo. Vea usted cómo hay que ser severo con su mujer; hay que sujetarla con guantes de erizo. Y después de todo, usted haría bien en ir a su casa. Le ha quedado todo su ajuar.

Aun añadió muchas más cosas Ephrem, que no gustaba de callar bebiendo.

Dos horas más tarde, he aquí lo que pasaba en casa de Ephrem: Akim, que durante toda la comida no había contestado una sola palabra a la charlatanería de su dicharachero convidado y que no había hecho más que beber vaso tras vaso, dormía junto a la estufa un sueño pesado y penoso. Los niños le miraban con aire admirado y guardando silencio; Ephrem, ¡ah!, dormía también en un rincón estrecho y fresco, donde lo había encerrado su mujer, persona de atlética constitución. Había él mismo ido al establo a despertarla y a amenazarla. Pero sus frases eran tan incoherentes, que ella, habiéndole conocido en seguida de

qué pie cojeaba, le había asido por el cuello, y le había llevado a aquel rincón donde, por lo demás, dormía muy apaciblemente. ¡Lo que hace la costumbre!

X

Ya hemos visto que Kirilovna no había transmitido fielmente a su señora su conversación con Akim. Otro tanto se puede decir de Advotia: Naum no la había echado de su casa; no tenía derecho, después de haber prometido dejar a los antiguos amos del mesón un plazo de tres días para que se fuesen. La explicación que habían tenido juntos había sido muy diferente.

Cuando Akim se lanzó a la calle gritando que iba a casa de su señora, Advotia se había vuelto hacia Naum, mirándole con sus ojazos y golpeándose las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué significa todo esto, Naum Ivanitch?

—¿El qué?

—¿Ha comprado usted nuestro mesón?

—Lo he comprado.

Advotia se quedó estupefacta y se estremeció de pronto.

—¿De modo que para esto necesitaba usted nuestro dinero?

—Como usted guste decir. ¡Eh! ¡Eh! — añadió al oir el ruido de la *telega* que partía — Me parece que su marido ha tomado mi caballo. ¡Que atrevido!

—Pero eso es una canallada — exclamó Advotia —. Ese es nuestro dinero, el dinero de mi marido, y el mesón es nuestro.

—No, Advotia Arefievna, el mesón no era de ustedes. ¿Para qué hablar así? El mesón era del señor. Pero el dinero, ¡ah!, el dinero era muy de ustedes. Solamente... que usted ha tenido... se puede decir... la bondad de ofrecérmelo, y yo le quedo muy reconocido... Y hasta se lo devolveré en cuanto llegue la ocasión, si la ocasión llega... Porque... haga usted el favor de considerar... Es, en verdad, inútil que yo me quede pobre...

Naum dijo todo esto muy tranquilamente con su sonrisa helada.

—¡Oh! ¡Buen Dios! — exclamó Advotia poniéndose a gritar —. ¡Buen Dios, buen Dios! ¿Con qué cara me presentaré ante mi marido después de esto? Pero, miserable — añadió mirando con un odio súbito el joven y fresco semblante de Naum —; pero, miserable, yo he perdido mi alma por ti; pero yo me he vuelto ladrona por ti; pero tú nos echas a la limosna por esos caminos, ¡bandido! ¡Pero a mí no me queda ya más que ahorcarme, embustero, infame, que me has perdido!

—No vale la pena de atormentarse, Advotia Arefievna. Yo, yo le diré a usted una cosa: no hay camisa que esté más cerca del cuerpo de un hombre que la suya, y después, el sollo está en el río para que la tenca no se duerma.

—¿Adónde iremos nosotros? ¿Qué será de nosotros? — balbuceaba Advotia a través de sus lágrimas.

—Eso no se lo sabré decir... Ustedes verán.

—Yo te mataré, miserable, te mataré.

—No, usted no hará eso, Advotia Arefievna. Así, pues, ¿para qué decirlo? Ahora bien, veo que es preciso que me aleje un poco de aquí. Está usted demasiado agitada. Nosotros teníamos que saludar a ustedes, y mañana nos presentaremos sin falta. Entretanto, me permitirá usted enviar aquí desde hoy a mis criados. Afortunadamente, helos aquí que vienen — añadió mirando por la ventana —. Sin ellos, ¡qué desgracia podría haber ocurrido, Dios no lo quiera! Así estaremos más tranquilos. Usted me hará el favor de recoger desde hoy sus cosas, y mis criados, si usted quiere, le echarán una mano. ¡Hasta la vista!

Saludó, salió y llamó a sus criados.

Advotia se dejó caer en un banco, se apoyó en la mesa y se retorció las manos. De pronto se levantó y salió corriendo al encuentro de su marido. Ya hemos contado su entrevista.

Cuando ella se vió abandonada, sola en medio de los campos, después de la partida de Akim, se quedó largo rato llorando sin moverse del sitio. Por fin se decidió a ir a la casa señorial. Le fué muy penoso entrar, y más penoso aun mostrarse a sus antiguas compañeras las sirvientas, que la rodearon todas con signos de compasión. Las lágrimas cayeron nuevamente de sus párpados hinchados y enrojecidos, y se dejó caer inanimada en una silla. Kirilovna llegó también y la trató con dulzura; pero no le permitió abordar a su señora, como no se lo había permitido a Akim. Hizo traer el *samovar*, y aunque Advotia, de buenas a primeras, aseguró que no probaría un sorbo de nada, acabó por tomar cuatro tazas de te. Apenas Kirilovna la vió un poco tranquila, le preguntó adónde pensaba ir a establecerse. Advotia respondió que no le quedaba ya más que morir; pero Kirilovna, como mujer de seso, la detuvo en seguida diciéndole que lo que debía hacer era recoger en seguida su ajuar y transportarlo al *isbá* de Akim, a la aldea donde vivía aquel viejo tío que no había aprobado su matrimonio, y que, con permiso de la señora, se les daría hombres y caballos para ayudarles.

—En cuanto a usted, querida pequeña — añadió Kirilovna, cuya sonrisa agridulce plegaba sus labios de gato —tendrá siempre una plaza en esta casa, y nos será muy grato darle asilo hasta que usted tenga otra casa. Sobre todo, no hay que desesperarse; ya lo sabe usted: Dios lo ha dado, Dios lo ha quitado; Dios puede devolverlo aún; todo está en su mano. Lizaveta Prokhorovna se ha encontrado por diferentes azares en la necesidad de vender el mesón de ustedes... A propósito, ¿dónde está Akim?

Advotia respondió que, habiéndole encontrado, él la había ofendido cruelmente y se había refugiado en casa del sacristán Ephrem.

—¡En casa de ese hombre! — replicó Kirilovna —. ¡Ah! Ya caigo; mientras le dure el disgusto... Es posible que no se le pueda encontrar ya hoy. Hay que tomar nuestras medidas. Malachka, llámame a Nikanor Illitch.

En seguida apareció Nikanor Illitch, hombrecillo de malas trazas, especie de intendente, que escuchó con la más humilde deferencia todo lo que le dijo Kirilovna. Así que hubo acabado:

—Se hará todo puntualmente — dijo saludando.

Y llevándose a Advotia, puso a su disposición los tres primeros aldeanos que tomó a sus alcances con sus *telegas*. Un cuarto aldeano se añadió al convoy, declarando que sabría portarse mejor que los otros. Advotia volvió con ellos al mesón, donde encontró a sus antiguos criados y a su obrera Fetinia en la mayor confusión; porque desde por la mañana los criados de Naum, muy vigorosos mocetones, se habían instalado y se habían compuesto tan bien, que los hierros nuevos de una *telega* habían desaparecido.

A la pobre Advotia le costó mucho embalar todos sus efectos; pese a la ayuda del hábil hombre, que no hacía más que pasearse de arriba abajo bastón en mano. No pudo dejar el mesón aquel mismo día, y tuvo que pasar la noche, después de rogarle a Fetinia que se quedase en su alcoba. No se durmió hasta el alba, con un sueño febril, y las lágrimas corrieron aún por sus mejillas después de haberse dormido.

XI

Entretanto, el sacristán se había despertado más pronto que de ordinario en su estrecho rincón; se puso a aporrear la puerta con el puño para que se le dejase salir. Su mujer se acercó, pero no quiso abrirle, diciéndole, a través de una rendija, que no había dormido aún bastante. Pero él tentó su curiosidad prometiéndole contarle la extraña aventura ocurrida a Akim. Ella levantó la prohibición. Ephrem le contó todo lo que había visto y acabó preguntando:

—¿Se ha despertado o no?

—Dios lo sabe — respondió su mujer —. Ve a verlo tú mismo. Aun no ha bajado. ¡Qué borrachos estabais los dos ayer! ¡Si pudieras verte la cara!; porque eso no parece una cara, parece un mandil de cocina. ¡Y tienes heno hasta en la cola!

—¿Qué importa que haya heno? — replicó Ephrem, pasándose la mano por los cabellos; y entró en la casa.

Akim no dormía ya; estaba sentado junto a la estufa, con las piernas colgando; su cara era también extrañamente hosca, tanto más cuanto que Akim no había tenido nunca costumbre de emborracharse.

—¡Hola! Akim Semenitch, ¿cómo se ha descansado? — preguntó Ephrem.

Akim levantó hacia él una mirada lenta y turbada.

—Escucha, Ephrem, hermano mío — dijo con voz opaca —; ¿no se puede... otra vez?... Ya sabes...

Ephrem sintió un estremecimiento interior parecido al que experimenta un cazador colocado a la espera cuando oye de pronto ladrar un perro corriendo en un bosque de donde no se esperaba que saliese caza.

—¿Cómo, otra vez?

—Sí, otra.

—La mujer verá... — pensó Ephrem —; ella no me dejará... Sí, sí se puede... Espere usted...

Salió, y gracias a sus hábiles maniobras logró volver ocultando una botella grande bajo el paño de su caftan. Akim se apoderó de la botella. Ephrem, por temor a su mujer, no se puso a beber como la víspera.

(Continuará).



LA IMPERTINENCIA

"EL lunes, en el baile de disfraz del Olimpo estaré con traje de dominó rojo con ribetes negros, antifaz negro también y con un jazmín en la mano. ¿Irás? Así lo espero. Tuya siempre: Rosa."

Recibí esa esquelita de mi novia y queriéndole dar una sorpresa, resolví asistir a ese baile, pero de incógnito: avisándole que no podía ir. Escribíle: «Nena: Mi amigo Alberto, en abuso de amistad, me ha comprometido a asistir a la fiesta de la familia Darlés. Tú me sabrás disculpar. Dime a qué baile piensas ir el martes, sábado o domingo próximo. Iré sin falta. Cariños. Enrique.»

Nos habíamos conocido en un tranvía. Compañeros media hora, el azar parece había dispuesto tener que ser compañeros para toda la vida. Sentados tan cerca uno del otro, tan en intimidad forzosa, sintiendo su perfume, su aliento, sus latidos, adivinando casi sus pensamientos fué lo que me hizo sugerir la idea de dejar caer una tarjeta al momento de levantarme para descender. Pude ver que, rápida, como si esperara tal artimaña, se apresuró a levantar mi dirección.

Después, la postal anónima; a los dos días, otra con dirección e iniciales; más tarde... Así hasta que nos amamos desesperadamente.

Yo la amaba con delirio. Era mi primer y gran amor. Rosa tenía diez y ocho años y era hermosa a todo gusto Hacía ya varios meses que habíamos formalizado nuestro compromiso y sólo esperaba cumplir yo los veintidós años para casarnos.

En este estado se hallaban nuestras relaciones, y así era nuestro amor cuando llegó carnaval precedido de la esquelita que recibiera y contestara, teniendo cuidado que ésta la recibiera ella momentos antes de salir para que fuera con el traje y de la manera que me indicaba para que pudiera conocerla.

Llegó la hora y me fuí contento al Olimpo, dispuesto a darle la gran alegría de haberla engañado con una mentira que le causaría intensa satisfacción. Iba a bailar con ella y, cuando le preocupara mi insistencia de bailar con ella siempre, me descubriría dándole la grata sorpresa que presentía dulce y emocionante para ella.

Por fin llegó y la conocí en el acto. No así ella que, a instancias mías bailó el primer vals sin conocerme. Le hablé desfigurando en lo posible la voz y le requerí la siguiente pieza, que me la cedió en el acto. La polka la bailamos con interés de un vals. Siguió una mazurca, que no quise ser cargoso en pedirle su compañía y por tener comprometido el otro vals siguiente, que lo bailamos con demasiada fiebre para que no me llamara la atención su entusiasmo. Algo horrible me mordió muy hondo, que me hizo sugerir una mala idea. Le hablé apasionado y con galantería; me admiré de su manera de bailar. Le pedí se marcara en el programa las piezas que tenía interés de que bailáramos juntos. Con excepción de los «lanceros», que dije no gustarme, marcó todas las piezas que faltaban aún.

Ese algo extraño, horrible, que sentía en mi corazón, era la duda que despiadadamente, con impunidad, degollaba el cariño que sentía por mi Rosa. ¿No será, ella?—me decía.—Pero ella era; tenía la certeza de que era mi Rosa, tanto como ella ignoraba que yo era Enrique. Estaba nervioso, malhumorado e impaciente, a tal punto que creí no tener paciencia para llegar al fin que me había propuesto.

En las piezas siguientes me mostré más audaz. Bailé más íntimamente y traté de ser más conquistador, más galante. Ello fué motivo para que ella diera muestras de interés para que me descubriera. Neguéme a ello rotundamente primero; y después, cuando noté que transigía todos mis deseos, que me diera el nombre, su edad, su domicilio y hasta seguridades de amor, le pedí, en rehenes de sacarme el antifaz, un beso. Nos lo daríamos en la salita en que ya me había hecho el obsequio de su jazmín. Decidido, esgrimí mis armas: audacia, galantería, impertinencia, y accedió.

Con discreción esperé que nadie hubiera en la salita azul. Ello fué posible sólo después de una gran impaciencia mía y creo, también de ella.

Entramos y di vuelta a la llave de las luces, convenio mutuo para evitar que nos sorprendieran; rápido me saqué el antifaz y ella, haciendo lo propio, se dejó caer en mis brazos, rendida de amor y deseo. La contuve un instante mientras que, con la saña que debe sentir el asesino al clavar el puñal en la espalda de su víctima, di nuevamente vuelta a la llave de las luces o para que me reconociera y para que fuera bañada con luz su traición y su vergüenza. Nos miramos cara a cara. Yo frío, insultante. Ella, loca, llenó todo con un grito salvaje y se desmayó.

Salí sereno, erguido y como desafiando a todos.

Hace dos años. Ayer un amigo me ha informado que ha muerto tísica y llamándome.

Reconózcome culpable de su muerte.

Dib. de Ruiz.

LUIS P. VIETA ALEGRE.

CON EL SPORTSMAN DON RUFINO LURO



En el año 1887, cuando el deporte hípico comenzaba a despertar gran interés entre nosotros, ocho jóvenes aficionados y entusiastas, Adolfo, Rufino y Pedro Luro, Alberto Méndez Casariego, Augusto Schang, Ignacio Unánue, Eliseo Ramírez y otro, cuyo nombre no recordamos en este momento, improvisaron una sociedad y compraron por mil pesos la potranquita Lise Fleuron, en un remate que efectuaba la casa Funes y Lagos. Con aquella adquisición, fundaron un stud que no podía ser más pequeño: un solo animal y no era macho. Le llamaron, con toda propiedad y con graciosa elegancia, «La Petite Ecurie».

Al elegir los colores que habían de ser el distintivo de la pequeña caballeriza, aquellos jóvenes, pertenecientes a nuestra más culta sociedad, quisieron que ellos simbolizaran la corrección con que habían de proceder y los triunfos que aspiraban a conquistar. Eligieron los colores blanco y oro, que no desaparecen mientras no se ensucian. Tal es el origen de la Petite Ecurie, hoy gran caballeriza, cuyos colores subsisten inmaculados, después de treinta años de incesante lucha y de grandiosos triunfos.

Tan pronto como se vieron los primeros trabajos privados de la potranquita adquirida en mil pesos, Lise Fleuron, los numerosos propietarios abrigaron la seguridad del éxito y, sin esperar su debut, compraron otra, de dos años, también, importada, que se llamó Prodigality. Esta, que fué la primera en debutar, lo hizo en el clásico Casey, ganando al galope. A los pocos días, Lise Fleuron ganaba su primera y segunda carreras seguidas. Las dos potranquitas realizaron aquel año una honrosa campaña, que fué la primera de las que han venido sosteniendo hasta hoy el brillo de los colores blanco y oro.

Con tan felices principios, era natural que la Petite Ecurie se fuera agrandando; compraron un potrillo, Gettatore, que también contribuyó, por su parte, al crecimiento del naciente prestigio. Luego, fué aumentando el número de los caballos y los socios se redujeron a tres: los señores Adolfo y Rufino Luro, actuales propietarios del stud, y el señor Alberto Méndez Casariego, que continuó con ellos en la sociedad por algún tiempo.

En el año 1889, encontrándose en Londres los señores Eliseo Ramírez e Ignacio Unánue, adquirieron por mil libras esterlinas, para la Petite Ecurie, el potrillo Eridán, hijo de Robert The Devil y de True Love. Este potrillo, de gran calidad, ganó en las pistas del Hipódromo Argentino numerosos premios clásicos, venciendo a los mejores caballos de su época, y consagró en forma definitiva el renombre de la caballeriza.

Cuando Eridán concluyó su gloriosa misión en las pistas, los señores Adolfo y Rufino Luro resolvieron fundar con él un haras. Lo llevaron al haras El Moro, donde lo esperaba un bien escogido plantel de yeguas, que habían de cimentar el prestigio de la cabaña, bajo la protección de la misma suerte que había acompañado a la ecurie.

Los éxitos alcanzados por los señores Adolfo y Rufino Luro con los productos del haras El Moro, fundado hacia el año 1893, sobre la base del padrillo Eridán, no pueden ser enumerados en el reducido espacio de esta crónica. Pero, aparte de que son muy conocidos, se patentizan con la simple evocación del recuerdo de Espirita, de San Jorge, de los productos de Oldillan, fenomenales algunos, como Botafogo, y de la valiosa descendencia de Buchardo, Fulmen y Rosales, recientemente fallecidos. Al haras El Moro corresponde el honor de haber alcanzado, gracias a Old Man, los promedios más altos de los precios de los productos en las ventas anuales, lo mismo respecto de las potrancas que respecto de los potrillos, porque Old Man, cuyos hijos son los que ganan más premios en la primera campaña, cuando son de dos años, es el padrillo que mejor transmite sus bondades a la descendencia femenina. Las potrancas que descienden de Old Man se venden con tanta facilidad como los potrillos.

Actualmente, los señores Adolfo y Rufino Luro tienen en la Petite Ecurie veinte caballos, todos de la propia cabaña. Entre ellos, hay dos de los cinco únicos potrillos de dos años que son hijos de Old Man. El tercero está en poder del doctor Beazley. Los dos restantes salieron del país; uno, para el Uruguay; el otro, para Chile. ¿Habrá salido, entre ellos, el Botafogo de la generación? Podrá ser; los cinco son preciosos; pero se abriga la creencia de que ha quedado en casa.

Don Rufino Luro, a cuya gentileza debemos los datos y la fotografía que publicamos, es un correctísimo sportsman; formó parte de la comisión de carreras y prestó su eficiente concurso en cuanto fué compatible con su dedicación a las vastas empresas que dirige personalmente. Su hermano y consocio, don Adolfo Luro, también perfecto gentleman, presidió durante varios períodos la mencionada comisión y vinculó su nombre a las principales mejoras introducidas en el Hipódromo Argentino, como la construcción, entre otras, de las tribunas y los pabellones de mampostería, cuyos planos llevan su firma.

Y los viejos colores blanco y oro de la Petite Ecurie conservan su brillo primitivo porque don Adolfo y don Rufino Luro no permiten que se ensucien.

WAMBA.

TINTA DE IMPRENTA

Publicaciones recibidas. — «Boletín Mensual de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires. Año VII. Núm. 70. — Ministerio de Agricultura de la Nación. «Estadística Minera de la República». Año 1915. Boletín número 8. — «Memoria de la Dirección General de Minas, Geología e Hidrografía correspondiente al año 1915. — «Tierra del Fuego y sus turberas», por el doctor Guido Bonarelli, publicación de la Sección Geología, Mineralogía y Minería del Ministerio de Agricultura. Tomo XII. Número 3.

Parisina, por **Rubén Darío.** — Ya hemos dado cuenta en anteriores ocasiones de la empresa emprendida por la Editorial Mundo Latino de reunir en una manuable colección las obras completas del inmortal poeta americano. «Parisina» compone el quinto volumen de esta colección, esmeradamente presentada.

Vida Nueva. — Así se titula un periódico semanal que acaba de aparecer, como órgano de los empleados públicos.

Buena es la presentación e interesante y variado su material de lectura.

La prensa en la lucha antituberculosa, por **Dardo A. Rietti.** — Entre los trabajos presentados a la primera conferencia nacional de profilaxis antituberculosa, figura este que nos ocupa, del señor Rietti, uno de los delegados del Círculo de la Prensa de Córdoba a la citada conferencia. Es una obra interesante y muy ilustrativa. Ha sido editada por la casa Bautista Cubas, de Córdoba.

Encuesta sobre los programas de las Escuelas primarias de la Capital, por **Mariano Arancibia.** — Folleto conteniendo los puntos de vista del autor sobre el tema de que informa el epígrafe.

Prusianismo y democracia, por el doctor **Alfredo L. Palacios.** — Folleto conteniendo el discurso pronunciado por el doctor Palacios el 22 de diciembre de 1917 en la Convención patriótica, y que tan excelente impresión causara en el espíritu público.

Albores de juventud, por **Nicolás A. Hidalgo** y **Juan C. Hidalgo.** — Libro de versos, que los autores dedican «A la distinguida sociedad sanfernandina».

Guerra del Paraguay, por el doctor **A. Rebaudi.** — Tal es el título de un interesante tomo que acaba de publicar el doctor Rebaudi, con el subtítulo de «La conspiración contra S. E. el presidente de la república, mariscal don Francisco Solano López». Es grande el acopio de documentos históricos.

El Paraguay ilustrado, por **Manuel W. Chaves.** — Muy interesante y completo álbum, profusamente ilustrado, en el que se compendian todos los aspectos de la vida paraguaya. Está impreso en rico papel glacé y elegantemente presentado.

El alma de la tarde, por **Blanca C. de Hume.** — Con esta obra presenta su cuarto volumen la Biblioteca de Autores Jóvenes.

La autora, que agrega a sus versos algunas ilustraciones salidas de su paleta, ha puesto en las páginas de su obra un fino espíritu femenino, francamente inspirado.

La Hora del Ensueño, por **Eduardo Alvarez (hijo).** — Así se titula un tomo de poesías de este autor. Consta la obra de una buena colección de composiciones, algunas de ellas bastante inspiradas.

VALIJA POSTAL

Lector de P B T, Ciudad. — Dice usted:

«Bella Elisa, que la memoria mía
tu persona jamás olvidará,
acepta este amor que te ofrecía
y, ¡ay!, que un edén nuestra unión será.»

¿Pretende acaso que Elisa los cante a compás de un organillo?

Poeta épico, Ciudad. — Dice usted que su familia se opone a sus aficiones poéticas? ¡Hace muy bien! Apruebo la actitud de su familia.

C. M. M. — No sé dónde he leído algo muy parecido a lo que usted me envía.

E. F. M., Montevideo. — Se publicará «Voz de aliento».

Lys, Ciudad. — Aceptado «Vernal».

A varios. — Para colaborar en P B T no se requiere nada más que ser autor de la colaboración y que ésta sea buena.

Importante

Rogamos al público exija a repórteres, fotógrafos y a cuantos se les presenten invocando la representación de P B T, la presentación del carnet de identidad, con fecha del mes de agosto último.

De ese modo, evitarán el ser sorprendidos en su buena fe, por personas extrañas que, amparándose en el nombre de nuestra revista, cometen abusos que agradeceremos sean denunciados a las autoridades.

LA ADMINISTRACION



LA INTERVENCION EN CORRIENTES



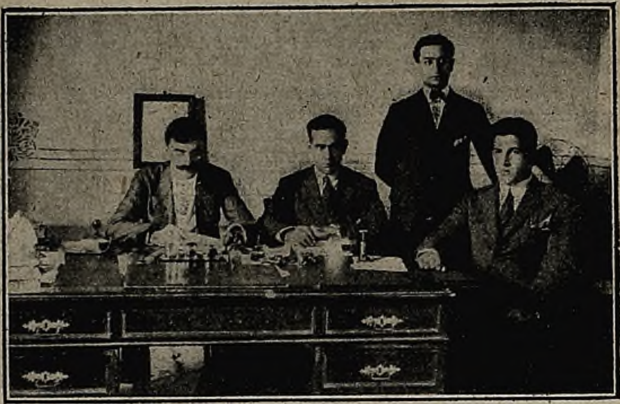
El interventor nacional doctor Daniel Goytía con el ministro de Gobierno, Justicia y Culto, don Adolfo Labougle.



El jefe de policía de la provincia, teniente coronel don Carlos C. Molina, con su ayudante, capitán don Juan José Galarce.



Capitán don Jerónimo Bacigalupi, mayor don Esteban Sarmiento, y tenientes don Ernesto Villarroel y don Tomás M. Rojas.



Jefe de la sección investigaciones señor Pablo Blary, segundo jefe don Agustín Basualdo y auxiliares Julio Vita y Juan B. O. Carrasco.

Fot. San Martín.

PICNIC



Fiesta campestre en Punta Chica, organizada por la sociedad Los 20 Unidos.

Fot. Branca.

EL VERANEO EN CACHEUTA



Señoritas de Acuña, Morgan, Albina y el ingeniero Castellanos Posse.



El ministro de la intervención, señor Corbalán Mendilaharzu, y su secretario.



Señoritas de Lacroze, Dónovan, Ramírez y González Arteaga.



Familia de Arteaga Simón.



Señoritas de Balmaceda y señor Tiscornia.

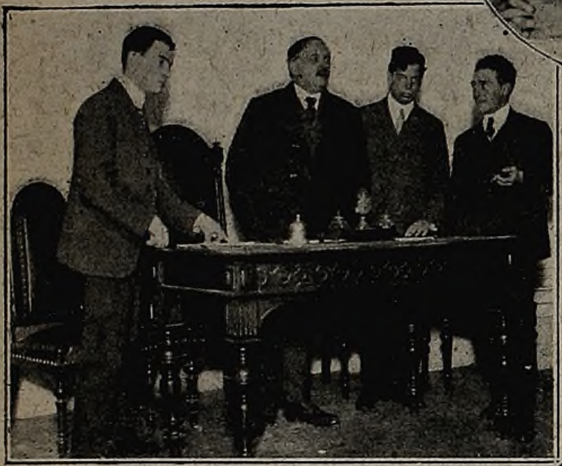
ENVÍO A ITALIA DEL DOCTOR GABRIEL TERRA

Si alguna duda había respecto de los sentimientos del Uruguay hacia los países aliados después de la ruptura de relaciones con Alemania, ahí está el envío del doctor Gabriel Terra a Italia, como ministro plenipotenciario, para desvanecerla.

El nuevo diplomático es bien conocido en Buenos Aires. Recuérdese el notable discurso que pronunció el día que don



El nuevo ministro del Uruguay en Italia, doctor Gabriel Terra.



Hablando en favor de los aliados en un mitin del Comité pro ruptura, que presidía.

Hipólito Irigoyen subió a la presidencia.

— ¡Es un hombre indiscreto! — comentó algún espíritu suspicaz.

Y los hombres que no saben de hipocresías ni perífrasis, hubieron de replicarle al crítico:

— ¡Es un hombre sincero!

Y bien, este hombre fué el elegido por el gobierno del presidente Viera — cuya alma



El doctor Terra con su familia, al embarcar en el Reina Victoria Eugenia.

en materia de política internacional es el doctor Brum — para decir a un pueblo tan vinculado al Río de la Plata como el italiano, cómo vemos las cosas los de aquí y cómo sentimos en nuestro corazón la guerra.

*

El flamante ministro va en viaje para el viejo mundo. Su partida en el Reina Victoria Eugenia ha sido una de las notas culminantes de la anterior semana. No es un político el doctor Terra, (afortunadamente para el doctor Terra).

¿El carácter del hombre?...

No es una psicología complicada. Está ante nosotros un señor que, por ser sentimental, se ha hecho un poco ironista. Tiene una sonrisa entre evangélica y sarcástica. Sus ojillos brillan inteligentes, bajo unas cejas levantadas, arcos de la frente más ancha de que tenemos noticia. El cuerpo es amplio y fuerte, pero se diría enfermo de laxitud. Su misma voz tiene algo de apagada, como pereza... Si se enardece el hombre, hácese clarineante, triunfal...

*

Es uno de los abogados más famosos del Uruguay, y sin embargo, asegura que los suyos hiciéronle errar la evocación.

— Yo hubiese sido un industrial magnífico — aduce.

No es larga, pero sí lucida su carrera política. En 1904 era ya una autoridad en derecho judicial y civil. La revolución le obliga a incorporarse a la guardia nacional. Concluye la guerra, y los correligionarios, quieras que no, le llevan a la Cámara, donde se reveló gran orador y hombre de iniciativa creando el tesoro para la Instrucción Pública. Cuando Williman subió a la presidencia, llamó a Gabriel Terra para decirle de un modo campechano:

— ¿Con qué ministerio le agradaría quedarse?

Acepta el de Instrucción Pública, Trabajo e Industria, y planea toda la reforma universitaria.

El abogado quita a los abogados el monopolio de la enseñanza.

Crea consejos de médicos, de ingenieros, la escuela de comercio... Da entrada en esos consejos a los delegados de los estudiantes; multiplica — en proposición de veinte por cada dos — las escuelas rurales. Un día, en pleno éxito, sin decir a nadie la causa, renuncia su cartera...



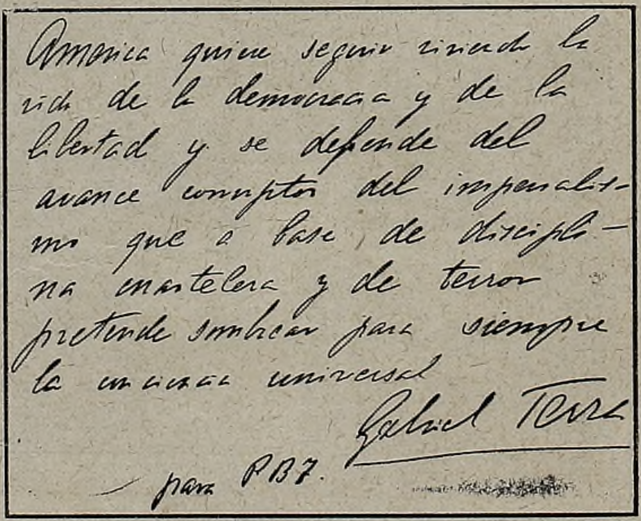
El distinguido jurisconsulto trabajando en su bufete.

Mucho más podría deciros de él, si no se corriese el riesgo de que lo que apenas debe ser una nota informativa, me resulte un panegírico.

Medio mundo estudiantil fué a la dársena a estrechar la mano del viajero. No os extrañe, porque la parte más fecunda de su labor la acometió el doctor Gabriel Terra dedicándose a la enseñanza con fervores de apóstol. Los financistas uruguayos del porvenir son todos discípulos suyos. A éstos les toca modificar el rumbo económico de la nación...

Por lo demás, Gabriel Terra era el presidente del comité pro aliados. A mi juicio, más que un diplomático, es un hombre representativo que dirá a los países que luchan por la Democracia cómo siente con ellos el corazón del Uruguay...

Quintín Quintón.



América quiere seguir viviendo la vida de la democracia y de la libertad y se defiende del avance corruptor del imperialismo que a base de disciplina cuartelera y de terror pretende sembrar para siempre la [illegible] universal

Gabriel Terra

para P.B.T.

Autógrafo que el diplomático nos dedica como recuerdo de su partida.

NUEVAS MAESTRAS NORMALES



Escuela Normal de Maestras número 10 Juan Bautista Alberdi (Capital). — Alumnas de cuatro año (división B) que han obtenido el título de maestras normales: Señoritas Herminia Cerutti, Virginia Berra, Soledad Geraldi Sabaté, Angélica Blasetti, Silvia Borgogno, Elisa García Casaurang, Agustina Cañas, Mercedes Berra, Ida Ghirland, Elvira Confalonieri, Sabina Finochietto, Margarita Gambarutta, María Mulchuan, Juana Mayorga, Josefina Ortiz, Mercedes Martínez, Celia Guilfo, Antonia Roja, Aurora Ratto, Julia Bolis, Manuela Martínez, Angélica Natta y Sara Bassi.

LA PÁGINA DEL COMERCIANTE

COMERCIO — INDUSTRIAS — INVENTOS — PUBLICIDAD — ORGANIZACIÓN DE OFICINAS MODERNAS

LA EXPOSICION FRUTICOLA

En el local Avenida de Mayo 1027 se llevó a cabo el día primero del actual, la inauguración del Concurso, Exposición y Venta de Frutas, organizado por la oficina de exposiciones, transportes y propaganda dependiente de la Dirección General de Agricultura, y que preside el ingeniero José Cilley Vernet.

En representación del ministro del ramo, inauguró el concurso el director general de agricultura, doctor Senillosa, enalteciendo la importancia del torneo que debe servir de estímulo a los agricultores.

En la exposición figuran, entre otras variedades de frutas, magníficos ejemplares de duraznos, peras y ciruelas, aceites de oliva, frutas en mermeladas, frutas secas y una interesante colección de pequeños embalajes.

Para dar idea del éxito de esta exposición, basta decir que fué visitada desde el primer día por muchos miles de personas, y que un solo expositor realizó en pocas horas ventas por valor de más de quinientos pesos.

Entre los expositores figuran: Dirección General de Agricultura de Córdoba; Sección Transportes y Propaganda; Angel Peyrón y Pastor Fuentes, de Lobos; Arvid Lindquist, de Chivilcoy; Juan Servini, de Llavallol; Oficina de Importación de Plantas y Semillas; Esteban Bonini, de Chacabuco; Pedro Fait, de Wilde; Escuela de Viticultura, de Mendoza; Nicolás Parodi, de Mercedes; Estación Enológica, de Concordia; Chacra Experimental, de Patagones; Alfredo Bonino, de Río Negro; Caracciolo Betancour, de Belgrano; Pablo Naón, de Tigre; The Tigre Packing Co., de Tigre; César Galigniana Segura, de Mendoza; Roberto Clark, de Quilmes; F. Hintermeyer, de la Capital; Willian Loghan, de la Capital; Escuela de Agricultura de Santa Catalina; Eugenio Klein, de Tigre; Escuela de Casilda; Galimberti y Cía., de San Fernando; Benegas y Cía., de Mendoza; Sociedad Rural de Río Negro y Neuquen; Alejandro Bourdier, de Tigre; Juan Cartery, de Tigre; Sartou Hnos., de Tigre; Estación Experimental de Campana.

HORIZONTES DE PROGRESO

Si pudiera formarse un mundo nuevo, seguramente que éste sería mejor que el que habitamos.

Probablemente tendríamos más vías fluviales, mayores depósitos mineros y menos eriales y desiertos. La raza humana no se vería entorpecida por yermos inhospitalarios como los de Africa.

Por desgracia no podemos tener un mundo nuevo.

Pero afortunadamente sí podemos tener nuevos sistemas, nuevas tendencias, nuevas creaciones. Podemos eliminar lo que es viejo, reformar lo que es anticuado, perfeccionar lo que es moderno.

El ingenio, el talento humano, la originalidad aplicada a todas las ciencias, tiende a la perfección. Hay que crear para perfeccionar, y en toda creación hay un síntoma evidente de progreso.

¡Ha pretendido usted imitar a los demás? ¡Bien hecho! Pero la imitación no es buena si en ella no hay un fondo de iniciativa, de substitución, de eliminación de defectos, de mejoramiento, en suma, del sistema que se imita.

Usted puede ser un imitador bueno, mediano o malo. Si lo primero, usted debe entender que la superioridad en la imitación es una creación, porque es algo nuevo, algo mejor y más perfecto.

Imite usted la organización mercantil de pueblos más avanzados, sus métodos de trabajo, sus actividades, sus complejas aptitudes administrativas.

Robustezca usted el contingente de sus habilidades con dos poderosos factores: Crear e Imitar.

¡No lo olvide nunca!

ESTADISTICA DE UN DIA NEOYORKINO.

El «The Sun», de Nueva York, decía así unos meses antes de entrar en guerra aquel país:

«Llegan a Nueva York cuatro extranjeros por segundo, y cada cuarenta y dos desembarca un emigrante. Cada cincuenta y dos segundos llega un tren; cada diez minutos se detiene a un delincuente; cada diez y seis hay un nacimiento, cada veintisiete muere una persona, cada media hora se celebra un matrimonio, cada cincuenta minutos sale un buque, cada dos horas se coloca la primera piedra de un edificio, y con igual intervalo ocurre un accidente seguido de fallecimiento; estalla un incendio cada tres horas, cada ocho se efectúa un divorcio y cada diez se registra un suicidio.'

EL GAS Y SU PRIMERA APLICACION.

A fines de 1810, es decir, hace más de un siglo, se empleó por primera vez el gas para alumbrado en una tienda de Londres.

El nuevo sistema de alumbrado despertó gran interés y curiosidad.

Al principio creíase, generalmente, que el nuevo alumbrado ofrecía grandes peligros, y la gente no se atrevía a arrimarse a los faroles de la calle, temiendo una explosión. Otro error popular consistía en creer que las cañerías que conducían el gas se calentaban de tal modo, que era imposible tocarlas sin quemarse.

Mucho costó convencer a ciertas personas de que existiesen «lámparas sin mecha», y hasta hubo un escritor que escribió un libro para demostrar que tal cosa era imposible.

A pesar de todas las oposiciones, se fundó la compañía del gas de Londres, y el uso del nuevo sistema de alumbrado no tardó en generalizarse.

La última noche del año 1812 se inauguró el alumbrado a gas del puente de Westminster, y en 1814 eran ya varias las calles de Londres iluminadas a gas.

EMBALAJE DE LA FRUTA

Debe darse preferencia a los cajones pequeños, no mucho más altos que la fruta; se empleará afrecho bien seco. La fruta embalada para el transporte debe ser escogida y envuelta separadamente en papel de seda. Se acondiciona colocando una capa de afrecho de tres centímetros de espesor en el fondo del cajón; se colocan las frutas unas al lado de otras, se llenan los intersticios con afrecho y se cubren con una capa de dos centímetros antes de colocar la tapa.

Cuanto más escogida es la calidad de la fruta y mayor la práctica en el p[illegible] de madurez propio para [illegible]nsporte, tanto mejor llega[illegible] a su destino y mejor será el beneficio que rendirá. El estado del tiempo también influye en muy alto grado. Los días relativamente frescos y secos son los más propios para este trabajo.

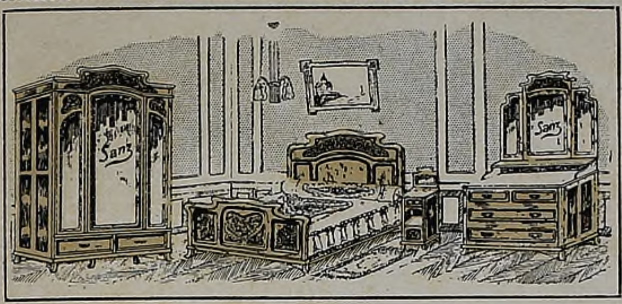
EXPOSICION DE FRUTAS



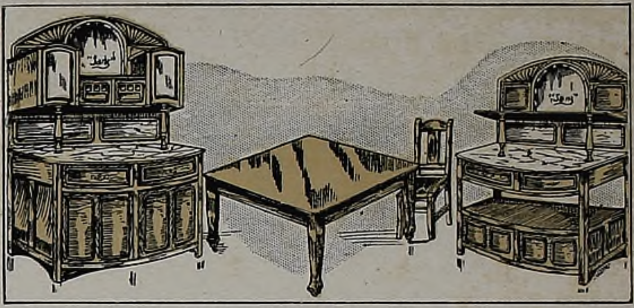
Acto inaugural de la Exposición de Frutas, instalada en el local Avenida de Mayo 1027.

Para Muebleros y Particulares

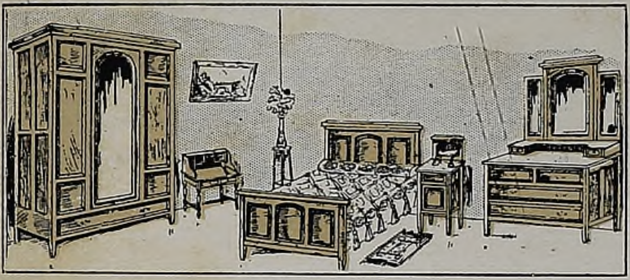
Con plata en mano--ésta es la fábrica que vende más barato en Bs. Aires.



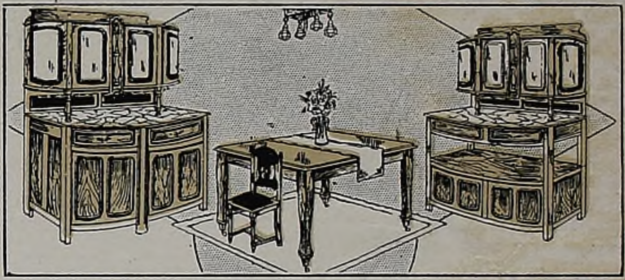
Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 270**



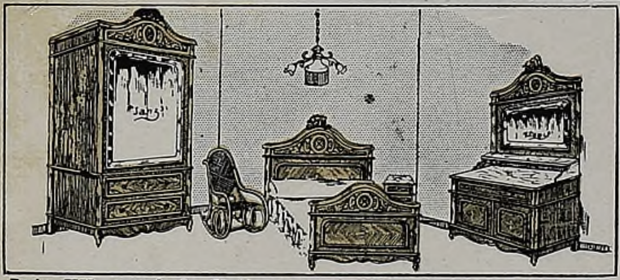
Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas.. **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena.................... $ 110
Mesa 3 tablas, roble.................................... $ 32



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio.............. **$ 220**



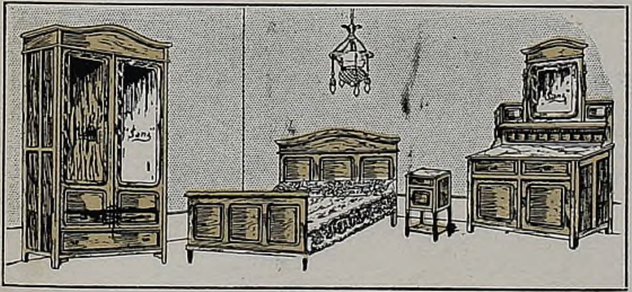
Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces.. **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena.................... $ 110
Mesa 3 tablas.. $ 32



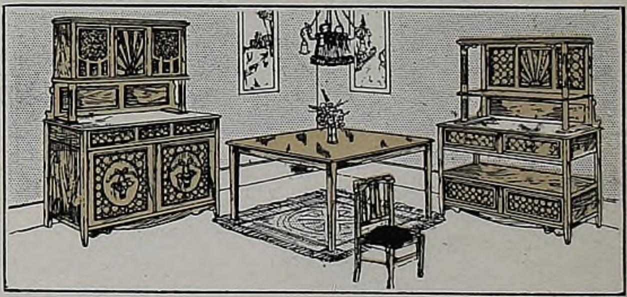
Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio.. **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces.. **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena.................... $ 110
Mesa 3 tablas.. $ 32



Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio.. **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces....... **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena.................... $ 75
Mesa 12 cubiertos.. $ 35

CASA SANZ - 826-Sarmiento-844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.



En la guerra comercial,
como en la guerra europea,
se sabe que cada cual
su procedimiento emplea
para el objeto final.

Con cruel y fiero interés
se inventan, para la guerra,
un arma... y otra después...
¡Si el "cuarenta y dos" aterra,
viene luego el *tanque* inglés!

Y así ocurre, en los artículos
de higiene y de tocador;
los que causaron furor,
parecen luego ridículos,
cuando llega otro mejor.

Pero el REUTER, el jabón
que lleva en su propia esencia
de higiene la condición,
venció ya en la competencia
y no teme otra invención.